
UNA NAVIDAD EN MANCHESTER
UNA NOVELA ROMÁNTICA DE REGENCIA
Callie Hutton
AUTORA DE BESTSELLERS EN USA TODAY

Una Navidad en Manchester

Callie Hutton

Índice

Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Epílogo

Capítulo uno

Worcestershire, Inglaterra
Octubre de 1831

—Peony, si sigues yendo tan lento no llegaremos nunca a casa.

Evelyn Allen, conocida como Eve por familiares y amigos, chasqueó las riendas del viejo caballo que tiraba del carro familiar mientras avanzaba por el camino que iba desde las afueras del pueblo hasta su casa.

Había tenido un largo día recolectando productos agrícolas, que habían sobrado en las granjas del condado, para ser entregados a las familias pobres del pueblo. Había muchos aldeanos que no tenían suficiente comida ni ropa para sus hijos. Una vez al mes, Eve se dedicaba a recoger todo lo que los granjeros pudieran donarle para llevarlo a la iglesia de su papá y distribuirlo entre los más necesitados, además de cualquier tipo de ropa no deseada que lograra recopilar.

Su madre organizaba un grupo de costura todas las semanas en el que las señoras cosían mantas nuevas y tejían ropa de bebé. A Evelyn le encantaba la expresión de gratitud que mostraban los rostros de las jóvenes madres cuando les entregaban mantas cálidas, botines y gorros tejidos para sus pequeños. La mayoría de ellas tenían maridos trabajadores, pero con tantos hijos les era difícil llegar a fin de mes.

Le dolían los hombros por todas las horas que llevaba sosteniendo las riendas. Además, un gruñido de su estómago le recordó que ya había pasado la hora de cenar. Solo le quedaban unos tres kilómetros más para llegar, pero si Peony seguía avanzando tan pesadamente, como solía hacer siempre que se acercaba final del día, Eve podría verse obligada a tener que arrastrar ella misma al animal hasta llegar a casa.

De pronto, el caballo se detuvo abruptamente y relinchó sacudiendo la cabeza.

—¿Qué pasa? —Dijo Evelyn, y al levantarse para mirar por encima de la cabeza del animal vio a un hombre justo en medio del camino. Estaba de rodillas y agitaba un brazo—. ¡Oh, Dios mío!

Ató las riendas alrededor del tablero y se bajó del carro. Cuando se acercaba, vio que el hombre se agarraba un hombro jadeando pesadamente. Por un instante, pensó que tal vez hubiera debido haber sacado la pistola que llevaba debajo del asiento, ya que se sabía que había bandoleros merodeando por la zona. Ese hombre bien podría ser una especie de trampa.

—¿Se encuentra usted bien, señor?

El hombre sacudió la cabeza.

—Un disparo.

¿Le habían disparado? Entonces se fijó en la sangre que manaba entre sus dedos, que tenía pegados a su chaqueta oscura

—Me han robado y disparado. —Explicó apenas consiguiendo pronunciar las palabras.

Nunca lo había visto antes, pero por su ropa y su comportamiento, era más que probable que fuera noble. El típico tipo de personas que no le gustaban. Incluso arrodillado en el suelo, sangrando, desprendía un aire que olía a privilegio. Sin embargo, por su sentido cristiano del deber hacia el prójimo apartó esos pensamientos de su mente.

—¿Puede ponerse en pie, señor? Yo puedo ayudarle a subir a mi carro y llevarlo a mi casa. Mi madre sabe curar heridas y estamos a menos de un kilómetro y medio de allí.

El hombre, que tenía la frente perlada de sudor, hizo un gesto y asintió brevemente. Ella metió una mano por debajo de su brazo bueno y lo ayudó a ponerse de pie. Era una buena señal que tuviera la capacidad de levantarse. Dado su tamaño y su complexión musculosa, nunca hubiera podido levantarlo ella sola. El hombre le pasó el brazo por los hombros, y se inclinó pesadamente para dirigirse al carro.

—¿También se ha hecho daño en una pierna? —Preguntó ella al verlo cojear mientras se dirigían hacia el vehículo.

—Sí. —El hombre hizo un gesto de dolor—. Intenté luchar contra ellos, pero una vez que me dispararon ya no pude hacer nada más.

Tras unas cuantas maniobras, y con toda la ayuda que ella pudo brindarle, finalmente se acomodó en la parte trasera del carro, junto con todas las verduras. A pesar de ser un lugar tan poco honroso, era más fácil colocarlo allí que intentar arrastrarlo hasta el asiento del conductor. Ella se disculpó por ello, pero él no le dio importancia. Con cada movimiento hacía un gesto de dolor.

—Por favor, no se preocupe, señorita. Agradezco no tener que seguir en medio del camino.

Con un renovado propósito de llegar a casa, Eve agitó las riendas y azuzó al animal, esperando que su herida no fuera tan grave como para que el hombre falleciera allí mismo, en su carro. Cuando llegaron a la cabaña ya se había desmayado. Eve entonces se apresuró a entrar en la pulcra casa que había sido el hogar de su familia desde antes de que naciera.

—Mamá, papá. Necesito de vuestra ayuda.

Corrió hacia la puerta trasera, pasó por la cocina y se detuvo un instante para oler lo que su madre había preparado para la cena, consciente de lo hambrienta que estaba.

Corrió por el pasillo y revisó cada habitación hasta que encontró a su madre al pie de las escaleras, justo cuando su padre salía de su estudio con los anteojos apoyados en la nariz.

—¿Cuál es el problema, hija?

—He traído a un caballero en mi carro. —Se detuvo un instante para tomar aire—. Le han disparado. Lo encontré en el camino que llega a casa.

Rápidamente salieron los tres por la puerta trasera para dirigirse a la carreta.

—¿Está muerto? —Preguntó la madre conteniendo el aliento y llevándose la mano al pecho mientras contemplaba el pálido rostro del hombre.

—No, mamá. Creo que acaba de desmayarse. Me contó que unos bandoleros le habían disparado en un hombro.

—Reverendo, tenemos que llevarlo adentro para poder atender su herida. —La madre miró al caballero de arriba abajo—. Es demasiado grande como para subirlo al piso de arriba. Podemos usar el dormitorio pequeño del fondo, el que está al lado de la cocina. —Miró de nuevo a su paciente—. Espero que la cama sea lo suficientemente larga. Es un hombre muy grande.

Aunque el hombre permanecía inconsciente, lograron arrastrarlo hasta el interior de la casa,

con el padre a un lado y Eve al otro, y depositarlo en la cama del dormitorio que no usaban.

La madre lo giró suavemente sobre un costado y miró su espalda.

—Eve, tráeme una cacerola con agua caliente, algunos paños limpios, mi cuchillo largo y el extractor de balas. No hay ningún agujero en la parte trasera de la chaqueta, por lo que es muy probable que todavía tenga la bala incrustada.

Una vez que Eve llevó a su madre lo que le había pedido, su padre le tocó un hombro.

—Lo siento, querida, pero mamá y yo tenemos que desnudar al caballero para llegar a su herida. Tendrás que esperar afuera hasta que hayamos terminado.

—Podría sostener la vela.

Había atendido a otros pacientes a los que había tratado su madre, pero nunca había estado presente ante un joven víctima de un disparo. Se avergonzó al sentir que se deleitaba contemplando su amplio pecho desnudo.

Esa noche iba a tener que rezar algunas oraciones más de las acostumbradas antes de acostarse.

El padre negó con la cabeza y señaló la puerta. Aunque no le sorprendieron sus palabras, se molestó un poco, pues aunque ella fuera una señorita soltera, no había nada desagradable en ver el pecho de un hombre. Pero tampoco tenía forma de saberlo, ya que como hija del párroco local, su educación había sido muy escrupulosa. Ella y su hermana mayor, Angeline, habían sido muy bien educadas y se les recordaba continuamente que, como representantes de su padre, siempre debían comportarse de manera correcta y adecuada para que ninguna calumnia ensombreciera su reputación.

Angeline ahora estaba felizmente casada con un relojero, residía en Londres y era madre de dos niños muy alegres. Evelyn amaba a sus sobrinos y deseaba poder pasar más tiempo con ellos, lo cual no era posible por culpa de la distancia. El marido de Angeline, el señor Saxon, era un hombre muy agradable, unos doce años mayor que ella. Parecían felices, pero Evelyn pretendía mucho más para ella cuando le llegara la hora de casarse. Desde pequeña soñaba con encontrar un hombre con quien compartir un amor eterno. A menudo se regañaba a sí misma por ser tan necia, pero su sueño no desaparecía.

Aprovechando que sus padres iban a estar curando las heridas del caballero se dirigió a la cocina y se sirvió un plato del estofado que burbujeaba sobre el fuego. Cortó un ancho trozo de pan recién hecho y se sentó en la cómoda mesa de madera para disfrutar de la comida.

Mientras lo hacía se puso a pensar en lo que quería de un marido. Hasta el momento, no lo había encontrado en ninguno de los jóvenes de su aldea. Varios muchachos habían pedido permiso para cortejarla, pero después de una o dos salidas, ella misma había hecho lo necesario para desanimarlos.

Gracias a su padre, Eve era una mujer inteligente y bien instruida, ya que consideraba que tanto las niñas como los niños debían recibir una educación adecuada. Eve pensaba que si se casaba con un hombre que solo hablara de los precios de los cereales y del clima local, se marchitaría por dentro y moriría.

Había leído todos los libros de la biblioteca de su padre, y siempre estaba ansiosa por encontrar alguno nuevo. De vez en cuando visitaba la pequeña librería del pueblo, y una vez al año su papá la llevaba a Londres para visitar a Angeline y, cuando estaban allí, iban a una librería donde le permitía comprar un libro. Tenía la mayoría de las páginas de sus libros desgastadas de tanto leerlas.

El sonido de los murmullos de sus padres fue interrumpido por un fuerte grito, seguido de un suave gemido que, obviamente, procedía del paciente. Con suerte, su madre ya le habría extraído

la bala, y el pobre hombre podría descansar tranquilo.

El calor de habitación, el estómago lleno y el vaso de cerveza que había bebido con la cena hacían que le resultara difícil mantener los ojos abiertos. Quería asegurarse de estar despierta para cuando su madre terminara y poder atender ella misma al hombre. Sin embargo, mientras tanto, apoyó la mejilla sobre las manos y cerró los ojos.

Solo un minuto.

ADAM, el duque de Manchester, soltó un quejido cuando el dolor de su hombro se convirtió en una tortura que le quemaba el cuerpo. Esperaba que el sonido de succión que había oído fuera el de la extracción de la bala. Tenía la cara llena de sudor cuando la mujer que se cernía sobre él dijo:

—Lo tenemos, papá.

Adam frunció el ceño. La voz de la mujer era diferente, más profunda y de mayor edad que la de la mujer que lo había encontrado en el camino y lo había arrastrado hasta su carro. Era una joven hermosa. Lo había notado a pesar de que en ese momento estaba luchando contra la inconsciencia y un dolor insoportable. Abrió los ojos y, en la penumbra, se centró en una mujer mayor que se inclinaba sobre él. En cierto modo, se parecía al recuerdo que tenía de la muchacha. ¿Era su madre, tal vez?

Un hombre mayor levantó una vela y lo miró.

—Ahora quédese quieto, señor. Mi esposa le coserá y ya podrá descansar. Lo ha hecho muchas veces antes. —Le dijo el hombre de rostro agradable y tranquilizador que ayudaba a calmarlo.

Adam no tenía idea de dónde estaba. Por lo que recordaba, estaba de regreso a su casa de Londres después de negociar los contratos matrimoniales con el padre de su futura esposa, lord Fenster, cuando lo abordaron unos bandoleros. Había luchado lo mejor que había podido, pero simplemente eran demasiados y después de un disparo en el hombro, ya estaba perdido. Los hombres se llevaron todo lo que tenía. Su bolsa de dinero, su reloj e incluso el anillo que su madre había sacado de la mano a su marido antes de ser enterrado. Antes de marcharse, los bandoleros dieron una palmada a su caballo, Dionisio, y lo dejaron desangrándose en el camino.

Entonces pasó el ángel. Al menos así la recordaba. Tenía la piel pálida y cremosa, con una ligera capa de pecas sobre la nariz. Su sedoso cabello era de color castaño claro y lo llevaba recogido bajo un sombrero de paja. Y unos de ojos color avellana que lo miraban con preocupación y cariño. De una manera increíblemente diferente a cómo lo miraban normalmente las mujeres. Poder y título. Avaricia y deseo. Sin pasión alguna por él como persona, sino por lo que podía hacer por ellas.

Dentro y fuera del dormitorio.

A los veintinueve años finalmente se había hecho a la idea de que tenía que tener un matrimonio acorde a su posición. Había desdeñado a todas las mujeres que su madre le había presentado, excepto a lady Ann Benson, a quien haría una propuesta matrimonial una vez que se firmaran los contratos.

Durante años había sido sometido a una debutante tras otra, que reía, maquinaba y especulaba, junto a sus madres intrigantes. Las viudas solitarias y las matronas aburridas también lo miraban haciendo conjeturas, pero de una manera diferente. Siempre había tenido que depender de una amante para satisfacer sus necesidades físicas. Pero no quería a esposas de otros

hombres, ni enredos complicados, ni lágrimas ni histeria cuando les entregaba una última joya y él seguía adelante con su vida.

Por otro lado, en lo que respecta a sus posibles novias, lady Ann al menos le parecía tolerable. Era dulce, tranquila y experta en modales, baile y música, por lo que sería una excelente duquesa. Que no le moviera la sangre era preocupante, aunque no le iba a resultar complicado acostarse con ella con la suficiente frecuencia como para asegurarse unos herederos.

Así era la vida de los nobles.

—Señor, necesito moverlo un poco ahora que la costura está terminada. Necesito vendar su herida.

La mujer mayor puso una especie de ungüento en un trozo de tela limpio, lo colocó suavemente contra la herida y luego se lo envolvió alrededor del pecho. Mientras, su esposo lo movió ligeramente para ayudarla.

Una vez terminaron, el hombre se tapó el pecho con una sábana.

—Mi hija querrá ver cómo está y traerle un poco de caldo. Ella es una doncella, así que debe mantenerse tapado.

—Os pido disculpas por mis modales. ¿Puedo preguntar quiénes sois? Estoy muy agradecido con su hija y con vosotros dos por cuidarme.

—Es lo que se espera que uno haga, señor. —El hombre le alisó la sábana—. Soy el reverendo Joshua Allen, párroco de la iglesia Trinity, aquí en el pueblo de Worcestershire. Ella es mi esposa, la señora Allen. Nuestra hija, la señorita Eve Allen, fue quien lo trajo hasta aquí.

A pesar de su dolor, sonrió. ¿Adán y Eva? Sacudió la cabeza. No, no significaba nada. No creía en el destino.

Evidentemente reconocieron que era noble ya que continuaron dirigiéndose a él como “señor”. No tenía ningún deseo de corregirlos, pero tampoco de que lo adularan si se enteraban de que era un duque. En cambio, dijo:

—Soy lord Manchester. Estaba viajando a mi casa en Londres cuando fui atacado por unos bandoleros.

Rara vez los residentes de los pueblos pequeños viajaban más allá de veinte millas de su hogar a lo largo de su vida, y tenían muy pocas razones para estudiar el Libro de los Nobles de Debrett. Con eso en mente, no había casi ninguna posibilidad de que esta buena gente lo reconociera como el duque de Manchester.

—Haré que venga a mi hija ahora para que lo atienda, señor.

La pareja recogió los paños, cuencos e instrumentos ensangrentados que la señora Allen había utilizado para extraer la bala. Adam observó cómo se marchaban deseando poder dormirse para aliviar el dolor. Tan pronto como cerró los ojos, la puerta se abrió de nuevo y entró el ángel.

Llevaba una vela, un cuenco y, bajo el brazo, una pequeña botella marrón. Aunque no sonreía cuando se acercaba a él, él disfrutó contemplándola, observando el ligero sonrojo de sus mejillas y la forma en que levantaba la barbilla.

—Buenas noches, señor. Espero que ahora que ya haya pasado lo peor. ¿Podría tomar un poco de caldo? También tengo láudano para aliviarle el dolor.

A pesar de las agradables palabras, su mirada era fría.

Nunca había estado en una posición como esa, acostado en una cama con una mujer encantadora rondando sobre él, pero siendo incapaz de tirar de ella, quitarle la ropa y besar cada centímetro de su cuerpo. Por supuesto, además de que estaba sufriendo un dolor insoportable y de estar casi comprometido, ella era la hija del reverendo Allen. No era alguien con quien entretenerse, aunque no fuera una dama de su misma clase social.

—Probaré el caldo, pero no estoy muy seguro del láudano. He conocido a personas que se han vuelto adictas a él.

Ella finalmente le ofreció una sonrisa, y su rostro pasó de bonito a resplandeciente.

—No creo que deba preocuparse por la adicción, señor. Mi madre nunca permitiría que sucediera algo así. Conoce bastante bien los peligros del láudano —Le dijo mientras su dos hoyuelos adornaban cada lado de la boca.

Él no pudo evitar devolverle una sonrisa ante su sinceridad. Era verdaderamente una joven encantadora y entrañable. Por mucho que quisiera bromear con ella, lo que realmente necesitaba era dormirse y evadirse. Al percibir su cambio de comportamiento, ella se puso seria, se sentó en una silla junto a la cama y le ofreció un poco de caldo en la boca.

No hablaron mientras ella le daba de comer. Odiaba estar tan indefenso, pero no había nada que hacer. Observó cada matiz de su rostro y de su cuerpo mientras ella realizaba su trabajo. La señorita Allen era completamente transparente y muy fácil de leer. No coqueteaba, ni bromeaba, ni de ninguna manera le hizo creer que estuviera interesada en nada más que en alimentarlo.

Fantástico.

En su opinión, las mujeres siempre se habían clasificado en dos categorías. Las que querían compartir su cama, y recibir una compensación adecuada por ello en forma de joyas, un guardarropa caro, carruajes y una casa. Y luego estaban las que querían su título, y el dinero y el poder que conllevaba casarse con un duque.

La señorita Allen no parecía querer nada de él. Solo ayudar a que se recuperara. Y después, probablemente, dejaría que siguiera su camino. Evidentemente, no sabía que era un duque, pero tenía la extraña sensación de que incluso si lo supiera, su actitud hacia él no cambiaría. En todo caso, podría sentirse incómoda por estar con alguien con un título tan elevado, en lugar de confabularse para atraparlo.

—Me alegra que haya podido tomar un poco del caldo. —Dejó el cuenco a un lado y cogió la pequeña botella marrón—. Antes de darle el láudano, ¿hay alguien a quien le gustaría que informemos de su situación? ¿Una esposa u otro miembro de la familia?

Si estaba averiguando si estaba casado, no lo reflejaba en su rostro, y hasta el momento, a él le había parecido muy fácil de interpretar.

—No. No hay nadie.

En cierto modo, eso era cierto. Si avisaba a su madre, llegaría en un día para revolotear, quejarse y provocar un drama innecesario. Aunque la amaba mucho, a veces era una mujer complicada.

Podría notificárselo a su administrador, pero pensó que sería bueno tomarse unas breves vacaciones de todos sus deberes ducales. No lo esperaban de regreso en Londres hasta dentro de unos días, ya que además de reunirse con lord Fenster, iba a visitar a algunos de sus amigos que vivían lejos de la ciudad. Había prometido a su madre que regresaría a tiempo para estar en Navidad, para la que faltaban unas cuantas semanas.

—¿Nadie? —Preguntó ella afligida, lo que le hizo sonreír.

—No tengo esposa, solo a mi madre. Pero estaría mejor si no se enterara de que me han herido.

Su rostro se suavizó.

—Entiendo. Mamá se sentiría muy angustiada si a uno de nosotros le dispararan encontrándose lejos de casa.

No tenía sentido corregir su suposición de que su madre se debía de sentir angustiada. En todo caso, detestaría la humilde morada en la que él se estaba recuperando, y probablemente

avergonzaría a los Allen desestimando su amabilidad haciendo algún gesto con su aristocrática mano. No, lo mejor era que su madre se mantuviera muy, muy lejos mientras él se recuperaba en ese lugar con esa agradable familia.

Y su tentadora hija.

Capítulo dos

Eve dejó la botella de láudano en el estante que había encima del fregadero y enjuagó el recipiente de caldo. Sus pensamientos se dirigieron hacia su paciente. Lord Manchester era sin duda un hombre llamativo. Sus profundos ojos marrones parecían perforarla, como si pudieran ver su alma. Le incomodaba imaginar cómo le afectaría esa mirada si no estuviera herido y tumbado boca arriba.

Después se reprendió a sí misma por pensar en esas cosas. Era noble. Un ser privilegiado, arrogante y altanero, como todos ellos. Al menos el que sedujo a su mejor amiga, Becky, lo había sido, y no tenía motivos para creer que algunos fueran diferentes. Todos se creían dueños del mundo, y que el resto de la gente tenía la suerte de que estaban dispuestos a permitirles compartirlo.

La pobre Becky había aprendido esa lección de la manera más dura, después de encontrarse embarazada y sin su amante. Con una risa cargada de desdén, el hombre le recordó que ella no era de su clase social, por lo que el matrimonio no era para ellos. Justo el día de Navidad de hacía dos años Becky dio a luz a un niño pequeño y arrugado que apenas vivió unos minutos. Tras la muerte de su hijo, Becky falleció ese mismo día.

Eve se frotó los brazos para calmar el escalofrío que siempre le provocaban esos recuerdos. Extrañaba muchísimo a su amiga y todavía lloraba por ella. Con la llegada de la Navidad, volvería a sufrir el dolor que le provocaban esos recuerdos. Los gritos de Becky aún resonaban en sus oídos, y ocasionalmente la visitaba en forma de pesadillas.

Una vez más, volviendo a pensar en su paciente, reflexionó sobre lo extraño que era no tuviera a nadie a quien deseara notificarle que estaba herido. Por supuesto, si su madre fuera una persona nerviosa y perfeccionista, como sabía que eran las mujeres de la alta *sociedad*, lo mejor era que se presentara en su casa sano y salvo, para así aliviar cualquier sufrimiento que pudiera padecer.

Pero no tenía esposa. La razón por la que ese pensamiento cruzó por su mente era desconcertante. No estaba en absoluto interesada por ningún hombre de la nobleza. Por regla general, no le hacía falta darse un golpe en la cabeza para darse cuenta de algo. Ya había aprendido bastante del error que había cometido Becky. A pesar de lo atractivo que era ese hombre, se mantendría alejada de él hasta que sanara y regresara a su casa. Los hombres con título, con el “señor” delante de sus nombres y palabras dulces en los labios, eran un peligro que deseaba evitar.

—¿Cómo está nuestro paciente? —Preguntó su madre al entrar a la cocina, y sacar a Eve de sus cavilaciones.

—Tomó un poco de caldo y la cucharadita de láudano. Debería estar dormido en poco

tiempo.

Eve tomó una taza, echó unas hojas de té en la gastada tetera que siempre tenían sobre la mesa, y sacó con un cucharón el agua burbujeante que hervía en el fuego.

La madre se tapó la boca con la mano para intentar reprimir un bostezo.

—Está bien. Dormir es la mejor cura para cualquier lesión o enfermedad.

—¿Quieres un poco de té, mamá? —Dijo Eve levantando la tetera.

—No. Me voy a la cama ahora mismo. Ha sido un día largo. —Dio a Eve un rápido beso en la mejilla—. Buenas noches, hija.

Eve se acercó a la mesa y tomó una galleta de la bandeja que su madre siempre mantenía llena.

—¿Crees que alguno de nosotros debería quedarse con lord Manchester?

—Lo vigilaré toda la noche. Estoy seguro de que tú también estás bastante cansada y pronto deberías irte a tu cama.

—Lo haré. Buenas noches, mamá.

Una hora más tarde seguía sentada junto a la mesa. Se frotó los ojos mientras cerraba el libro que había estado leyendo. La vela estaba a punto de agotarse y no quería encender otra. Las velas eran caras y el sueldo de un párroco no daba para mucho.

Se puso de pie y se estiró, y de pronto escuchó un leve gemido. Inclinó la cabeza hacia un lado, se detuvo un momento, y después se dirigió hacia el pequeño dormitorio junto a la cocina. Entonces, apoyó la oreja contra la puerta de madera. Sí, definitivamente era un quejido.

Abrió la puerta lentamente y se asomó a la habitación. La recibió un olor a jabón, a láudano y a enfermedad. Lord Manchester se revolcaba en la cama, las sábanas se enredaban entre sus piernas dejando su pecho desnudo. Eve levantó lo que le quedaba de la vela, se acercó y respiró hondo. Ahora entendía por qué su padre le había dicho antes que saliera de la habitación, cuando tenían que quitarle la ropa.

Su cuerpo era demasiado grande para esa pequeña cama. Su pecho subía y bajaba, y respiraba superficialmente. Un vello fino y oscuro cubría su piel dorada, y tenía una línea recta bien definida de pelo más abundante que recorría desde el centro de su torso hasta la parte superior de sus pantalones, donde desaparecía. Cuando se movía sobre la cama los músculos de su estómago se tensaban y ondulaban. No era un noble de los que no hacían más que beber y asistir a bailes, como ella pensaba que acostumbraba a hacer la mayoría.

Fascinada por el espectáculo que tenía ante ella, tuvo que sacudirse la cabeza para aclararse. Dios santo, estaba mirando como una tonta enamorada a un hombre que evidentemente estaba sufriendo. Tenía la frente cubierta de sudor y, por la manera en que se movía, lo más probable era que tuviera fiebre. Regresó apresuradamente a la cocina, sacó una olla grande y la llenó agua fría. Cogió también algunos paños viejos y regresó a la habitación.

Pensó que debía despertar a su madre, porque a su padre no le haría ninguna gracia saber que había tocado a un hombre semidesnudo, aunque tuviera una fiebre muy alta. Pero alivió su conciencia pensar que su madre trabajaba duro y que necesitaba descansar.

Después rezó una oración por su propia alma.

Al pasarle el paño fresco y húmedo sobre la piel, aparentemente su cuerpo febril se calmaba y se le aliviaba el sufrimiento. Sus párpados de pronto se abrieron y le dedicó una suave sonrisa.

—¿Ángel?

¿Era alguien querido para él? ¿Alguien llamado Ángel? Dijo que no tenía esposa, pero podría haber una novia.

—No. Mi nombre es señorita Eve Allen, ¿recuerda?

—Ah, sí, lo recuerdo. Adán y Eva. Pero sigo pensando en ti como mi ángel.

Sus mejillas se calentaron al escuchar sus palabras, luego las desechó, sin siquiera estar segura de lo que realmente quería decir. Incluso enfermos, los hombres de su clase también coqueteaban. Negó con la cabeza disgustada y continuó con sus cuidados, intentando con todas sus fuerzas ignorar la carne cálida bajo sus manos y cómo la tela se deslizaba sobre su piel.

Él extendió una mano y le agarró una muñeca, sorprendiéndola con la fuerza con que la sujetó.

—¿Podrías darme un vaso de agua? —Le preguntó con la voz ronca, apenas consiguiendo pronunciar las palabras.

—Por supuesto, señor.

Dejó caer el paño en el lavabo y regresó a la cocina. Se sorprendió al ver cómo le temblaba la mano mientras llenaba el vaso. Nunca nadie la había afectado de esa manera, y no le importaba vivir ese sentimiento. Se sintió vulnerable y amenazada. A pesar de su deseo de desechar al hombre y a la reacción que le había provocado, su cuerpo vibraba con una energía que nunca antes había sentido. Después, se enfadó consigo misma por ser tan tonta.

Ayudarían a lord Manchester a recuperarse de sus heridas y luego seguiría su camino. Regresaría a su casa, y a su vida. Que estaba muy, muy lejos de ella, en más de un sentido, que era exactamente donde ella quería que estuviera.

ADAM VIO cómo su ángel salía de la habitación. Le fascinaba el suave movimiento de sus caderas. Más que cualquiera de los traseros cubiertos de seda y satén de las damas de la *alta sociedad* que había visto a lo largo de los años. Sus movimientos, como todo lo demás de su mundo, siempre eran calculados para atraer a un hombre a la cama o para arrastrarlo al altar. Los movimientos de Eve eran suaves y femeninos, carecían de astucia.

No le gustaba nada sentirse tan cautivado por una mujer justo cuando estaba a punto de ofrecerse a otra. Qué mala suerte, después de años de rechazar a una mujer tras otra, ¿por qué tenía que aparecer ahora alguien que lo encandilaba? ¿Y estando tumbado boca arriba?

De todos modos, no iba a poder hacer nada respecto a su atracción una vez que se encontrara bien. Ella era la hija de un párroco y él un duque. Convertirla en amante estaba totalmente fuera de discusión, y en cuanto a una relación permanente, incluso si superaba la censura de la *alta sociedad* (la cual sería leve, ya que como duque podía hacer lo que quisiera) estaba el pequeño asunto de lady Ann y su padre que esperaban que firmara los contratos matrimoniales.

Se rio de adónde lo habían llevado sus pensamientos. Apenas conocía a Eve, pero pensaba en ella, a quien se tenía que dirigir como señorita Allen para mostrarle su respeto. Por lo que sabía, podría estar comprometida, o tener a algún hombre en ascuas, esperando a que aceptara su oferta. Si hubiera sido él quien se hubiera ofrecido a ella, estaría bastante ansioso por escuchar un “sí”. La verdad es que era lo suficientemente atractiva como para poder conseguir a cualquier hombre que eligiera.

Sus grandes ojos de color avellana miraban el mundo desde un rostro que hacía visible cada uno de sus pensamientos. Su cabello castaño oscuro era espeso y brillante, y pedía a gritos que un hombre deshiciera la pesada trenza que le caía por la espalda y pasara los dedos por sus sedosos mechones.

El láudano debía estar jugándole una mala pasada a su mente como para hacer que se sintiera completamente embelesado por esa joven. La puerta se abrió y ella regresó junto a su cama.

—Tome, sostendré el vaso mientras bebe. No debe beber demasiado ya que su estómago está bastante vacío.

Eve metió la mano por debajo de su cabeza y la levantó un poco. Cómo odiaba verse tan indefenso ante ella. Una sonrisa alentadora iluminó su rostro mientras él bebía estudiándola por encima del borde del vaso. Sus espesas pestañas se abrieron y cerraron mientras él la observaba. ¡Mil demonios! Lo tenía hipnotizado como si fuera un joven inexperto. Necesitaba recomponerse antes de llegar a convertirse en un completo bobo.

Se reclinó y dijo:

—Es suficiente. Gracias.

Una vez que colocó el vaso en la mesa al lado de la cama, Eve levantó la cacerola llena de agua y mojó el paño. Nuevamente se dispuso a limpiarlo. Él observaba cada uno de sus movimientos, y ella era muy consciente de ello. Le temblaban las manos, su respiración se aceleraba y un ligero rubor cubría sus deliciosas mejillas.

Sí, ella también sentía algo. Era agradable saber que no era el único que sentía esa atracción. No es que pudiera hacer nada al respecto, por supuesto. Pero al menos no estaba solo en su fascinación.

Eve dejó el cuenco y levantó las sábanas para cubrirle el pecho. Pareció relajarse una vez que quedó completamente tapado, lo que le divirtió aún más.

—Lo dejaré dormir. Le ofrecería más láudano, pero sé que no le gusta.

—Sí. Creo que la fiebre ha bajado, así que espero poder dormir y olvidarme del dolor. —Se movió haciendo un esfuerzo para no alterar las vendas que la señora Allen le había puesto en la herida—. ¿Por favor, no me diga que se quedará despierta toda la noche?

Ella negó con la cabeza.

—No, estaba terminando de leer un libro y me iba a la cama cuando le escuché gemir.

—No, me quejaba. —Dijo él sonriendo. En realidad había gemido, y le habría encantado mostrarle lo que podía hacer para hacer que ella también *gimiera*—. ¿Qué está leyendo?

— *La historia de lady Barton*, de la señora Griffith.

—¿No es una obra de tres volúmenes?

—Sí, así es. ¿Conoce los libros de la señora Griffith?

—Un poco. Vi una de sus obras en Covent Garden, *The School for Rakes*. Fue muy popular. Iba mucha gente todas las noches y agotaba las entradas.

Cada vez que hablaban se quedaba más impresionado con la señorita Allen. Podría ser la hija del párroco de una pequeña aldea, pero sospechaba que había mucho más en ella de lo que aparentaba. Esperaba conocerla mejor cuando no sintiera tanto dolor y se recuperara de la herida de bala. No tenía idea de con qué finalidad, pero simplemente quería saber más sobre la señorita Eve Allen.

HABÍAN PASADO cuatro días y Adam estaba cada vez más fuerte. Después de la primera noche no había vuelto a tener fiebre ni tenía ninguna infección. La señora Allen le aseguró que era algo bastante excepcional.

—Se ve mejor hoy, señor. —Lo saludó la señorita Allen abriendo la puerta de su pequeña habitación después de tocar suavemente y recibir permiso para entrar—. Mi madre dice que nunca había visto a un hombre recuperarse tan rápido de una herida así.

—Ah, y yo le dije que era por tus excelentes habilidades como enfermera.

La señorita Allen se ruborizó, y nuevamente lo dejó encantado. Había visto sonrojos fingidos y miradas tímidas por encima de un abanico, pero nunca el rubor real y genuino de una joven. Cada minuto que pasaba con ella le revelaba más de su personalidad. Refrescante y honesta.

—Estoy deseando salir de esta cama. No soy alguien para estar sin hacer nada, prefiero tener actividad.

Adam hizo un gesto de dolor por moverse demasiado rápido. Lo que le recordó que todavía estaba bastante imposibilitado.

Los ojos de la señorita Allen se agrandaron y avanzó hacia él.

—¡No, señor! No debe levantarse de la cama todavía. Mamá se enfadaría muchísimo. —Dijo ella se tocándose los labios con un dedo y estudiándolo por un momento—. Tengo una hora libre antes de tener que ir a ayudar a mamá a hornear pan para la cena de la iglesia de este domingo. ¿Le gusta el ajedrez?

Adam se animó ante la idea de poder hacer algo interesante para pasar el tiempo.

—De hecho, suelo jugar bastante. Soy muy buen jugador. ¿Tú juegas?

Ella sonrió.

—Sí, yo también juego. Y soy una buena jugadora. —Ladeó la cabeza y sus ojos color avellana brillaron alegres—. ¿Le gustaría desafiarme, señor?

EVE SALIÓ CORRIENDO del dormitorio para recoger el gastado juego de ajedrez con el que ella y su padre habían jugado durante años. El reverendo había enseñado a jugar a todos sus hijos, insistiendo en que era una buena manera de aprender a pensar y planificar el futuro. Los cuatro hermanos Allen eran expertos jugadores de ajedrez y habían pasado muchas noches estudiando las formas de jugar, y aplaudiendo cuando uno vencía al otro.

Ahora que su hermana y sus dos hermanos estaban casados, y se ocupaban de sus propias familias lejos de casa, solo jugaba con su padre, y él no siempre tenía tiempo. Muchas veces había jugado contra sí misma, algo que nunca le contaba a nadie, lo que la hacía sentirse bastante tonta y que se preguntara cómo debía declarar una victoria cuando ella misma estaba en ambos lados.

¡Pero ahora tenía un compañero de ajedrez! Con suerte, su señoría era, en efecto, un buen jugador, porque no quería aplastarlo y herir su orgullo.

Recogió el tablero y las piezas y regresó al dormitorio. Su madre le había cosido un trozo de tela sobre la camisa, de manera que aunque estuviera sentado y apoyado contra la pared de detrás de la cama, siempre se mantenía tapado. De lo contrario, su padre no le habría permitido entrar en la habitación. Ella nunca les había contado a ninguno de los dos acerca de la noche en que lo limpió y disfrutó viendo sus músculos temblar bajo sus atenciones.

Todavía se sonrojaba al recordarlo.

—Aquí estoy, señor.

—¿Puedo pedirte un favor antes de comenzar? —Preguntó él dedicándole una leve sonrisa que, por alguna razón, hizo que ella se agitara por dentro.

Oh, no. Por favor, no use sus encantos conmigo. Quiero un compañero de ajedrez, eso es todo.

—Por supuesto. —Le costó mucho pronunciar la frase porque se le había secado la boca.

—Preferiría que no te dirigieras a mí como “señor”. Me hace sentir en una posición de superioridad y un poco incómodo. Y en realidad estoy aquí sentado con una camisa remendada y

sintiéndome bastante impotente. Soy cualquier cosa menos importante.

¡Ajá! Igualmente era un noble. Por más que estuviera de rodillas sangrando en el barro, o sentado en un pequeño catre con una camisa remendada, siempre exudaba poder y riqueza.

—No quiero hacer que se sienta incómodo.

Avergonzada por no entender del todo cómo se trataba a la nobleza ya que no tenía experiencia en ese aspecto, se sonrojó hasta la raíz del cabello.

Adam le extendió un brazo.

—Ven aquí por favor.

Eve respiró hondo y se acercó. A decir verdad, le ponía nerviosa estar tan cerca de él. Cuando estaba retorciéndose de fiebre con la habitación a oscuras, ya había sido bastante difícil, pero ahora que parecía casi sano, analizándola con esos profundos ojos marrones, sentía como si sus rodillas se estuvieran ablandando bajo su cuerpo. Lo mejor era que se controlara.

—Quiero que seamos amigos. Os debo mucho a ti y a tus padres por rescatarme y curar mi herida. Mientras esté aquí, no soy lord Manchester, sino simplemente un hombre cualquiera. ¿Puedo convencerte de que me llames Adam? Me gustaría mucho llamarte Eve, ya que dudo que me permitas llamarte "Ángel", que es como siempre pensaré en ti.

¿Adán y Eva? No era extraño que ya lo hubiera murmurado antes.

Ella repitió sus palabras en su mente: *Como siempre pensaré en ti.*

¿Siempre pensaría en ella? Bobadas, fingía muy bien, pero no la engañaba. Una vez que se hubiera marchado, dudaba que alguna vez pensara en lo que había dicho un par de veces. Por otra parte, sabía que ella nunca olvidaría ese interludio en su vida. Cuando fuera vieja y canosa, recordaría esos momentos. No porque fuera un señor, sino por cómo era él. Adam.

Eve negó con la cabeza, más para aclararse que por estar en desacuerdo.

—No estoy segura de que mi padre lo apruebe.

Adam le apretó la mano.

—Entonces deja que sea nuestro secreto.

Dios santo, su voz era profunda y fascinante. ¿Esconder un secreto a su padre? Nunca había hecho nada en toda su vida que tuviese que mantenerse en secreto. La hacía sentirse como una malvada, pero emocionada al mismo tiempo. Seguramente tendría que dedicar más tiempo a sus rezos de esa noche. Si su invitado se quedaba demasiado tiempo, terminarían saliéndole ampollas en las rodillas.

—Está bien. —Respondió casi riendo y sintiéndose lasciva solo por decirlo.

—Excelente. —Adam se frotó las manos—. Ahora juguemos al ajedrez.

Con las manos temblorosas, colocó el tablero sobre la pequeña mesa que había junto a la cama. Colocó las piezas y trajo una silla de la cocina al dormitorio. Una vez que estuvieron sentados, y uno frente al otro sobre el tablero, todas sus inquietudes desaparecieron y se concentró en el juego.

Después de unos pocos movimientos, era evidente que Adam (todavía le resultaba difícil pensar en él por su nombre de pila) era realmente un excelente jugador de ajedrez. Su corazón latía con fuerza, no por estar junto a él, sino por la emoción del juego. Aunque su padre era un muy buen jugador, ella conocía sus movimientos y sabía lo que haría ante cualquier situación. Pero Adam era un desconocido.

En más de un sentido, dijo a su corazón.

Capítulo tres

Adam observaba cómo Eve analizaba el tablero de ajedrez mordiéndose un labio. Pensaba que la iba a derrotar, e incluso había decidido contenerse un poco para no ganarle rápidamente y abochornarla.

Pero ahora era él quien estaba avergonzado. Casi desde el principio había ido perdiendo debido al error de haber subestimado la habilidad del contrincante. Ella era una poderosa jugadora de ajedrez, y él tenía que mantenerse alerta para evitar que lo destruyera. Su idea inicial de que el juego iba a ser amistoso, y que él podría bromear y coquetear con ella mientras movían las piezas, se desvaneció y no podía perder la concentración para poder ganar. Algo que no le había ocurrido desde hacía mucho tiempo.

Los movimientos de Eve eran calculados y bien pensados. ¿Algún día dejaría de sorprenderlo? Se rio para sí mismo mientras se visualizaba iniciando una conversación sobre los escritos de la señora Griffith, o la estrategia de ajedrez con lady Ann. Imaginó su abanico ondeando y la expresión confundida de su rostro joven e inexpresivo.

Una visión muy incómoda que rápidamente apartó de su mente.

Sin embargo, iba a pasar el resto de su vida con ella. ¿Por qué nada de eso le había preocupado antes de acercarse a lord Fenster? Lady Ann había sido una de las elegidas por su madre, ya que era bien educada, perfecta en sus modales y una magnífica anfitriona. También sería petulante, ensimismada y minuciosamente correcta. Dada su educación, le permitiría sus atenciones maritales con un sufrido silencio, y daría un suspiro de alivio cuando se alejara de su cama para dejarla descansar toda la noche sin su compañía.

Por supuesto, aunque no era exactamente lo que estaba bien, al menos se suponía que tendría una amante, discretamente, por supuesto, para que se ocupara de su naturaleza más básica. Siempre había sabido que así sería su matrimonio, ¿pero por qué ahora empezaba a dudarlo? ¿Eran simplemente los nervios de la boda? Quizás el hecho de rechazar a todas las debutantes sonrientes era su forma de rechazar todo el sistema.

Ya es muy tarde.

—Jaque.

Lo miraron dos brillantes ojos de color avellana cargados de alegría y satisfacción.

¡Maldición! Mientras reflexionaba sobre su sombrío futuro, Eve había movido sus piezas y le había dado jaque.

Mejor concéntrate, o quedarás como un tonto.

Le costó un poco arreglarlo, pero logró salvar a su rey y el juego continuó. Varios movimientos después, ambos determinaron que empataban.

Eve se echó hacia atrás con una amplia sonrisa en su hermoso rostro.

—Fue un juego excelente, señor.

Él levantó un dedo.

—Adam.

—Oh sí. Discúlpame. —Dijo metiendo las piezas en la cajita que había traído—. Me encantaría jugar otra vez, pero mi madre necesita que la ayude a hacer pan. Casi todas las semanas, después del servicio de papá, tenemos una cena en la iglesia. Ayudamos a las familias que necesitan un poco más de comida para llenar el estómago de sus hijos.

En ese lugar había personas que, en comparación con él, tenían muy poco, pero compartían entre ellos lo que había. Qué diferente era la vida del pueblo respecto a la de su mundo. Una diferencia que, en esos momentos, le incomodaba. A pesar de las peleas en la Cámara de los Comunes, estaba convencido de que el sistema bajo el que vivían era el mejor. Pero escuchar que algunas personas tenían problemas para alimentar a sus hijos, cuando los niños de su mundo tenían tanto, lo perturbaba de una manera sorprendente.

—¿Puedo asistir a la iglesia contigo el domingo?

Pero, ¿de dónde había salido eso? No había asistido a un servicio religioso formal desde hacía bastante tiempo. De hecho, en realidad solo había ido a la iglesia en Navidad o en alguna boda.

—Falta menos de una semana. ¿Crees que estarás lo suficientemente bien? —Eve lo miró con las cejas arqueadas—. Recién te estás recuperando de la herida de bala. No querrás que se te salten los puntos que mi madre te cosió con tanto esmero hace unos días.

—Estaré bien. Como señaló la señora Allen, es bastante inusual que alguien con una lesión como la mía no sufra una infección. Creo que me hará bien vestirme e ir a la iglesia.

—Si eso es lo que quieres, estoy seguro de que mi padre estará encantado de que te unas a nosotros.

—¿Solo tu padre?

No pudo resistirse a burlarse de ella. La verdad era que la razón para querer asistir a la iglesia era pasar más tiempo con Eve. Ella lo fascinaba y cada vez que estaban juntos descubría nuevas facetas de su personalidad. Ninguna mujer lo había cautivado tanto jamás.

Un hermoso rubor cubrió la parte superior del recatado vestido de Eve hasta la línea del cabello. ¡Dios, qué entrañable era!

Ella levantó su pequeña y atrevida nariz.

—Yo también estaré encantada de que vengas con nosotros. —Respondió mirándolo fijamente con una expresión casi desafiante por naturaleza.

No me desafíes, querida, no ganarás. Puede que seas buena con el ajedrez, pero en cuanto a seducción, te daré jaque mate en poco tiempo.

¿Por qué pensaba así? Eve tal vez ya era bastante madura, y obviamente se sentía tan atraída por él, como él por ella, pero lo que hubiera entre ellos no podía llevar a ninguna parte. Era una mujer encantadora destinada a casarse con uno de los jóvenes del pueblo, que le llenaría su vientre de muchos hijos.

Eso le dolía. La idea de que apareciera otro hombre que la sostuviera en sus brazos, le quitara la ropa, acariciara su piel satinada y sus curvas femeninas, que entrara en su cuerpo sintiendo su calor húmedo, casi hizo que terminara de rodillas.

Pero por otro lado, él podría tener un matrimonio muy apropiado con lady Ann y continuar con su vida como siempre supo que iba a ser.

—Entonces estoy encantado de que estés encantada. No deseo darle más trabajo a tu familia, pero para poder ir a la iglesia necesito un baño, un afeitado y tal vez otro parche. Esta vez para

mi chaqueta.

—Mamá ya te arregló la chaqueta. Estoy seguro de que no luce como cuando la estrenaste, pero la tela azul oscuro disimula muy bien el parche.

Un duque asistiendo a la iglesia con ropa remendada. Tuvo que reprimir la risa para no ofender a su anfitriona.

—Excelente.

—Puedo traerte agua caliente por la mañana para que te bañes.

—¡No!

Ella se sobresaltó su tono.

—Lo siento, no quise gritar. No quiero que cargues agua para mi baño. No eres una sirvienta. —Le sorprendió lo enfadado que le ponía la idea de que Eve tuviera que cargar agua—. Me bastará con un recipiente con agua tibia y un poco de jabón. Y si tu padre pudiera prestarme una navaja de afeitar, es todo lo que me hará falta para presentarme en la iglesia.

EVE DIO los toques finales a su cabello antes de ponerse su mejor sombrero de iglesia. Se había retirado el pelo de la cara y había entrelazado una gruesa trenza en la parte posterior de la cabeza que terminaba en un solitario y grueso rizo que caía sobre un hombro. El precioso sombrero de paja de copa baja con anchas cintas verdes que se ataba bajo la barbilla hacía juego con una de las flores del borde de su vestido.

No importaba cuántas veces se dijera a sí misma que no había nada especial en el servicio de ese domingo, ni en la cena de la iglesia de después, pero sabía que era mentira. Lord Manchester, Adam, asistiría con su madre y ella.

Se puso sus mejores guantes blancos, que solo tenían un pequeño punto en uno de los dedos, y salió de su habitación. Cuando entró en la cocina, Adam salía del pequeño dormitorio. Cuando cerró la puerta y se volvió hacia ella, a Eve se le cortó el aliento y su corazón latió con fuerza. Comenzó a mirarlo desde la mitad del pecho, y después subió, pasando por su corbata recién almidonada, hasta su cabello negro ondulado y bien peinado.

¡Era tan alto! Cuando lo ayudó a subir a la carreta y a entrar a la casa estaba completamente inclinado. Desde entonces había estado acostado, por lo que no tenía idea de la altura que tenía comparado con ella.

Apenas se podía distinguir el parche que su madre le había cosido a la chaqueta, lo que combinado con sus pantalones oscuros, su chaleco azul claro y sus brillantes zapatos negros hacía imposible que nadie dudara de que era un aristócrata.

—¿Eve? —Su voz profunda la sobresaltó.

Ay, qué vergüenza. Probablemente llevaba todo ese tiempo mirándolo con la boca abierta. Él la observaba muy alegre. Se sintió como una completa tonta y deseó que el suelo se abriera para poder aparecer al otro extremo de la tierra. Recomponiéndose en un intento por recuperar su dignidad, dijo:

—Veo que estás listo para ir a la iglesia.

Brillante, Eve. ¿No tendrías que haber buscado en tu extenso vocabulario por todos los libros que has leído, y no haberle dicho algo tan banal?

—Sí, estoy listo. La verdad es que estás muy guapa.

—Gracias. —Respondió dificultosamente por lo secos que tenía los labios.

Ninguno de los hombres de la aldea que habían intentado cortejarla la había dejado tan

cortada como hacía ese hombre. No era nada bueno.

Aún nerviosa, se giró y avanzó hacia la puerta principal, seguida por Adam.

Una vez que salieron al aire fresco de la mañana, se sintió un poco mejor. Su madre estaba en la puerta esperándolos.

—Buenos días, señor Manchester.

Adam la saludó con la cabeza.

—Buenos días, señora Allen. Está tan espléndida como su hija. Soy muy afortunado de poder asistir a la iglesia con una compañía tan encantadora.

Eve estaba feliz de comprobar que su mamá estaba tan nerviosa como ella. El hombre parecía producir ese efecto en las mujeres en general, no solo en ella. Adam se puso el sombrero de copa en la cabeza y, una vez fuera de la puerta, extendió los codos hacia Eve y su madre. Ellas se agarraron de sus brazos y dieron un corto paseo hasta la iglesia.

Sabía que con Adam a su lado llamarían mucho la atención, pero no estaba del todo preparada para el grupo de mujeres jóvenes que acudieron en masa a su lado tan pronto como llegaron frente a la iglesia. ¡Eve no tenía idea de que era tan popular!

—Buenos días, Eve. Veo que tenemos un invitado. —Dijo la señorita Pickering, que tenía edad suficiente como para ser la madre de Adam, riendo entre dientes como una niña.

—Buenos días, señorita Pickering. Le presento a lord Manchester.

Apenas lo dijo recordó que se suponía que debía presentar a Adam a la señorita Pickering, ya que él era su acompañante, y no al revés. Suspiró para sus adentros.

¡A la mierda con la *alta sociedad* y sus estúpidas reglas! Pero claro, si no se tenía nada mejor que hacer que estudiar el linaje de cada cual y pintar acuarelas, ese tipo de reglas eran fáciles de incorporar en el día a día.

Si Adam notó su *paso en falso*, o incluso si le importó, no lo manifestó. Se levantó el sombrero, hizo una reverencia y saludó a la mujer. Una por una, todas las niñas y las damas esperaron a ser presentadas, hasta que su madre se acercó a la multitud y recordó a todos que el servicio estaba a punto de comenzar.

Adam se volvió hacia ella.

—¿Señorita Allen? ¿Puedo acompañarla?

Todas las muchachas, que desde hacía unos minutos se habían convertido en sus mejores amigas, la miraron mientras entraban a la iglesia y buscaban sus asientos. Como de costumbre, Eve y su madre pasaron al frente y se acomodaron en el primer banco. Adam se unió a ellas y se sentó en un extremo de la fila. ¡La miró y le guiñó un ojo!

¡En la iglesia!

Su guiño y su leve sonrisa le dieron a entender que él comprendía lo que acababa de suceder afuera. Eve sintió un cálido resplandor, casi como si compartieran un secreto. Con más entusiasmo del que normalmente mostraba en los servicios religiosos, cantó la primera canción mientras su padre dirigía a la congregación.

Cuando terminó el servicio, Eve tenía serias preocupaciones por su alma. Había pasado toda la hora que se suponía que debía haber estado examinando su conciencia y acordándose del Señor, pensando en otro señor. El que tenía sentado a su lado. El calor que emanaba de su cuerpo hizo que deseara poder abanicarse.

El agradable aroma del jabón, así como algo que nunca antes había olido, flotaba a su alrededor. Parecía irradiar de su chaqueta, y temía que si inhalaba más profundamente se podría desmayar. Cada vez que él movía la rodilla, sus ojos se dirigían hacia él. Pero lo peor era que cada vez que lo miraba, él también la estaba mirando.

Gracias a Dios, su padre no les había prestado atención en absoluto, y continuaba dirigiéndose a la congregación en lugar de concentrarse en ellos. Su madre tampoco había notado la incomodidad de Eve, así que, aparte de los sudores que estaba sufriendo debido a la tortura por lo que estaba pasando, nadie se había dado cuenta de que no había podido rezar nada en absoluto.

Una parte de ella deseaba que Adam se recuperara por completo y se marchara, pero la otra temía el día en que se tuvieran que despedir y saliera de su vida para siempre. Pero al recordar lo ocurrido con Becky se fortaleció su determinación.

ADAM NUNCA HABÍA DISFRUTADO TANTO de un servicio religioso como esa mañana. Probablemente no podría repetir una sola palabra que había dicho el reverendo Allen, por lo concentrado que estaba en Eve. No podía negar que había captado su interés mucho más que cualquier mujer que hubiera conocido. Sentado a su lado, finalmente vestido y sintiéndose más como un hombre que como un inválido, se sumergió en su aroma. A lavanda y a vainilla.

Cuando Eve se reunió con él en la cocina, con el vestido blanco, bordado con flores de colores a lo largo del corpiño, en los puños de las mangas largas y en el dobladillo, quiso estrecharla entre sus brazos y deleitarse con su boca. Apretarla contra su cuerpo fortalecido, sintiendo cómo sus suaves curvas provocaban sus músculos duros.

Su recatado atuendo, rematado con un sombrero de paja que debía haber pasado de moda hacía varios años, hizo que su sangre bombeara hacia el lugar equivocado. ¡Mil demonios! Había permanecido impasible ante viudas coquetas y habilidosas cortesanas, vestidas con trajes costosos y escotados, y sin embargo, esta inocente hija de un párroco le estaba haciendo pensar en todas las formas interesantes en las que podría poseerla e iniciarla en el mundo del amor.

Y así, todo el tiempo en que estuvo sentado en la iglesia.

Antes de meterse en problemas, lo mejor era que se despidiera de la familia Allen. Su sentido común le decía una y otra vez que si estaba lo suficientemente bien como para ir a la iglesia, también lo estaba como para viajar hasta su casa. Y alejarse lo más que pudiera de Eve antes de cometer un error importante. Iba a escribir a su administrador ese mismo día, si fuera posible, para pedirle que le enviara un carruaje para recogerlo.

Agradecido cuando terminó el servicio, se levantó y acompañó a Eve y a la señora Allen fuera de la iglesia. Una bandada de mujeres se abalanzó sobre ellos, compitiendo por su atención y pidiendo que los presentaran. Eve manejó la situación con gracia, igual como hacía con todo lo demás.

—Señor, ¿vendrá con nosotros a la cena de nuestra iglesia?

Una mujer joven, que le habían presentado como la señorita Grace Monroe, se acercó sigilosamente a él, reemplazando a Eve de su lado.

Él reprimió su molestia y le dedicó una cálida sonrisa.

—Sí, así es. La señorita Allen me ha invitado amablemente y estoy ansioso por probar el tentador guiso de cordero que ha traído.

Más aún, estaba ansioso por probarla a ella, pero era mejor que guardara ese pensamiento para sí mismo.

—Oh. —La sonrisa de la señorita Monroe se desvaneció, pero enseguida se inclinó hacia él —. Traje una deliciosa ensalada de guisantes que estoy seguro que le gustará. —Le dijo moviendo las pestañas, y él estuvo casi tentado de reírse, pero no quiso avergonzar a la

muchacha.

—Sí. Estoy seguro de que me encantará. —Se volvió hacia Eve y le ofreció un codo—. ¿Está lista?

Le habría encantado pasar el resto de su vida viendo cómo esa sonrisa iluminaba su rostro.

¿El resto de su vida? ¿De dónde diablos había salido ese pensamiento?

Mientras caminaban lentamente desde la iglesia hasta el pequeño edificio de al lado, hacia donde se dirigía todo el mundo, estaba feliz de poder sentir a Eve junto a él. Era mucho mejor que tenerla inclinada sobre su cuerpo curando su herida.

El recinto se llenó lentamente de los miembros de la congregación. Las mujeres llevaban platos y cestas de comida que transportaban hasta una larga mesa colocada al frente de la sala. Eve y él eran el centro de atención, lo cual no era una sorpresa ya que dudaba de que en los pueblos pequeños vieran a extraños con mucha frecuencia.

—Señor, le guardé un asiento aquí. —La señorita Appleby hizo un gesto en su dirección, mientras la señorita Grace la miraba con el ceño fruncido—. Tengo un asiento reservado aquí para su señoría. —Dijo otra joven mientras daba unas palmaditas en una silla a su lado.

Un fastidio.

No quería insultar a ninguna de las mujeres, pero no tenía intención de sentarse en ningún otro lugar que no fuera junto a Eve. Finalmente había podido presentarse ante ella como un hombre completo, y no como un inválido indefenso.

Afortunadamente, el señor Allen se acercó a ellos y le dio una palmada en el hombro bueno.

—Señoras, me temo que, como invitado nuestro, su señoría se sentará conmigo, la señora Allen y nuestra hija.

Varios rostros femeninos jóvenes mostraron su decepción mientras observaban cómo él y a los Allen se movían hacia una mesa que se encontraba cerca del frente de la sala para acomodarse en ella. El reverendo le dedicó una leve sonrisa.

—Espero que no le moleste demasiado tanta atención, señor. Las caras nuevas sorprenden a los parroquianos.

—En este caso, te refieres a las parroquianas —dijo la señora Allen sonriendo—. Creo que su señoría se siente como si estuvieran tirando de él en varias direcciones a la vez. Sacudió la cabeza—. ¿Te imaginas la reacción que provocaría en la fiesta comunal de la iglesia del próximo viernes por la noche?

Adam se volvió hacia Eve.

—¿Va a asistir a la fiesta comunal?

Ella pareció bastante sorprendida. Quizás esperaba, o deseaba, que para entonces ya se hubiera marchado. Probablemente debería ser así, pero en ese momento él estaba más interesado en conocerlo todo sobre esa fascinante mujer que vivía enterrada en un pequeño pueblo. Pero, de todos modos, tenía que escribir a su administrador para pedirle que le enviara un carruaje para llevarlo a casa.

—Sí. —Eve parecía un poco nerviosa y se mordió el labio inferior—. Por lo general suelo asistir.

—¿Y me guardaría un baile?

El señor y la señora Allen intercambiaron miradas.

Pero Adam captó su mensaje silencioso, y les dijo:

—No tengo intención de imponerles nada más. Han sido muy amables y acogedores, y agradezco sinceramente que me hayan ayudado a curar mi herida. Por eso pensé que tal vez haya una posada donde pueda alquilar una habitación mientras termino de recuperarme, ya que no

creo que sea una buena idea viajar todavía.

—Eso no es en absoluto necesario, señor. Estamos más que felices de que se quede con nosotros. —El señor Allen lo estudió cuidadosamente—. Asumo que debe de tener muchas obligaciones que requerirán de su atención.

—Aunque estoy de acuerdo en que probablemente no sea una buena idea viajar todavía mientras aún esté recuperándose —añadió la señora Allen.

Adam asintió. No se atrevió a decirles a esas encantadoras personas que en ese momento estaba muy interesado en su hija. Mucho más que en cualquier obligación que requiriera de su atención. El ducado y sus deberes podían esperar. Su interés por Eve no.

Eres un idiota y te buscas problemas.

Capítulo cuatro

Habían pasado tres días desde la cena de la iglesia y, desde entonces, Eve se había convertido en la mujer más popular de Worcestershire. Todas las tardes invitaba al menos a dos o tres mujeres a tomar el té. Tanto era así que llevaba atrasado su trabajo, y se sentía frustrada por todo el lío que se había formado. Todavía no había tenido tiempo para distribuir los alimentos y la ropa a las familias necesitadas.

Se estaba remetiendo sus rizos sueltos por un lado del sombrero mientras murmuraba algo para sí misma, cuando Adam entró por la puerta principal. Había estado ayudando a su padre a desempaquetar un envío de libros de oraciones de la Liga Femenina de Londres, que reemplazarían a los que estaban demasiado desgastados de la iglesia.

—Bueno, te diría que te ves preciosa, Eve, pero también parece que te gustaría arrancarle la cabeza a alguien de un mordisco.

Ella se ató la cinta al sombrero y se volvió hacia él intentando sonreír a pesar de su angustia. No era culpa de Adam ser alto, guapo, rico y con títulos. Tampoco era su problema que todas las mujeres del pueblo tuvieran sus ojos puestos en él. ¿Por qué esas tontas mujeres no se daban cuenta de que ese hombre estaba por encima de su posición, y que no tenían ninguna posibilidad con él?

Otra razón para no gustarle los aristócratas. Atraían a las mujeres como la miel a las abejas, siempre interesadas por su elevada posición social.

Terminó de atar el lazo y se inclinó para recoger la cesta de panes que ella y su madre habían horneado.

—Estoy atrasada en mis tareas cotidianas, eso es todo. Hace días que debería haber entregado la comida y la ropa a las familias del pueblo.

Adam le devolvió una sonrisa burlona y se apoyó contra la puerta cruzando los brazos sobre el pecho. Tenía un tórax impresionante.

Para, Eve. Recuerda quién es él.

—Ah, es que te has llenado de visitas. —Sus ojos marrones brillaron—. Supongo que normalmente no recibes tantas visitas.

Ella puso su mano vacía en su cadera.

—No. No tengo tiempo para sentarme a chismorrear y tomar el té. No soy una *socialité* londinense inútil, como...

Se tapó la boca con la mano, horrorizada por dos motivos. Primero, porque probablemente casi había insultado a todas las mujeres de su familia y de su círculo de amigos. Y segundo, por alguna razón inexplicable, sentía que una gran tristeza se le agarrotaba en la garganta. Sus emociones se habían vuelto muy inestables desde que Adam se había levantado de la cama y lo

había empezado a ver como a un hombre, no solo como a un paciente.

Adam le extendió una mano, pero ella la apartó y pasó corriendo junto a él hacia la puerta antes de descomponerse por completo.

—Eve. —La voz profunda de Adam resonó contra las paredes.

Ella se detuvo, pero se mantuvo de espaldas a él, parpadeando enérgicamente para dejar salir las lágrimas que se le habían acumulado en los ojos.

—¿Qué pasa?

—Mírame.

Su voz la acarició dulcemente y ella se puso a temblar. Oh Dios. Estaba pasando un mal momento. Sin embargo, como una niña pequeña y testaruda, negaba con la cabeza.

Adam cubrió sus hombros con sus grandes manos mientras la giraba suavemente hacia él. Ella rápidamente se secó las lágrimas de las mejillas, pero dado el color de su piel, sabía que probablemente tendría la punta de su nariz más roja que las cerezas del señor Langford.

Adam la atrajo hacia él y usó sus nudillos para levantarle la barbilla y que se viera obligada a mirarlo.

—Es culpa mía que hayas tenido tantas visitas y hayas descuidado tu trabajo, ¿verdad?

Ella miró hacia un lado, inquieta por su mirada penetrante. No tenía sentido negar lo evidente. Él había tenido que soportar más de un suspiro profundo de parte de alguna joven.

—Un poco.

Adam inclinó la cabeza para mirarla a los ojos.

—¿Qué tal si te ayudo yo?

—¿Qué? —Sus ojos volvieron a los de él—. ¿Ayudarme?

—Sí. Todavía no puedo llevar un carro, pero me encantaría acompañarte en tus rondas, o como sea que distribuyas la mercancía. —Le ofreció encogiéndose de hombros—. Simplemente me gustaría acompañarte.

¿Pasar una tarde entera con Adam? ¿Sin mujeres sonrientes que prácticamente babeaban ante él? Sin su madre y su padre observando cada movimiento que hacían, preguntándose, estaba segura, si este afable aristócrata la podría violar si no lo vigilaban.

A pesar de la aversión que tenía hacia los hombres de su clase social, muchas veces había pensado en cómo sería si Adam la tomara entre sus brazos y la besara. No los intentos de manoseos descuidados y rápidos que había recibido a lo largo de los años, sino como en los sueños que tenían las jóvenes.

—Si no te importa perder una tarde, me encantaría que me acompañes.

Sintió que se le levantaba el ánimo.

Adam dejó escapar un gran suspiro.

—Eve, nunca pensaría que ningún minuto pasado en tu compañía es un desperdicio. —La analizó y enseguida apretó los labios, como si tuviera la intención de decir algo más. En cambio la tomó del brazo y se dispuso a caminar—. Aventurémonos por las tierras salvajes de Worcestershire, y distribuyamos comida y ropa a los necesitados.

Ella se quedó desconcertada. Sus suaves palabras ciertamente no significaban lo que su corazón palpitante pensaba que quería decir. Todo el tiempo se tenía que recordar a sí misma que Adam no era para ella. Como aristócrata, para él este interludio no era más que una forma de codearse con la clase baja. Lo más probable es que le sirviera para su trabajo en el Parlamento. O tal vez buscaba una chica fácil con la que acostarse para luego escapar de vuelta a su vida real.

Pero dejó a un lado esos pensamientos desagradables, y decidió aceptar su compañía, mantenerlo a distancia y calificar el tiempo que pasaran juntos como “encuentros agradables”.

Adam la ayudó a subir al carro y después se encaramó a su lado. El carruaje ya estaba cargado y el caballo listo para partir. Eve agitó las riendas y se pusieron en camino.

La tarde estaba soleada a pesar del aire frío, lo que inmediatamente hizo que le subiera el ánimo. Lo miró de reojo y vio que él sonreía.

—¿Qué pasa?

—Conozco a muy pocas mujeres que puedan manejar un caballo y una carreta como tú.

—¿Y eso es bueno o malo? —Respondió devolviéndole la sonrisa.

—Oh, no lo dudes, señorita Eve Allen. En ti todo es bueno. —Bajó la voz y miró hacia otro lado, pero ella escuchó claramente que decía—: Demasiado bueno.

Sí, todo en Eve era bueno. Maravilloso, en realidad. Los últimos días habían sido los más placenteros que había pasado desde que era adulto. Sin los deberes ducales, y sin el aluvión constante de visitantes que exigían su atención, o necesitaban de sus consejos y ayuda. Sin las tontas debutantes que se interponían en su camino en cada evento social al que asistía. Sin una madre mirándolo con el ceño fruncido en su escritorio, exigiendo saber por qué había rechazado a la última tontita que ella le había presentado.

Su intención era poner fin a todas esas absurdeces ofreciéndose a lady Ann. Y ahora, justo cuando estaba a solo una firma de oficializar el compromiso, la señorita Eve Allen entraba en su vida. Una mujer fascinante, completamente diferente a las damas de su clase social que nunca lo aburriría.

La vida en ese lugar era básica y sencilla. Ciertamente no era algo que quisiera para el resto de su vida. Al fin y al cabo, tenía deberes y responsabilidades, y cierta forma de vida de la que disfrutaba bastante. Pero con Eve a su lado, mientras los rayos de sol atravesaban las nubes, todo parecía ir bien.

—¿Cómo haces los repartos?

Eve maniobró el caballo alrededor de un gran agujero lleno de barro que se interpuso en el camino.

—Paro el carro cerca de la plaza, en el “Common”, donde mucha gente sabe que paso. Generalmente hago que el pequeño John Macon, que vive a unas cuantas cabañas de distancia de nosotros, avise a los aldeanos cuando esté por allí. Y cuando termino de repartir en el “Common”, voy a las casas de aquellos que no pueden venir, ancianos, enfermos y madres jóvenes con maridos ocupados.

—¿Lo haces tú sola?

—Sí. —Se giró para mirarlo—. ¿Por qué?

—Me preocupa un poco. En este mismo camino me atacaron los bandoleros. No me gusta la idea de que te desplaces sola.

Ella sonrió, buscó debajo del banco, sacó una pistola y la agitó.

—Mil demonios, mujer. ¿Es una Sharpe modelo 1760?

Santo cielo, la manejaba como si fuera una sombrilla floreada.

—Sí.

—¿Y sabes disparar?

Ella asintió.

—Llevo disparando desde que era una niña.

Adam se puso serio.

—Solo recuerda que yo también llevaba una pistola cuando me atacaron los bandoleros. Sigo pensando que es una locura que recorras este camino tú sola. Me sorprende que tu padre lo permita.

La idea de lo que le podría pasar si fuera atacada le inquietaba muchísimo. Las mujeres eran muy vulnerables. Pensó en las mujeres que conocía y que nunca salían de su casa sin una criada y un lacayo, y eso en el centro de Londres, en los mejores barrios.

—Estos caminos siempre han sido seguros. —Dijo ella metiendo la pistola debajo del asiento.

—¿Tengo que quitarme la chaqueta y la camisa para recordarte lo inseguro que era este camino hace tan solo unos diez días?

Quizás no hubiera sido lo correcto, ya que Eve se sonrojó, y él se imaginó sacándole la camisa y los pantalones, además del vestido y la ropa interior. Después la besaba por todas partes, acariciaba su suave piel, escuchaba sus leves gemidos y finalmente cubría su boca con la suya mientras ella alcanzaba el clímax.

Se tuvo que mover en el banco por la incomodidad que le provocaba una enorme erección. ¿Qué diablos le pasaba? ¿Por qué tenía que seguir recordándose a sí mismo que Eve era tan solo la hija de un sencillo párroco, destinada a casarse con un aburrido hombre del pueblo, y a pasar el resto de su vida formando una familia y haciendo buenas obras?

Tal como estaba previsto, él regresaría a Londres, donde retomaría sus deberes ducales, se casaría con la buena de lady Ann y viviría la vida para la que había sido educado. Su madre se despreocuparía, él se ocuparía de sus responsabilidades y la vida continuaría tal como siempre había esperado.

Hasta conocer a Eve.

Atravesaron la última parte de la zona boscosa. El “Common” del pueblo, se encontraba a aproximadamente a un cuarto de milla de la carretera. Lo rodeaban pequeñas tiendas: a un lado había un herrero, un zapatero, un panadero y una modista; y al otro, una hilera de árboles que bloqueaban la vista, aunque pudo divisar una posada y una librería.

—¿Tenéis una librería?

—Sí. —Dijo ella levantando la barbilla—. ¿Crees que somos analfabetos?

—No, en absoluto. Simplemente supuse, erróneamente, que pueblos pequeños como este no eran capaces de sostener una librería.

De hecho, estaba muy impresionado. Los libros eran caros y pocas personas podían permitirse ese lujo. Eve ya le había contado que su padre la llevaba a Londres una vez al año para visitar a su hermana, y mientras estaban allí iban a alguna librería para comprar un libro. Supuso que ese era el único lugar donde podría adquirir nuevo material de lectura.

—Señorita Allen.

Una joven agitó los brazos, lo que hizo que Eve tirara de las riendas del caballo para detener el carro.

—Buenas tardes, señorita Davis.

El saludo de Eve no fue demasiado amistoso, aunque tampoco fue maleducado.

La joven cruzó apresuradamente el parque y se detuvo delante del carro. Quizás pensaba que Eve se alejaría antes de que ella pudiera decir algo. Observó a Adam.

—Señor. Buenas tardes. —Le hizo una reverencia y sonrió alegremente.

Eve resopló.

—Buenas tardes, señorita Davis. —Respondió haciéndole una reverencia desde la cintura y quitándose el sombrero.

La chica se rio. Señor, líbralo de las jóvenes risueñas. Al parecer, no se limitaban a los salones de baile de Londres.

—¿Sí, señorita Davis? —La voz no muy amigable de Eve se había vuelto más fría.

—Oh, nada muy importante. Me preguntaba si asistiría a la fiesta comunal el viernes por la noche.

Como la señorita Davis no se atrevería a preguntarle a él directamente si asistiría, dirigió su pregunta a Eve, pero mirando en su dirección.

—Sí, asistiré.

Como Eve no dijo nada más, la señorita Davis dio un paso atrás.

—Oh, bueno, qué bien. ¿Lo veré allí entonces?

—Sí.

Eve soltó las riendas y avanzó con el rostro sonrojado y los labios apretados.

Adam sonrió para sí mismo. Como estaba muy en sintonía con las mujeres, y gracias a su experiencia a lo largo de los años, estaba seguro de que Eve estaba mostrando señales de celos. Por qué eso lo divertía y lo animaba, era mejor no analizarlo por ahora. Pero, a decir verdad, se sintió resplandeciente.

¿Como si a la señorita Davis le importara si iba a ir o no a la fiesta comunal? Eve agitó las riendas con un poco más de vigor del necesario. Todas esas mujeres que se desvivían tratando de atraer la atención de Adam la estaban poniendo de los nervios. Evidentemente, era alguien nuevo, interesante, guapo y todo lo demás. Pero ¿por qué no se daban cuenta de que estaba muy por encima de ellas? Y que muy probablemente fuera un canalla, como el caballero de la pobre Becky.

¿No eran todos así?

La cálida mano de Adam cubrió la de ella que sostenía las riendas.

—¿Estás bien?

—Estoy perfectamente bien.

No, no estoy perfectamente bien. Quiero que regreses al lugar al que perteneces, para poder olvidarte y reanudar mi vida normal, tal como era antes de que entraras en ella y la pusieras patas arriba.

Llegó hasta el lugar donde generalmente se encontraba con los aldeanos y detuvo el carro. Ya se habían reunido varias personas esperando su llegada. Puso una sonrisa en su rostro y los saludó mientras ataba las riendas en el tablero. Antes de que ella siquiera comenzara a bajar, Adam saltó del asiento y rodeó la carreta.

Levantó una mano hacia ella, le dijo:

—Me encantaría poder tomarte en mis brazos y bajarte hasta el suelo, pero por ahora esto es suficiente.

Ella agarró su mano y la usó para estabilizarse mientras bajaba del carro. Mientras se sujetaba, miró sus hermosos ojos marrones y su corazón latió con fuerza.

Sí, por favor regresa a tu vida antes de que destruyas la mía.

MÁS TARDE ESA NOCHE, Eve y Adam se sentaron uno frente al otro con el tablero de ajedrez entre ellos sobre una mesa baja. Una vez más estaban volviendo a empatar. De los cinco juegos que habían jugado hasta el momento, Adam había ganado una vez, Eve otra, y el resto habían sido empates. A ella le sorprendía lo igualados que estaban.

Adam estudió el tablero y levantó la vista.

—¿Quieres que empatemos de nuevo?

Eve suspiró y asintió.

—Sí. No hay manera de que ninguno de nosotros consiga ganar al otro.

Adam se puso de pie y se estiró.

—Creo que me gustaría dar un pequeño paseo para respirar el aire de la noche antes de acostarme. —Extendió una mano hacia ella—. ¿Te gustaría venir conmigo?

Su madre y su padre se habían retirado hacía más de una hora. La madre había llevado aparte para recordarle que Dios siempre estaba en la habitación con ellos. Aparentemente, había asumido que una deidad acompañante sería suficiente ya que ella y el padre estaban demasiado cansados como para quedarse observando cada uno de sus movimientos. Parecía que ella, igual que Eve, tampoco confiaba en la nobleza.

—Sí, está bien. Me encantaría.

Caminaron hacia la puerta y ella sacó su capa del perchero que había junto a la puerta principal. Adam la recogió de sus manos y se la colocó sobre los hombros, acercándola a su pecho durante un instante antes de soltarla.

Ella sintió un poco de miedo, y empezó a pensar que tal vez un paseo en la oscuridad con Adam no sería nada bueno. Pero apartó ese pensamiento traidor de su mente, respiró hondo y salieron de la casa.

—¿No quieres ponerte un abrigo sobre la chaqueta?

—No. Suelo estar mejor cuando hace frío que cuando hace demasiado calor. — Le lanzó una mirada de reojo, con una sonrisa en sus labios carnosos—. Sangre caliente, ¿sabes?

Dios mío. Sí, tal vez debería haberse quedado en la cocina donde Dios estaba mirando por encima del hombro. Rezó algo rápidamente.

Adam tomó su mano y, en lugar de hacer que la pusiera en su brazo, mantuvo sus dedos entrelazados. De alguna manera, eso parecía un contacto mucho más íntimo, aunque si entrelazaban los brazos, sus cuerpos estarían más juntos.

Caminaron un rato, y el único sonido que oían era el de sus botas haciendo crujir el suelo seco. Soltaban bocanadas de vaho por la boca, que se volvían plateado a la luz de la luna. Adam se detuvo justo cuando llegaron al final de la hilera de cabañas. La zona boscosa que conducía al "Common" se alzaba ante ellos.

—No me siento seguro si seguimos avanzando.

—Sí, no he traído la pistola.

Adam echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—Te imagino sacando tu pistola para protegernos a los dos. ¿No hay nada que te dé miedo?

Dios Santo, sí. Tengo un miedo mortal de ti y de los sentimientos que me provocas. De la facilidad con la que has encajado en mi vida, de lo que me aterra que te vayas. Pero sobre todo tengo miedo de olvidarme del error que cometió Becky.

—Algunas cosas.

Adam miró por encima del hombro, casi como para ver a qué distancia estaban de su casa. La curva del camino impedía que los vieran. Se dio la vuelta, como para volver sobre sus pasos, pero la tomó entre sus brazos y la miró.

—Yo de una mujer hermosa, justo aquí, entre mis brazos, a la luz de la luna. De eso es a lo que tengo miedo.

Sin estar segura de lo que quería decir con eso, Eve continuó mirándolo. Su corazón se aceleró y volaron mariposas en su estómago cuando Adam inclinó la cabeza.

Me va a besar. ¿Qué tengo que hacer?

No era necesario que decidiera nada. Una vez que sus labios tocaron los de ella, todo pensamiento coherente voló como una bandada de pájaros tras el disparo de una pistola.

Los labios de Adam eran carnosos, húmedos y cálidos. Al principio, fue dulce, pero luego, tras un gemido, la acercó más y su boca se volvió más exigente. Inclinó la cabeza, le sujetó las mejillas y le acarició los labios con la lengua. Sorprendida, Eve abrió la boca y Adam pudo acceder a ella. Si no la hubiera estado abrazado con tanta fuerza, se habría deslizado hasta el suelo. Sus rodillas se negaban a recordar el deber que Dios les había encomendado de sostener su cuerpo.

Cuando Adam se apartó, ambos estaban jadeando como si hubieran corrido una carrera. Pero continuó sosteniendo su rostro y le besó la nariz, las mejillas y la frente.

—Has logrado llegar a mi corazón como ninguna otra mujer ha hecho antes. ¿Qué hay en ti que me intriga tanto? ¿Eres mágica? ¿Me has hechizado?

Ella movió la cabeza.

—Si lo he hecho, señor, debo haber lanzado el hechizo sobre mí misma.

Adam volvió a gemir, se acercó a ella y se apoderó de sus labios.

Capítulo cinco

Cuando entraron al edificio, que se encontraba junto al "Common", donde se iba a celebrar la fiesta comunal, Adam iba sujetando el brazo de Eve entre el suyo. Ya se habían reunido varias personas en grupos de cuatro o cinco que charlaban y tomaban alguna bebida.

La mayoría giró su cabeza hacia ellos mientras despejaba la entrada. Varias jóvenes, todas vestidas con sus mejores galas, abandonaron los grupos con los que estaban conversando y se acercaron hacia el lugar donde se encontraban él y Eve.

Rápidamente comenzaron los aleteos, las reverencias, los movimientos de abanico, las risitas y las conversaciones tontas, que le recordaron que las fiestas eran siempre lo mismo, ya fuera en un pueblo pequeño, o en un salón de baile de Londres. Eve permaneció a su lado, a pesar de que algunas chicas hacían todo lo posible por usurpar su posición. Él sonrió para sí mismo agradecido de su determinación.

Solo habían pasado dos días desde que la había besado bajo la luz de la luna después de su partida de ajedrez. Ese beso había llevado a otros, y antes de que se diera cuenta, había metido la mano debajo de su capa para masajear y acariciar sus senos. La inocente respuesta de Eve a sus caricias casi lo había dejado sin sentido. Pero antes de que las cosas se salieran de control, se había apartado de ella y, tomándole una mano firmemente entre las suyas, se dirigieron de vuelta a la casa a buen paso.

Eve parecía un poco desorientada cuando Adam le dio un ligero beso en la frente, le deseó buenas noches y se dirigió resueltamente hacia su habitación, deseando que hubiera una cerradura en el exterior que le impidiera salir de la habitación hasta la mañana siguiente.

Eve representaba una tentación demasiado grande.

La orquesta comenzó a afinar sus instrumentos y el maestro de ceremonias agitó las manos para llamar la atención de todos.

—Me alegra ver una reunión tan maravillosa para celebrar nuestra fiesta comunal. Antes de que comience el baile, me gustaría dar la bienvenida a lord Manchester, quien, como la mayoría de vosotros sabéis, está de visita en nuestro pueblo por un corto tiempo mientras se recupera de una lesión.

Todos se volvieron en su dirección. Él simplemente asintió y continuó mirando al hombre.

—Dado que la tradición exige que el protagonista, y todos estamos de acuerdo en que es su señoría lo es, y la dama más importante presente bailen el primer vals, me gustaría pedir a su señoría que elija a una pareja para comenzar el baile.

Todas las miradas se volvieron hacia él. Eve se puso de puntillas para hablarle al oído.

—Debería ser la hija mayor soltera del señor Halloway. Está de pie apoyada contra la pared sur. Lleva un vestido azul oscuro.

Adam movió la cabeza para mirar hacia donde Eve le había indicado. Vio a una mujer joven con un vestido azul oscuro apoyada contra la pared sur que se acicalaba y acariciaba su cabello mientras le lanzaba lo que él supuso que ella pensaría que era una mirada seductora. Él asintió con la cabeza y luego se volvió hacia Eve.

—¿Le puedo solicitar este baile?

Ella lo miró con la boca abierta.

—¿Qué? Se supone que debe bailar con la mujer más importante de la sala.

Adam tiró de ella hacia adelante mientras la pequeña orquesta comenzaba a tocar.

—Usted, señorita Eve Allen, es la mujer más importante de la sala. Venga conmigo.

La tomó en sus brazos y comenzó el baile.

Eve falló un poco al principio, pero Adam la agarró muy firme, y gracias a sus suaves movimientos perfeccionados a lo largo de años en los salones de baile de Londres, consiguieron mantener bien el ritmo. Él hizo un giro elegante y le tomó la mano. Después le sonrió y ella le devolvió la sonrisa. Adam sentía como si estuviera contemplando un amanecer.

Una vez que terminó el baile, él se inclinó ante ella una vez más y Eve le hizo una reverencia.

—¿Quiere tomar algo? De pronto siento mucha sed.

Eve lo tomó del brazo y cruzaron la habitación hasta la mesa dispuesta a lo largo de la pared norte donde se encontraban diversas exquisiteces horneadas, y dos grandes cuencos de refresco.

—¿Supongo que en ninguno hay nada más fuerte que limonada?

Eve se rio y tomó el vaso que Adam le pasó tras acabarlo de llenar.

—No, mi señor, me temo que no. —Dijo bebiendo un sorbo—. Y no debería pedirle tal cosa a la hija del párroco del pueblo.

Entonces Adam se inclinó hacia ella y le dijo en voz baja.

—Hay bastantes cosas más que me gustaría preguntarle a la hija del párroco del pueblo.

Eve respiró hondo y dejó su vaso sobre la mesa.

—Dado su tono, mi señor, no creo que me interese escuchar esas preguntas.

Adam le sonrió y se llevó una mano al pecho.

—¿Es que cree que podría ser algo inapropiado?

Pero antes de que pudiera responderle se les unieron dos jóvenes, que Eve presentó como señorita Carlyle y señorita Merriweather.

—Es un placer conocerlas. —Dijo Adam inclinándose ante para saludarlas.

Como continuaban junto a ellos justo cuando comenzó a sonar un baile muy popular, Eve le dio un codazo y miró en dirección a las jóvenes. Adam suspiró para sus adentros y decidió usar sus bien aprendidos modales. Dirigiéndose a la señorita Carlyle, dijo:

—¿Me ofrece este baile?

Ella se rio y se sonrojó, pero tomó su mano mientras él la conducía a la pista de baile para unirse a la cola de bailarines. Resignado a escuchar balbuceos estúpidos cuando hubiera preferido estar charlando con Eve, le sonrió y tomó sus dos manos entre las suyas.

Hicieron todos los pasos, los fondos y los giros. Un baile impecable. De hecho, tal vez los vestidos estuvieran, en su mayor parte, un poco pasados de moda y las joyas no eran tan llamativas, pero bien podría haber estado en un salón de baile de Londres, con todos los chismes, intrigas y miradas estudiadas por encima de los abanicos.

Ejecutó un paso de baile y se giró para ver a Eve que estaba bailando con un joven más abajo en la fila. Se le apretó el estómago y sintió la necesidad de avanzar hacia ellos para arrancarla de los brazos de ese hombre.

La situación se estaba volviendo peligrosa. No solo tenía la complicación de tener que

casarse con lady Ann, sino que Eve era plebeya y él un duque. Si bien los duques podían salirse con la suya en lo que quisieran, sin llegar al asesinato, su madre se podría quedar en cama durante semanas si le anunciara que había cambiado de opinión y quería ofrecerse a la señorita Eve Allen, la hija del pastor Joshua Allen de Worcestershire.

Y cómo se vería afectado su honor cuando notificara a lord Fenster que los contratos matrimoniales que habían elaborado habían sido realizados en vano, haciéndolo parecer tan frívolo como un tonto debutante. Pero cada vez que comparaba a la pálida, suave y perfecta lady Ann con la vivacidad, el encanto y la inteligencia de Eve, le apretaba aún más el nudo que sentía en el estómago.

EVE APENAS ESCUCHABA mientras el señor Dartmouth parloteaba una y otra vez sobre su nuevo caballo. ¿Por qué los hombres pensaban que las mujeres estaban interesadas en esos asuntos? No es que esperara que hablara sobre moda u otros temas femeninos. A ella, a diferencia a de la mayoría de las mujeres, le interesaban los libros, el ajedrez y ayudar a los pobres. Adam consideraba que estos asuntos eran lo suficientemente interesantes como para hablar con ella sobre eso. De hecho, nunca habían recurrido a las típicas y aburridas conversaciones que solían mantener hombres y mujeres.

Cerró los ojos de frustración y negó con la cabeza. ¿Por qué siempre comparaba a Adam con los demás hombres que había conocido, y estos siempre quedaban empequeñecidos? Era un ejercicio inútil que le aseguraba que cuando Adam se fuera ella tendría muchas razones para sentirse terriblemente mal.

Afortunadamente, el baile terminó, y ella y el señor Davidson se separaron. Estaba a solo unos pasos de donde Adam la había dejado cuando una mano fuerte la agarró del codo, seguida de una voz baja que le habló al oído.

—Ven conmigo afuera a dar un paseo. Tengo mucho calor.

Ella se estremeció de emoción al pensarlo. ¿Adam la besaría otra vez? La última vez que pasearon después de su partida de ajedrez, ella se sintió inquieta y avergonzada, como si necesitara algo más de él para hacer que esos sentimientos cesaran. A pesar de su inocencia, sabía que su inquietud tenía que ver con el deseo que se desencadena entre hombres y mujeres. Aunque había intentado sonsacar información a su hermana mayor después de casarse, Angeline había preferido levantar la nariz y decirle que se ya enteraría de todo a su debido tiempo.

Había pasado muchas horas reprendiéndose a sí misma por permitirse las libertades que Adam se había tomado con ella. Ahora entendía con qué facilidad había engañado a Becky su caballero. Eve siempre había pensado que Becky debía de haber tenido algún tipo de debilidad de carácter como para dejarse seducir por ese señor. Le parecía que los miembros de la nobleza, que no tenían que trabajar duro cada día para ganarse el pan, tenían más tiempo para perfeccionar sus habilidades como seductores. Y que después las aplicaban a chicas inocentes y poco sofisticadas del pueblo.

Sin embargo, todo eso no le impidió tomarlo del brazo y caminar tranquilamente hasta la puerta que daba una pequeña terraza con una escalera.

A pesar del frío, le resultaba agradable sentir el aire en su cara acalorada por el baile. Una vez libres de los ojos vigilantes de la multitud, Adam dejó caer su brazo y entrelazó sus dedos. Cruzaron la terraza y bajaron las escaleras, casi como si lo hubieran planeado. Eve nunca se había sentido tan en armonía con nadie, hasta el punto de que le parecía que ese momento tendría

que durar para siempre.

Pero no iba a ser así, y necesitaba seguir recordándoselo a sí misma.

Una vez que terminaron los escalones, Adam la giró, la tomó en sus brazos y con un gemido la besó con tanto deseo que la asustó, porque ella sentía lo mismo. Ella iba a aceptar lo que le ofreciera, y más adelante se preocuparía por su corazón destrozado.

¿Su corazón destrozado?

Eve apretó los labios y cerró los ojos. A pesar de su vigilancia, estaba muy cerca de enamorarse de un hombre totalmente inapropiado, que se aprovecharía de ella y después se marcharía. Por más que su intelecto se lo dijera, su corazón se negaba a creérselo. Intentó que no le cayeran las lágrimas que brotaron inesperadamente de sus ojos, y arruinaran el momento.

Adam se apartó y dio varias bocanadas de aire. Tenía el mismo problema que ella. Agarró su cabeza y la apoyó contra su pecho. Los latidos de su corazón iban al mismo ritmo que los de ella. Eve cerró los ojos para disfrutar de la sensación de sus brazos rodeándola. De la seguridad de estar entre sus brazos. Del aroma de su jabón, y de la fuerza de sus músculos.

—Eve, debemos hacer respecto a nosotros. Las cosas no pueden seguir así.

Ella se echó hacia atrás para mirarlo.

—¿Qué quieres decir? —Apenas le salían las palabras de sus labios rígidos.

Adam la soltó y se pasó los dedos por el pelo mientras caminaba dando un pequeño círculo.

—Quiero decir que nunca debí haber comenzado algo contigo si después no lo puedo culminar.

¿Qué quería decir con eso? Ella era plenamente consciente de que no había futuro para ellos. El hecho de que nunca antes le hubiera hablado de su vida ya le decía bastante. No quería compartirla con ella porque nunca podría formar parte de su mundo.

Eve abrazó su cuerpo intentando mantenerse unida a él.

—Entiendo. —Le dijo dando un paso atrás—. Creo que deberíamos regresar a la fiesta antes de que nos extrañen.

Adam tiró de ella de nuevo, y dijo:

—No, no lo entiendes. No lo puedo terminar lo que deseo aquí y ahora. Pero créeme, Eve, no hemos terminado.

Ahora estaba más confundida que antes.

—Adam, tú eres un caballero, yo soy la hija de un párroco. Nunca me permitiría hacer nada inapropiado contigo. ¿Qué más puede haber?

—El matrimonio.

Ella retrocedió y se quedó sin aliento.

—No. —Eve negó con la cabeza con furia, tratando desesperadamente de sacar esa palabra de su mente—. No es posible que quieras decir algo así. No estás pensando con claridad. Voy a volver a la fiesta.

Se giró y, a pesar de que Adam la llamó, subió las escaleras a toda velocidad y abrió la puerta.

Una vez dentro, se apoyó contra la pared intentando recuperar el aliento.

¡Maldito lugar, no puedo respirar bien!

Si hubiera podido respirar profundamente, se habría sentido bien, pero frente a sus ojos bailaban varios puntos negros, y estaba a punto de caer al suelo. Las voces a su alrededor parecían alejarse cuando Adam abrió la puerta y avanzó hacia ella. No se iba a desmayar, de lo contrario se produciría un gran escándalo. Después de mirarla, la tomó del brazo y la condujo hacia afuera de nuevo.

—Estás pálida como la nieve, Eve. Creo que estás a punto de desmayarte.

—No me desmayaré.

¿Era esa su voz? Parecía proceder de una gran distancia. Se confundía con un fuerte silbido que sentía en los oídos. Incapaz de seguir luchando, sus rodillas se doblaron y Adam la tuvo que coger en sus brazos mientras ella sucumbía a la oscuridad.

ADAM SE APRESURÓ A BAJAR las escaleras con Eve acurrucada en sus brazos. El maldito corsé le impidió respirar profundamente cuando regresó a toda prisa a la fiesta comunal. El único lugar remotamente privado que tenían era el carro de su padre en el que habían llegado.

Subió al vehículo y la colocó en su regazo. Su respiración parecía mejorar, por lo que descartó su idea anterior de aflojar las cuerdas del corsé. Seguramente eso la habría mortificado. En cambio, le dio unos golpecitos suaves en la mejilla.

—Eve.

Ella casi consiguió respirar profundamente y abrió los ojos. La sonrisa de su rostro casi lo mata. Lo que Adam estaba viendo lo emocionaba y asustaba al mismo tiempo. Después pareció recordar dónde estaba, quién era él y cómo la estaba abrazando.

—Déjame levantarme.

La dejó ir de mala gana, y ella se alisó el vestido y levantó la barbilla.

—¿Qué pasó?

—Cariño, sé que dijiste que nunca te desmayabas, pero simplemente lo hiciste.

—Ya veo. —Dijo mirándose el regazo donde pareció encontrar fascinante un trozo de pelusa invisible que había en su vestido.

—Eve.

Ella no levantó la vista.

—¿Qué ocurre?

—Mírame.

Los ojos llenos de dolor de Eve le retorcieron el corazón. Decidió en ese mismo momento que, fuera como fuera, conseguiría que Eve fuera suya. Tenía muchas dificultades que superar, la mayor, por supuesto, era lady Ann. Siguiéndola de cerca estaba su madre y su obsesión por las debutantes de la buena *sociedad* que habían sido educadas para ser la esposa de un noble. Pero él era duque y podía tener a la mujer que deseara. Por supuesto, teniendo en cuenta que tenía un compromiso pendiente, habría sido mucho más fácil si hubiera conocido a Eve unas cuantas semanas antes, pero aun así seguiría adelante.

—Creo que me gustaría volver a casa.

Las palabras casi susurradas de Eve lo sacaron de sus cavilaciones.

—Teniendo en cuenta que ambos acabamos de salir de la fiesta, sugiero que hagamos una aparición lo más rápida posible para demostrar que todo está bien. Después de otro baile, deberíamos poder marcharnos sin levantar especulaciones indebidas que puedan dañar tu reputación.

No tenía idea de cuánta gente de la que se encontraba la fiesta comunal habían visto a Eve a punto de desmayarse, y a él sacándola apresuradamente por la puerta. Su reputación probablemente podría estar un poco afectada por eso, pero controlarían un poco el posible daño regresando a la fiesta, mostrándose como personas respetables.

—Estoy de acuerdo.

Adam salió del carro y extendió una mano para ayudar a Eve. Le dolió el hombro cuando hizo que se apoyara en él para bajar las escaleras, y no le gustó nada no poder levantarla.

—Oh, querida, ¿estás bien? —Lady Du Clair corrió hacia Eve en cuanto cruzaron la puerta.

—Sí, señora, estoy bien. El calor de la habitación me sobrepasó. Pero ahora estoy mucho mejor.

Lady Du Clair la miró especulativamente.

—Parece que su señoría tuvo que ayudarte. —Dijo resoplando mientras miraba a Adam.

—La señorita Allen se sentía débil y no quería que tropezara al salir.

—Eso es.

Adam activó todo el encanto que le llevaba funcionando desde que usaba pantalones cortos, y dedicó una amplia sonrisa a la mujer.

—¿Le importaría bailar conmigo, señorita? A la señorita Allen le dará tiempo para recuperarse por completo.

Ella se rio entre dientes y se sonrojó. *Nunca son demasiado viejos*. Él tomó su mano y la condujo hacia la fila que se estaba formando para bailar una danza popular. Eve pasó el tiempo charlando con las otras chicas y, cuando terminó el baile, cualquier escándalo que hubiera pendiente ya se había disipado.

El viaje de regreso a la casa del reverendo Allen fue tranquilo. Parecía que la mayoría de los invitados de la fiesta vivían en el propio pueblo, por lo que él y Eve iban solos por el camino de regreso. La luna brillaba y Adam sentía la cercanía de Eve como algo vital en su vida.

Su cabello resplandecía bajo la luz de la luna y su piel brillaba como el alabastro. Ella lo miraba de vez en cuando, pero se sobresaltó cuando le puso una mano sobre su rodilla. Su cálida piel bajo su mano, el aroma a lavanda y a vainilla, y el perfil de Adam dibujado contra la oscuridad de los árboles parecían transformar la escena en un etéreo cuento de hadas.

Un cuento de hadas que Adam no quería que terminara. Pronto tendría que confesarle que no era un simple caballero, sino un duque. También tendría que regresar a Londres y enviar un mensaje a lord Fenster para decirle que necesitaba reunirse con él. Cuanto antes le informara de su cambio de opinión (hizo gesto de dolor al pensarlo), mejor. Tal vez otro día o dos más. Después tendrá que irse.

El hecho de que ella se hubiera convertido en una persona importante para él le aclaraba sus dudas sobre su futuro. Lo que le preocupaba ahora no era solo cómo superar la situación con lady Ann, sino también la distancia que había entre Eve y él. Ciertamente no la distancia física, sino la de sus posiciones en la vida.

Doblaron la curva del camino y vieron la pequeña cabaña que se alzaba a la luz de la luna, y frente a la puerta, un carruaje con un escudo muy familiar. A medida que se acercaban, la voz de su propia madre rompió la paz que los había rodeado a él y a Eve.

—Hay que ver, Manchester, sinceramente, ¿qué estás haciendo en este lugar tan espantoso?

Adam se lamentó y consideró lo inaceptable que era desear la muerte su propia madre.

—Eve. —Dijo con voz suave.

Ella lo miró fijamente, con los ojos muy abiertos.

—¿Quién es?

Dudó por un momento, sabiendo que todo lo que habían tenido juntos durante las últimas dos semanas se desvanecería como un truco de mago en cuanto pronunciara sus siguientes palabras.

—Es mi madre, la duquesa de Manchester. —Respondió extendiéndole una mano.

Eve la apartó y se cubrió el pecho con sus manos.

—¿La duquesa de Manchester? Entonces tú eres . . .

Adam suspiró.
—El duque de Manchester, a tu servicio.

Capítulo seis

Eve se quedó sentada en el viejo y desvencijado banco de madera del carro como una estúpida, incapaz de hacer nada más que mirarlo fijamente.

—¿Eres un duque?

Dios santo, era miembro de la nobleza de más alto rango del reino. Si antes pensaba que no había ningún futuro para ellos, ahora era evidente que su familia podría tener problemas simplemente por haberlo albergado. Eve palideció. Incluso podrían ser acusados de secuestro.

¿Y si los cuidados de su madre no hubieran funcionado y hubiera muerto? ¡Podrían haber terminado en prisión con grilletes en las piernas! Se echó hacia atrás en el asiento para alejarse de él casi como fuera un leproso. Adam volvió extenderle una mano y la agarró.

—Eve, te vas a caer del borde del asiento a la carreta.

—Manchester, baja de allí. ¿Qué es esa cosa en la que estás viajando? —La duquesa se dirigió del carruaje al carro—. ¿No hay alguna posada decente por aquí cerca? Estoy cansada del viaje.

—Madre, ¿qué estás haciendo aquí?

—¿Pensaste que una vez que supiera que estabas herido en este lugar desconocido, simplemente lo iba a pasar por alto? Y me gustaría saber por qué tuve que enterarme de esto por tu administrador.

Antes de que Adam pudiera decir otra palabra, Eve saltó del asiento del carro y corrió hacia la puerta principal de la casa. Su madre y su padre estaban en la puerta con su ropa de dormir, con un aspecto tan confundido como ella. Pasó junto a ellos y subió apresuradamente las escaleras hasta su dormitorio.

—¡Eve!

El grito de Adam llegó a sus oídos, pero ella se los tapó con las manos y sacudió la cabeza.

Tenía que escapar. Su cuento de hadas se había convertido en una pesadilla. ¡Un duque! ¿Por qué les había mentido? Debía de pensar que todos eran tontos. ¿Se estaba riendo de ellos justo ahora con su madre por sus comportamientos tan pueblerinos? Eve estaba mortificada. Se frotó los brazos con las manos con la sensación de que nunca más volvería a sentir calor.

Un golpe en la puerta de su dormitorio hizo que buscara una salida.

—Eve, abre la puerta. Por favor.

Ella negó con la cabeza, como si él la pudiera ver a través de la madera.

—No, Su Excelencia. Déjeme en paz.

—Eve, no me iré hasta que hables conmigo. Me sentaré aquí delante de tu puerta toda la noche.

¿Sentarse delante de su puerta? Era un duque. Oh, Señor, ¿qué iba a hacer ella? Cruzó los

brazos sobre la cintura y deambuló por la habitación sin ver nada, pero escuchando sus súplicas desde el otro lado. Había pensado que quizás fuese un barón, o tal vez, solo tal vez, el segundo o tercer hijo de un noble. Aparecieron unas lágrimas en sus ojos que se deslizaron por sus mejillas.

—Váyase. Por favor. —Dijo en voz baja, pero aparentemente él la escuchaba.

—No. Abre la puerta. Solo un minuto.

¿Dónde estaban su madre y su padre? ¿Y la duquesa? Eve se rio, casi histéricamente, al pensar en sus padres recibiendo en pijama a la duquesa de Manchester. *¿Desea una taza de té, excelencia? Por favor, disculpe nuestros vasos y platos astillados. Dios, ¿adónde se habrá ido nuestra cocinera con esos bollos tan elegantes que nos prepara tan bien?*

Se lanzó sobre la cama sollozando.

Un golpe más suave llamó su atención.

—Eve, por favor déjame entrar.

La reconfortante voz de su madre hizo que se secara las mejillas y arrastrara su cuerpo hacia la puerta. Le abrió la puerta, y vio a Adam detrás de ella.

—Eve, Su Excelencia desea hablar contigo. Por favor, no le dejes con la impresión de que somos unos maleducados.

Entonces sintió cómo el rubor de la vergüenza cubría su rostro. Su madre tenía razón, estaba siendo grosera. Con un duque. Eve asintió y salió de la habitación.

—¿Me da su permiso para acompañar a la señorita Allen al salón y hablar con ella allí? —Preguntó Adam inclinándose respetuosamente ante su madre, como si fuera una gran dama y no una humilde aldeana ataviada con un camisón y una gorra.

—Sí. Os acompañaré, pero os daré privacidad para hablar.

Se giró y bajó las escaleras, seguida de Eve y más atrás de Adam. Eve no vio a la duquesa por ningún lado y se preguntaba qué habría sido de ella. Ah, sí, lo más probable es que estuviera en la cocina revolviendo la olla de guiso. Después se reprendió a sí misma por ser tan desagradable. Y crítica.

Su madre tomó asiento junto a la puerta. Eve cruzó la pequeña habitación y se volvió hacia Adam con los brazos entrelazados sobre el pecho.

—¿Sí?

—No hagas eso, Eve.

Ella arqueó las cejas.

—¿Hacer qué, Su Excelencia?—

Él se pasó los dedos por el cabello. Y ella sintió la abrumadora necesidad de pasarle ella misma los dedos por sus sedosos mechones. También podría ser que nunca más tuviera otra oportunidad.

—Lo que estoy haciendo, *Su Excelencia*, es concederle una audiencia para que pueda despedirse, agradecerme los cuidados y desearme una vida maravillosa. —Dejó caer las manos a los costados—. Así que lo diré por usted. Adiós, Su Excelencia, un placer haberlo podido cuidar. Espero que usted también tenga una vida maravillosa.

Enseguida intentó rodearlo, pero él la detuvo.

—No. Quiero que te vengas conmigo a mi casa de Londres.

Eve se quedó boquiabierta y lo miró con los ojos muy abiertos.

—Oh, esto está yendo demasiado lejos.

Duque o no, estaba considerando seriamente darle una bofetada a su noble rostro. ¿Cómo se atrevía a presentarle una oferta tan inapropiada mientras madre estaba a menos de seis metros de ellos? ¿No tenía ningún sentido del honor este hombre? Eve resopló. Como todos los nobles.

—Lo digo en serio.

—¿Por qué? —Respondió Eve. —¿Necesitas otra sirvienta? ¿Una cocinera, tal vez? O quizás necesites a alguien que pula la plata. Pero, oh Dios mío, he olvidado cómo se pule la plata. Han pasado años desde la última vez que lo hice. —Entones le dio un golpe en el pecho—. No te atrevas a decirme que me quieres para ocupar un cargo indecente.

En algún momento de su discurso su ira se había convertido en angustia y las lágrimas rodaban sin control por sus mejillas.

Él retrocedió como si ella, efectivamente, lo hubiera abofeteado.

—Nunca te haría una oferta tan degradante. Por el amor de Dios, tu madre está a menos de seis metros de nosotros.

Pero, a pesar de la presencia de la madre, la abrazó y le tomó la barbilla para obligarla a que lo mirara. Nunca en su vida se había sentido tan avergonzada. Tenía las mejillas húmedas y probablemente llenas de manchas, y, Dios, le moqueaba la nariz. Cuando tendría que haber presentado la imagen perfecta de la pulcra feminidad inglesa.

Adam miró por encima del hombro a su madre, quien esperaba que estuviera mirando discretamente hacia abajo. Al fondo escuchó a la duquesa dando órdenes a alguien en algún lugar. Significaba que todavía estaba en la casa. Quizás le gustara dormir en el sofá del salón. Con suerte, su armario de ropa blanca contaba con suficientes sábanas.

—Eve, escúchame. Como te dije antes, esto no ha terminado entre nosotros. No tengo idea de cómo lo solucionaré, pero lo haré. Te lo prometo. Ahora debo ir a la posada del pueblo e intentar controlar a mi madre, quien, como puedes ver, a veces puede resultar bastante difícil. Por favor, dime que considerarás venirte conmigo mañana.

—No. —Dijo sacudiendo la cabeza vigorosamente. No tuvo que pensárselo mucho—. Ha sido muy agradable conocerlo y he disfrutado de su compañía y de jugar al ajedrez. Pero se acabó, Su Excelencia. Usted vuelve a su vida y yo seguiré con la mía.

La voz de la duquesa se sintió más fuerte, y en cuestión de segundos estaba en la habitación con ellos.

—Manchester, estoy esperando. Me gustaría poder acostarme en algún momento de esta noche. Por favor, despídete para que podamos partir. —Miró fijamente a Eve—. Debemos encontrar una posada decente y me gustaría que hablemos sobre su próxima boda con lady Ann.

Eve respiró hondo y sus ojos abiertos como platos se dirigieron hacia Adam. ¿Estaba prometido? Antes de pensarlo dos veces, echó hacia atrás el brazo y lo abofeteó. Y enseguida, horrorizada por lo que había hecho, salió corriendo de la habitación y subió las escaleras hasta su dormitorio. Cerró la puerta de golpe y, apoyándose en ella, se deslizó dejándose caer hasta el suelo.

Eres una tonta en muchos sentidos, señorita Eve Allen.

QUÉ DESASTRE HABÍA DEJADO. Subió al carruaje detrás de su madre tras dar al conductor indicaciones para llegar a la posada del pueblo.

—Nunca te entenderé. ¿Por qué, Dios santo, te has quedado en un pueblo apartado para recuperarte de una herida tan grave como la de un disparo, sin la atención adecuada, sin médico y con la posibilidad de contagiarte Dios sabe de qué en esa casa? —La duquesa se sacudió el vestido como si se hubiera llenado de bichos en la pulcrísima casa de los Allen.

—Suficiente, madre. El Reverendo Allen y su familia fueron extremadamente amables

conmigo. Si la señorita Allen no hubiera pasado por el camino esa noche, bien podría haber muerto allí mismo.

—Por supuesto que sí. Lo más probable es que tenga grandes aspiraciones y pensaría que al encontrarse contigo mejoraría su posición en el mundo. —Al ver la expresión que le puso Adam cambió de actitud—. No me malinterpretes, en realidad les estoy agradecida. De hecho, creo que deberíamos enviarles dinero, o tal vez ofrecer a la señorita Allen un puesto en nuestra casa, si lo desea, parece una chica muy trabajadora.

—La señorita Allen no busca un puesto de trabajo ni una recompensa por haberme ayudado. Ella y sus padres cuidaron de mí porque era lo correcto. No buscaban nada a cambio, y creo sinceramente que si les ofrecieran dinero se sentirían muy insultados.

La duquesa hizo un gesto de desdén con la mano.

—Lo dudo. Has visto la casa, es pequeña y sus muebles son viejos, y la verdad es que el vestido que llevaba la señorita Allen hace años que pasó de moda. Les vendría bien el dinero y creo que deberíamos ofrecérselo.

—Madre, si les ofreces un solo chelín, te reduciré tu paga a la mitad.

Ella sufrió en silencio por su respuesta durante unos cinco minutos y luego, a su pesar, empezó de nuevo.

—¿Por qué no me avisaste inmediatamente de que estabas herido? ¿Por qué tuve que hacer que el administrador viniera a casa para decirme que a mi hijo le habían disparado, y que probablemente se estaba muriendo, y que no pensara avisarme?

—Cuando envié el mensaje al señor Mathers, ya estaba recuperando la salud, y no me estaba muriendo.

El carruaje se detuvo frente a la posada que había visto la semana anterior cuando él y Eve llevaron comida y ropa al “Common” para distribuirla entre los necesitados.

Eve.

Lo único bueno de la perorata de su madre era que le impedía pensar en Eve y en el desastre que había dejado atrás. Debería haberle dicho mucho antes que era duque, y que estaba a punto de comprometerse con otra mujer. Cerca, pero aún no lo había hecho. La razón por la que no le había dicho nada al principio era porque no quería que se sintiera incómoda con su condición de duque. Y precisamente fue lo que terminó haciendo. ¿Qué diablos le había sucedido para pretender a Eve antes de librarse de lady Ann?

Muy sencillo. Se había enamorado de ella.

Ese pensamiento lo sacudió como nada había hecho en toda su vida. Había pasado los últimos diez años evitando una mujer codiciosa tras otra, pensando que no había nadie a quien pudiera amar, o que lo amara a él, demostrando que tal cosa no existía en su mundo.

Hasta ahora.

No le importaba que fuera hija de un párroco, que se hubiera criado lejos de la *alta sociedad,* y que no tuviera la educación necesaria como para asumir el papel de duquesa perfecta. Dudaba que pudiera pintar una acuarela decente, o tocar el piano con habilidad. Sin embargo, Eve tenía sentido del humor, un corazón bondadoso, una mente inteligente y, lo mejor de todo, nunca lo aburriría hasta dejarlo en coma a los pocos meses de casarse.

Les gustaban las mismas cosas, los mismos autores, amaban el ajedrez y se reían de los mismos chistes. Sintió que había en ella una gran pasión oculta cuando la besó. No iba a ser una esposa que simplemente sufriera las atenciones de su marido, sino que las abrazaría, igual que hacía con todo en la vida. Eve era fuerte, encantadora, compasiva y hermosa.

Y él la amaba.

—Madre, quiero que extiendas una invitación para Navidad a la familia Allen. De hecho, me gustaría que los invitaras a pasar un buen tiempo durante la Navidad.

La duquesa resopló.

—Evidentemente no lo haré. Estás prometido con lady Ann y pasaremos las vacaciones entreteniéndola, junto con sus padres, lord y lady Fenster. Recuerda cuál es tu lugar. Lo que pasó entre tú y la joven Allen quedó atrás.

Antes de que pudiera recordarle que realmente todavía no estaba comprometido, el lacayo abrió la puerta del carruaje. Su madre se volvió hacia él.

—Discutiremos esto después.

Bajó del carruaje y lo esperó. Se agarró a su brazo y entraron en la posada.

—Lord Manchester, es un placer verlo.

El posadero le dedicó una generosa sonrisa. Adam lo reconoció de la fiesta comunal.

—Joven, mi hijo es el duque de Manchester. Se tiene que dirigir a él como Su Excelencia.

Un poco desconcertado, el pobre muchacho se sonrojó e hizo una gran reverencia.

—Le pido perdón, Su Excelencia.

Adam miró a su madre.

—Eso no era necesario. —Se volvió hacia el joven—. Necesitamos dos habitaciones para pasar la noche. ¿Puedes acomodarnos?

—Sí, sí. —El hombre que había conversado tan amistosamente con él antes de pronto se había convertido en un empleado servil que le hacía reverencias, haciendo que Adam se sintiera inmensamente incómodo—. Por aquí, Excelencias. Me temo que nuestro alojamiento no se parece en nada a lo que está acostumbrado y le pido disculpas.

—No hace falta que te disculpes. Lo que sea que tengas estará bien.

Miró a su madre que resopló de manera muy característica.

Entró a la habitación a la que lo llevó el muchacho, que era pequeña, pero más grande que la que había estado durmiendo en la casa del reverendo Allen. Se quitó la ropa y se acostó en la cama mirando el dosel, preguntándose cómo podría arreglar el lío en el que se había metido.

CUANDO EVE se fue la cama su madre le alisó el cabello mientras ella seguía llorando.

—Eve, desde el principio sabías que nada podría resultar bien con un noble.

Anudó el pañuelo que tenía en la mano.

—Sí, lo sé. —Eve miraba a la mujer que había sido una de las fuerzas de su vida—. Pero, mamá, duele mucho. Nos mintió. ¡No solo es duque, sino que está comprometido con otra mujer!

—No podría haber terminado de otra manera. ¡Y un duque! —La madre negó con la cabeza, todavía aparentemente incómoda por haber alojado a un duque durante un par de semanas—. Te voy a poner un paño fresco en la cabeza. Eso te ayudará a tranquilizarte y mañana las cosas ya se verán un poco mejor.

Pobre mamá. Siempre optimista e incapaz de soportar el sufrimiento de alguno de sus hijos. Se levantó de la cama y salió de la habitación. Eve se puso de lado y pensó en Adam. En cómo la besaba y le sujetaba la cara mientras la miraba a los ojos. ¿Qué había visto en ella? Pero no quería pensar en eso.

Y sus promesas de arreglar las cosas. Quería que regresara a su casa con él. Debía haber perdido la cabeza. Ella no pertenecía al ambiente de un duque elegante, así como él tampoco pertenecía a su pequeño hogar. Ella era la hija de un párroco de un pueblo pequeño, y él era un

duque. No hacía falta decir nada más.

Quizás tenía razón, y él simplemente quería instalarla en una casa en algún lugar para que fuera su amante.

Mientras se casaba con *lady Ann;* quienquiera que fuera ella.

Su madre regresó con un paño que le puso en la frente después de ayudarla a quitarse la ropa. Le dio un beso en la mejilla y salió de la habitación. Sin embargo, a pesar de su angustia, Eve cayó en un sueño profundo.

A LA MAÑANA SIGUIENTE, se despertó con la nariz tapada y un terrible dolor de cabeza. Su confusión inicial sobre por qué se sentía tan mal se resolvió rápidamente cuando la invadieron los recuerdos de la noche anterior.

Adam, *el duque de Manchester*.

Su compañero de ajedrez, su pareja de baile y su primer beso de verdad. Gimió y se puso de costado, sabiendo que tenía bastante trabajo por hacer y que no podía quedarse en la cama sintiendo lástima de sí misma. Él iba a regresar ese mismo día a su propia vida para planear su boda, y la de ella debía continuar. Para bien o para mal.

Apartó las mantas, se levantó, fue hasta la cómoda y se echó agua en la cara. Sí, se veía tan mal como se sentía. Con un profundo suspiro digno de cualquier debutante emocionada, sacó su vestido de trabajo y se lo puso por encima de la cabeza. Se abrochó la parte delantera, se cepilló el pelo hacia atrás para atarlo con una cinta y se calzó las botas de media caña.

Lista para afrontar el día.

Su madre ya estaba en la cocina mezclando la masa para hacer pan cuando ella entró.

—Buenos días.

—Buenos días, querida. —Su padre se sentó a la mesa y se llevó una cucharada de gachas de avena a la boca—. Parece que hoy tenemos un bonito día soleado.

Eve los amaba profundamente a los dos. Eran unos padres maravillosos y a ella y a sus hermanos los habían colmado de mucho amor. Su matrimonio siempre había sido el ejemplo que esperaba seguir ella misma. Tanto sus hermanos como Angeline habían encontrado el amor. ¿Por qué ella no?

Porque no intentaron encontrar el amor con una persona inadecuada, fuera de su clase social y comprometida con otra persona. En ese momento, decidió que iba a aceptar al siguiente hombre del pueblo que la invitara a un picnic o a la fiesta comunal. Apartaría a Adam de su mente y se concentraría en encontrar un hombre agradable y tranquilo con quien casarse. Tendrían una vida feliz. Vendrían niños. Y el amor ya llegaría.

A pesar de no tener hambre, se sirvió un plato de avena y se sentó junto a padre. Con todo el trabajo que tenía que hacer, no le venía bien tener el estómago vacío.

Su padre dejó la cuchara y miró a su madre que tenía una carta de Angeline que había llegado esa mañana. Te pide que viajes a Londres para ayudarla con la Navidad. Parece que está embarazada de nuevo y se siente bastante mal.

Londres. Lejos de Manchester Park y de Adam. Podría pasar un tiempo con sus sobrinos y olvidar todo lo sucedido las últimas dos semanas. Además, los niños la ayudarían a distraerse el día de Navidad, cuando siempre pasaba un momento difícil porque se acordaba de Becky.

Decidida, tragó un bocado de avena y les dijo:

—Sí, si podéis prescindir de mí, me encantaría ayudar a Angeline.

Capítulo siete

Adam levantó la vista cuando su madre entró en su estudio. Había estado dos días en Londres, y después de encargarse de las cosas que tenía pendientes por haber estado con Eve, ya estaba listo para viajar a la casa de lord Fenster, e informarle de su decisión de retirar su petición de matrimonio. Estaba muy cansado porque aún no estaba completamente recuperado de su herida, y por todo el viaje posterior, pero tenía que arreglar las cosas lo más rápido posible.

A decir verdad, todo el asunto le producía una gran incomodidad, pero no estaba dispuesto a perder a Eve. Ahora que había encontrado a la mujer que amaba, y que creía que ella también lo amaba a él (antes de estropearlo todo por no decirle la verdad), le era imposible pensar en casarse con alguien que no fuera Eve.

—Milton me ha dicho que te vas hoy.

Adam se echó hacia atrás preparado para escuchar otro sermón de su madre.

—Sí. Viajaré a la finca de Lord Fenster.

—Estás cometiendo un grave error. —Su madre se sentó en el borde de la silla frente a su escritorio con la espalda recta y la barbilla levantada. Su actitud era la de que estaba preparada para un combate—. Serás el hazmerreír de todo el mundo si te casas con una pueblerina. La señorita Allen nunca encajará, y tú te arrepentirás a las pocas semanas de casarte.

—Madre, podemos quedarnos sentados aquí todo el día y debatir sobre los puntos buenos y malos de la señorita Allen, pero yo ya he tomado una decisión. Voy a ir a ver a Fenster y le explicaré la situación. Después haré todo lo que esté en mi poder para que la señorita Allen vea que podría ser una esposa maravillosa para mí.

Ella movió un dedo, como hacía cuando él todavía llevaba pantalones cortos.

—El hecho de que tengas que convencerla me hace pensar bien de ella. Sabe, aunque tú no te enteres, que no pertenece a tu mundo.

—¡Ya basta! —Dijo Adam golpeando el escritorio con la palma de la mano. La madre ni se inmutó, simplemente levantó una ceja para hacer que se sintiera como un niño testarudo—. Te pido disculpas por este arrebato, pero tengo que insistir una vez más en que a mi esposa la elijo yo. Y si hay algún problema, lo resolveré yo mismo. —Echó hacia atrás su silla y se puso de pie —. Ahora, si me disculpas, debo prepararme para viajar a la mansión de los Fenster.

Antes de que ella pudiera decir nada más, Adam salió de la habitación y subió corriendo las escaleras para hacer que Milton terminara de empacar la maleta que iba a necesitar para su viaje. Para ir más rápido prefería ir a caballo y no en el carruaje. Todavía lamentaba la pérdida de Dionisio, y seguía aferrado a la esperanza de que algún día el animal que tanto amaba encontrara el camino a casa.

Al cabo de una hora ya estaba en camino y con varias horas de luz por delante. A pesar de lo

incómodo que era lo que tenía que hacer, también tenía muchas ganas de dejar atrás el desorden para poder concentrarse en el siguiente paso. Asegurarse de que Eve fuera suya. Sonrió al recordar la última partida de ajedrez que jugaron.

La naturaleza competitiva de Eve siempre le había encantado, y el hecho de que podía jugar a su mejor nivel sin preocuparse por derrotarla, hacía que las partidas fueran mucho más entretenidas.

—Sabe que estos juegos que terminan siempre en empate finalmente acabarán. Estoy empezando a entender mejor cómo juegas y ya he ideado un método para derrotarte. —Le dijo Eve sonriendo mientras se comía uno de sus peones.

Adam entonces se acercó al tablero y rápidamente se comió a su alfil, devolviéndole la sonrisa.

—Sí, tienes razón, señorita Allen, pero yo también estoy aprendiendo cómo juegas tú, y he ideado algunos contraataques que me asegurarán el éxito.

Ella respondió con un gesto de dolor por la pérdida de la pieza.

—NO ES algo honorable lo que está haciendo, Su Excelencia. Teníamos un acuerdo. — Lord Fenster agitó el documento en el que habían trabajado solo unas semanas antes.

—Le pido disculpas, señor. Realmente lo siento, pero creo que debo hacer lo que pienso que es lo mejor para su hija y para mí.

Fenster arqueó las cejas.

—¿Ah, sí? Mi hija estaba a punto de comprometerse con un duque y ¿cree que lo mejor para ella es que no lo haga? —Fenster entrecerró los ojos—. ¿Hay otra mujer?

Adam vaciló antes de responder.

—Sí, señor.

—¿Quién es ella?

—Una desconocida para usted. Vive en un pequeño pueblo de Worcestershire.

Fenster se irguió y lo fulminó con la mirada.

—¿Estás declarándome que has abandonando a mi hija, una joven refinada y bien educada de la *alta sociedad*, por una campesina que conociste en un pueblo? —Hizo un gesto de desdén con la mano—. Si se ha quedado embarazada, Su Excelencia, instálela en algún lugar y visítela cuando lo desee. Una buena esposa da por hecho que su marido va a tener amantes.

Si Fenster no hubiera sido un hombre mayor, y si Adam no reconociera que él mismo había provocado el equívoco, habría terminado en el suelo tapándose la nariz ensangrentada. En cambio, se limitó a respirar hondo.

—Ignoraré lo que ha dicho porque está molesto. Sin embargo, cuando la joven acepte mi mano, espero que sea tratada con la máxima dignidad y respeto. Y no, no es una campesina.

Dicho esto, se inclinó brevemente ante el hombre y salió de la casa.

Ahora tenía que dar su siguiente paso, que probablemente iba a ser incluso más difícil que la reunión con Fenster. Saltó sobre su caballo, Apolo, y se alejó ya liberado de la apretada soga que llevaba atada el cuello y lo mantenía cautivo desde que se había dado cuenta de que lady Ann no era para él. Y que sí lo era la mujer más inapropiada.

TENEMOS que empezar a recoger ramas abetos para la iglesia en Navidad. Si tienes tiempo hoy, me gustaría que vinieras conmigo —le dijo su padre.

Eve se volvió hacia su madre.

—¿Mamá? ¿Qué tenemos que hacer hoy?

Su madre se giró hacia ella.

—Voy a necesitar que me eches una mano con la repostería, pero la señora Vance vendrá a ayudarme con la ropa.

La señora Vance era su empleada doméstica ocasional, y formaba parte de su hogar desde que Eve tenía uso de razón. Le encantaban las visitas de la señora Vance porque traía las mejores tartas de manzana que jamás había probado.

—Debería darme tiempo, papá.

Continuó desayunando, con la esperanza de que haciendo todas las cosas normales que constituían su vida serviría para recordarle cuál era su lugar en el mundo.

Dos horas más tarde estaba arrodillada en el jardín con lágrimas en el rostro mientras arrancaba las últimas malas hierbas para luego poder echar estiércol para el invierno. Después de dejar con cuidado cabezas de semillas en las plantas para que la fauna silvestre, especialmente los pájaros, se las comieran durante el invierno, se frotó las manos contra su viejo abrigo y se puso de pie. El sonido de las ruedas de un carruaje llamó su atención.

Oh, no. Por favor, no dejéis que me vea ahora.

Dejó caer sus herramientas de labranza y corrió hacia la puerta trasera, recorrió el pasillo y subió las escaleras hasta su dormitorio. Se quitó los pesados guantes, el abrigo, el delantal y el sombrero, y corrió hacia el espejo. Rápidamente se mojó la cara, se pasó un cepillo por el cabello y se lo recogió hacia atrás, atándolo con una cinta.

Al mirar su atuendo, se dio cuenta de que no se podía hacer nada al respecto, ya que además del vestido elegante que había usado en la fiesta comunal, el otro que tenía estaba en la lavandería. Apenas se había tomado un respiro para calmarse cuando alguien llamó a la puerta de su dormitorio.

—¿Sí?

Dios, ¿era esa su voz?

—A Su Excelencia le gustaría hablar contigo —le dijo su madre.

¿Por qué no había regresado a Londres? ¿Por qué había venido a su casa? ¿Quería torturarla?

Eve enderezó los hombros preparándose para acabar con él con su afilada lengua.

—Bajaré enseguida, mamá.

—No hagas esperar a Su Excelencia.

Eve suspiró. Hasta hacía unos días Adam simplemente era lord Manchester, un señor con los pies en la tierra que parecía encajar bien con su familia y los aldeanos. Pero ahora era "Su Excelencia" y no debería hacerlo esperar.

Sintiendo como si se dirigiera a una batalla, abrió la puerta y respiró hondo. Empezó a bajar las escaleras y miró a los ojos al hombre del que se había enamorado irremediablemente.

Que Dios me ayude.

LOS MÚSCULOS del estómago de Adam se apretaron cuando vio a Eve bajar las escaleras. Aunque percibió que había estado llorando, ya que sus ojos todavía estaban un poco hinchados, le pareció que estaba muy hermosa. Lo que más habría querido hacer con ella hubiera sido cogerla entre

sus brazos y meterla en el carruaje. Tal vez en dirección a Gretna Green.

Pero simplemente le extendió una mano sonriendo.

—¿Te gustaría dar un paseo?

Eve miró su mano como si fuera una serpiente a punto de abalanzarse sobre ella.

—¿Por favor?

—Eve.

La voz de su madre desde atrás parecía impulsarla a aceptar su invitación. Por lo que asintió con la cabeza, pero ignoró su mano y salió por la puerta principal, seguida de él. Caminaron un rato, alejándose del carruaje, en dirección a una zona boscosa. Ninguno de los dos decía nada. Adam intentaba encontrar las palabras correctas para iniciar una conversación difícil.

—Antes de decir nada, quiero disculparme por haberte engañado.

Eve resopló y continuó estudiando el suelo mientras caminaban, con los brazos rodeando protectoramente su cintura.

Sin dejarse intimidar por su comportamiento, Adam continuó.

—Cuando me encontraste herido en el camino, mi rango y mi título no eran importantes. Yo era simplemente un hombre que necesitaba ayuda urgentemente. —No hubo respuesta, pero Eve asintió con la cabeza—. Una vez que comencé a recuperarme, no quise avasallarte ni a ti ni a tus padres, así que seguí siendo simplemente lord Manchester. —Volvió a extenderle la mano para tomar la suya—. Eve, mírame. ¿Por favor?

—¿Y como se estaba desangrando en medio del camino olvidó que estaba prometido? ¿También le golpearon la cabeza los bandoleros?

Adam se pasó los dedos por el pelo.

—Estuvieron a punto. —Se cruzó de brazos y golpeó con el pie—. Sí, estuvieron a punto.

Tratando de encontrar las palabras correctas, Adam observó a lo lejos antes de mirarla a ella.

—Tengo un deber y una responsabilidad con mi título. Casarme y generar herederos. Mi madre lleva años presentándome a posibles novias. Finalmente conocí a una mujer que pensé que al menos podía tolerar, así que visité a su padre y redacté los contratos matrimoniales.

El cuerpo de Eve se puso rígido, así que Adam se apresuró en seguir adelante.

—Sin embargo, ella no estaba en casa en ese momento y no se esperaba que regresara hasta después de Navidad. Realmente no le propuse matrimonio formalmente, ni siquiera la había visto en semanas. Por eso, cuando las negociaciones terminaron, los papeles todavía no estaban firmados.

Adam la observó para ver su respuesta. Pero ella no expresó nada.

—Después de años de rechazar a una debutante tras otra, pensaba que nunca aparecería la adecuada mujer para mí. Fui demasiado rápido.

Se detuvieron y Eve enderezó los hombros y lo miró. Lo que Adam vio en ella lo conmovió de una manera que no sabía que existía hasta ese momento. En un lugar bien escondido de su ser llevaba toda la vida esperándola.

—Te amo.

Ya, lo había soltado. Sintió que se quitaba un peso de encima. Ella podría reírse, llorar o abofetearlo, pero finalmente había reconocido ante sí mismo, así como ante ella, cuáles eran sus sentimientos.

—Por favor, no juegue conmigo, Su Excelencia. —Le respondió Eve con el rostro sonrojado y endurecido por su enfado.

—¿Tienes tan poca fe en mí que crees que sería capaz de decirte eso aunque no fuera en serio? Podría haber evitado contarte mi identidad completa, y el compromiso que tenía

pendiente, pero créeme, te amo y quiero casarme contigo.

Eve respiró hondo y abrió los ojos como platos.

—¡Un duque no se casa con la hija de un párroco!

—Un duque se casa con quien decida. Y tú eres mi elección. —La tomó entre sus brazos, la abrazó y observó su hermoso rostro, sonrojado por la agitación—. Quiero que te cases conmigo. Sé que esta no es una propuesta adecuada, pero mi objetivo es hacer las cosas correctamente y hablar con tu padre. De todos modos, no me iré de aquí hasta que comprendas bien cuáles son mis intenciones hacia ti.

Eve cerró los ojos y negó con la cabeza.

—Por favor, no diga esas cosas. Sé que una vez que haya regresado a su vida real entenderá por qué lo que está sugiriendo nunca podrá ocurrir. Se dará cuenta de que nunca podré desempeñar con éxito el papel de duquesa, y en cambio la joven con la que está comprometido encajará perfectamente en ese puesto.

—Ya no estoy comprometido. Fui a ver a lord Fenster para comunicarle mi decisión de no continuar con el compromiso.

—Estoy segura de que no funcionará.

Adam decidió ignorar ese comentario y dijo:

—Eve, escúchame. Mi madre te enviará una invitación oficial a nuestro baile de Nochebuena. Lo celebra todos los años en nuestra finca. La mayoría de los miembros de la *alta sociedad* se encuentran en el país en esta época del año, por lo que el baile es una manera maravillosa para que aquellos que están dispersos se reúnan para las vacaciones. Quiero que tú y tus padres vengáis a Manchester Park y paséis la Navidad con nosotros. Por favor, dime que aceptarás.

Eve retrocedió claramente sorprendida.

—No podemos aceptar una invitación a su baile de Nochebuena. No pertenecemos a ese mundo, igual que usted al de aquí.

—Ah, pero yo sí encajaba bastante bien aquí, ¿no?

Ella le puso un dedo en el pecho.

—Fingió actuar como si fuera como nosotros porque es bastante fácil descender de clase en la sociedad, pero es imposible ascender.

Eve miró hacia otro lado y, por un momento, Adam pensó que había perdido lo poco que había ganado hasta el momento.

—Eve, eres una mujer inteligente y amigable. Encajarás muy bien.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál de mis fabulosos vestidos me pondré para el baile? ¿Quizás el que llevé al pueblo para repartir la comida a los pobres? Y, Dios mío, tendré que asegurarme de que mi doncella conozca los últimos peinados para competir con todas las demás mujeres del salón de baile. —Eve entonces se apartó de él—. No, Su Excelencia, no puedo someterme a ese escrutinio y a hacer el ridículo.

Pero Adam la sujetó con fuerza.

—No tienes que competir con nadie. La señorita Eve Allen, siendo ella misma, es maravillosa, encantadora, hermosa e inteligente. Eso es lo que veo yo, y eso es lo que verán todos los demás también.

Aunque sabía que estaba mintiendo y que ella no sería aceptada tan fácilmente, tenía que convencerla de que aceptara la invitación de su madre.

Una vez que su madre reconociera a Eve como su futura nuera, se aseguraría de que Eve tuviera una buena presentación. Su orgullo no le permitiría menos. De hecho, era como una

batalla cuesta arriba en la que tenía que luchar por sí mismo, y en la que la recompensa era Eve.

Y valdría la pena pasar por todo lo que tendría que superar.

Capítulo ocho

Eve era lo bastante estúpida como para creer que Adam hablaba en serio, y que realmente quería que asistiera al baile de Nochebuena de su madre. En cuanto a amarla y a querer casarse con ella, bueno, eso ya era demasiado como para que se lo creyera.

¿Y si estaba siendo sincero?

Apartó de su mente ese pensamiento. Quizás en ese momento creía sinceramente que lo pensaba en serio, pero una vez que regresara a su vida, seguramente la relegaría a un rincón de sus recuerdos llamado, 'pequeña y agradable niña de pueblo que me salvó la vida'. Pero en lugar de discutir con él, simplemente le dijo:

—Consideraré la invitación.

Le tocó la mejilla con el deseo de que girara el rostro hacia su mano grande y cálida, y que le pidiera que nunca se marchara.

—No. No lo tienes que considerar. Debes venir.

—Tal vez.

—Si no vienes, te abochornaré viniendo hasta la puerta de tu casa para secuestrarte.

Sin más palabras, la agarró por los hombros y la acercó a él. Bajó la cabeza y tomó sus labios en un beso que repetía lo que decían sus palabras. Palabras que a ella le resultaban imposibles de creer.

Adam dio un paso atrás, le tocó la mejilla ligeramente, giró sobre sus talones y se alejó. Ella observó con mucha pena cómo se dirigía hacia el carruaje sin volverse ni una sola vez. Después de subir y cerrar la puerta, hizo una señal al conductor y el carruaje avanzó.

Ella no tenía ninguna habilidad ni experiencia destacable. Pero, de todos modos, debido a la insistencia de padre, hablaba tres idiomas, sabía leer y podía defenderse en una partida de ajedrez. De alguna manera, no creía que fueran el tipo de talentos que la *alta sociedad*, o la madre de Adam, la duquesa, consideraran dignos de ese título.

Eve nunca había conocido a una verdadera debutante, pero había oído historias de la señora Caldwell, la hija mayor del barón FitzWalter, que había pasado algún tiempo en Londres durante la temporada de fiestas de la aristocracia dos años atrás. Como no recibió ofertas matrimoniales, su padre hizo organizó que se casara con el señor Caldwell, un pequeño terrateniente del condado vecino.

La señora Caldwell contaba con mucha elocuencia de que las jóvenes de la *alta sociedad* sabían tocar instrumentos musicales, pintaban, cantaban y daban pasos de baile muy fluidos. Sabían cómo transmitir mensajes utilizando a sus abanicos, y coqueteaban descaradamente con los jóvenes caballeros cuando sus acompañantes estaban ocupadas.

Las muchachas del pueblo se sentían cautivadas con sus historias de hermosos vestidos y de

joyas, de paseos por el parque y de ramos de flores que llegaban a las casas de las jóvenes la mañana después del baile. Todo sonaba muy romántico para la mayoría de las jóvenes, pero a Eve le parecía pretencioso y absurdo.

Miró por última vez el carruaje antes que desapareciera, se dio la vuelta y entró en la casa para regresar a su vida real, en la que había que hornear el pan y lavar la ropa.

HABÍAN PASADO dos semanas desde la partida de Adam, cuando llegó a la granja la vitela de color crema, doblada por la mitad y con un sello de cera. Eve la recibió del mensajero y la estudió. Su mano temblaba mientras la sostenía, temerosa de abrirla y con miedo de no hacerlo.

No le había contado a su madre la petición de Adam de pasar la Navidad con ellos en Manchester Park. Como tenía algunas dudas de que eso sucediera alguna vez, no había tenido motivos para mencionarlo. Pero la invitación, si ese era el mensaje, estaba dirigida al reverendo Joshua Allen, a la señora Elizabeth Allen y a la señorita Evelyn Allen.

La señora Allen estaba en la cocina cortando verduras para la cena.

—Mamá, ¿dónde está papá?

—Creo que está en la reunión de la iglesia con unos feligreses. —La madre miró su mano—. ¿Qué tienes ahí?

—Un mensaje, con un sello que parece oficial.

—Qué extraño. —Se secó las manos en el delantal y se dirigió hacia Eve. Miró por encima el sobre y dijo—: ¿No es ese el sello del duque de Manchester?

—Sí, eso creo.

Pero no dijo nada, simplemente miró a Eve con las cejas arqueadas.

—Me pregunto qué querrá el duque.

Eve se encogió de hombros y se ruborizó, ya que no era buena mintiendo.

—¿Eve?

—El duque mencionó que nos quería invitar a todos a asistir a un baile de Nochebuena en su casa de Manchester Park. Pero no dije nada fue porque pensé que una vez que se fuera de aquí, no se acordaría de eso, y ni siquiera nos recordaría a nosotros.

Su madre le acercó una mano y le acarició la mejilla.

—Ay, mi pobre hija. Tienes sentimientos muy fuertes hacia él. Pero, cariño, él no es de nuestra clase social. Lo prudente sería que lo olvidaras y te concentraras en hacerte una vida maravillosa aquí mismo, en el pueblo, con alguno de los muchachos que siempre te están pidiendo atención.

Se le llenaron los ojos de lágrimas tan rápido que Eve se sorprendió a sí misma.

—Lo sé mamá. Por eso nunca te mencioné el tema. —Dio unos golpecitos en la carta—. Si ésta es, efectivamente, la invitación, ¿qué hacemos?

—Esa es una decisión que tiene que tomar tu padre. Te sugiero que esperes hasta que regrese y le entregues el mensaje. Él decidirá qué es lo mejor que podemos hacer.

Eve asintió y salió de la cocina para dirigirse al estudio de su padre a colocar la nota en el centro de su escritorio. Justo encima de un montón de notas de los sermones en los que había estado trabajando.

ADAM LEVANTÓ la vista del libro de contabilidad que le causaba dolor de cabeza cuando su madre abrió la puerta de su estudio.

—¿Tienes un momento?

Intentó no gruñirle, ya que era el colmo de la mala educación hacerlo a una madre.

—Sí, ¿en qué puedo ayudarte?

Tenía la sensación de que su dolor de cabeza estaba a punto de aumentar.

Su madre entró en la habitación y se sentó en la silla frente a su escritorio. Perfecto. Así era como siempre había visto a su madre. Con la espalda perfectamente recta, las manos correctamente cruzadas sobre su regazo, y una sonrisa que consistía en una ligera y perfecta curvatura de los labios.

—Quiero volver a hablar contigo sobre la situación de la señorita Allen.

Bueno, quizás no debería ser de tan mala educación gruñirle a una madre. Habían estado batallando (a falta de una palabra mejor) una y otra vez desde que había regresado a Worcestershire. Su madre, que no era alguien que renunciara fácilmente a algo tan preciado en su corazón como su futura nuera, había emprendido una campaña digna de Wellington para lograr que cambiara de opinión.

La lucha había comenzado en el momento en que entró por la puerta después haber visitado a Eve. La escuchó cortésmente hasta que no pudo soportarlo más y le dijo que tenía que ocuparse de varios asuntos importantes que habían surgido mientras él no estaba en la casa.

Sin embargo, la polémica había continuado en las comidas, cuando se cruzaban en las escaleras y en los pasillos, y en momentos como ese, cuando lo arrinconaba en su estudio. Esa misma mañana, durante el desayuno, le había presentado una lista de debutantes con una marca de verificación junto a los nombres de las jóvenes que, según ella, “tenían un cerebro en la cabeza”.

Este último intento se debió a que Adam le comentó que ninguna de las debutantes podía pensar por sí misma, y que lo aburriría hasta la muerte en cuestión de semanas.

—Mamá, en lo que a mí respecta, no existe la 'situación con la señorita Allen', y el asunto está resuelto. Has invitado a la señorita Allen y a sus padres a petición mía, y espero que acepten. Pienso hablar con su padre cuando lleguen, y tengo la intención de ofrecerme como marido de la señorita Allen en cuanto se produzca esa reunión.

Ella se inclinó hacia adelante con expresión de absoluta incredulidad, a pesar de que Adam ya se lo había dicho numerosas veces.

—Me niego a creer que te cases con una mujer que no tiene ningún tipo de formación sobre cómo llevar una casa, cómo comportarse en sociedad y cómo estar a la altura del título de duquesa. Te avergonzará a ti y a tus hijos. Ninguna hija de un párroco podría jamás asumir ese papel, es algo que simplemente no se hace.

Mientras continuaba, Adam divagó sobre cómo él y Eve se asegurarían de que esos niños que comentaba su madre vinieran al mundo. En todo caso, su deseo por Eve había aumentado desde su partida de Worcestershire. Cada vez que olía a vainilla o lavanda, podía verla tan claramente como si estuviera justo frente a él.

Una vez que esos pensamientos invadieron su mente, le tomó un tiempo concentrarse en el asunto en cuestión. Se movió en su asiento para apartar esos pensamientos, y volvió a concentrarse en las divagaciones de su madre.

—No quiero ser grosero, pero tengo trabajo que hacer para que podamos disfrutar de la Navidad y de todas las festividades que has planeado.

La duquesa se movió en su asiento, no acostumbrada a ser interrumpida, pero se contuvo.

—Una cosa más, y luego te prometo que te dejaré en paz. Dudo mucho que la hija de un párroco...

—Su nombre es señorita Allen.

Ella lo fulminó con la mirada.

—... ni siquiera tenga un vestido apropiado para ponerse en el baile.

—Lo que sea que se ponga estará bien.

—¿Y si no es así? —Dijo olfateando el aire como si Eve fuera a llegar con un vestido cubierto de excrementos de animales.

—Estoy seguro de que después de la boda de Diana quedaron en casa algunos de sus vestidos.

Su hermana menor se había casado el año anterior y, acompañada de un guardarropa completamente nuevo, se había ido al campo con su nuevo marido. Desde entonces no se había sabido nada de los tortolitos, excepto por una breve nota en la que explicada los placeres de que se podía disfrutar gracias al matrimonio.

—Todo lo que dejó tu hermana estará irremediablemente pasado de moda.

—Suficiente, madre. La señorita Allen se comportará perfectamente bien. Es preciosa a la vista, encantadora, amigable y tiene todos sus dientes. No tienes nada de qué preocuparte.

Se puso de pie, indicando que la entrevista había terminado.

De mala gana, pues sin duda tenía mucho más que decirle, su madre se puso de pie y se sacudió las faldas.

—Muy bien, si no puedo disuadirte de esto, permíteme por lo menos aconsejar a la señorita Allen cuando llegue.

Adam rodeó el escritorio y la tomó del codo mientras se dirigían hacia la puerta.

—Tienes mi bendición para que la ayudes a encajar. Ahora bien, no la aterrorices ni la degrades de ninguna manera. —Adam hizo que se girara para que lo mirara de frente—. Lo digo en serio. Quiero que uses todas tus habilidades como anfitriona para que los Allen se sientan cómodos.

Ella le puso una mano en la mejilla.

—Sabes que solo quiero lo mejor para ti, ¿verdad?

Él se ablandó ante su tono. A veces le resultaba difícil recordar a la mujer que lo había tenido en su regazo y le contaba historias. Pasaban horas juntos y ella le cantaba y le leía. Él siempre había tenido mucho cariño a esos recuerdos y se preguntaba en qué momento su madre había perdido esa dulzura y se había convertido en la “Duquesa”. Le daba la impresión de que el cambio se había producido después de la muerte de su padre. Tras perder a su verdadero amor. Pero no iba a permitir que le quitara a él la oportunidad de ser feliz.

—Sí, sé que quieres lo mejor para mí. Pero tenemos que reconocer que es posible que no estemos de acuerdo acerca de qué es lo mejor. No quiero más que lo que tú y mi padre habéis tenido, o lo que hay entre Diana y su conde.

Cuando llegaron a la puerta volvió a hacer que se girara hacia él.

—Incluso un duque también puede aspirar al amor, ¿verdad?

Capítulo nueve

Eve se miró por última vez en el espejo de su habitación y dejó caer los hombros. A pesar de las nuevas cintas que le había puesto al sombrero y del bonito bordado que su madre había añadido a su pelliza, todavía parecía una joven de pueblo y, sin duda, sentía que no iba adecuada como para asistir a un baile organizado por el duque de Manchester.

Eve había permanecido en silencio cuando su padre abrió la invitación hacía un par de semanas. La había leído atentamente, más de una vez, mientras ella contenía la respiración. Su madre se había unido a ellos en el estudio de su padre, donde ambas esperaban escuchar su respuesta.

El señor Allen dejó la nota sobre su escritorio y se sacó los anteojos. Limpió las lentes con su pañuelo, y se miró los dedos mientras lo hacía. Una vez que sus anteojos volvieron nuevamente en su nariz, miró a Eve.

—¿Quieres asistir, hija?

—No lo sé.

Hasta ese momento no se había dado cuenta de que contaba con que su padre tomaría la decisión por ella. Si hubiera dicho que no, habría sido el final del asunto. Pero si hubiera respondido afirmativamente, se habría preparado con mucho gusto para asistir a la fiesta. Pero parecía que su padre quería que decidiera por sí misma.

—Antes de responder, escúchame. Mamá y yo no podemos aceptar esa invitación porque la iglesia nos necesita durante la Navidad. Sin embargo, no hay ninguna razón por la que no puedas disfrutar de las celebraciones a las que te ofrece asistir el duque.

Señaló las dos sillas que tenía frente al escritorio y todos se sentaron.

—No soy ciego y he criado a cuatro hijos. No tenía ninguna duda de que Su Excelencia había desarrollado sentimientos hacía ti, y tú hacia él. La separación que existe entre nuestras clases sociales es enormemente grande, y sin duda lo sabes.

>La verdad es que yo no veo que encajes en ese mundo; sin embargo, sé lo decidida que eres, y mamá y yo estamos orgullosos de la joven en la que te has convertido. Confío en que lo que decidas será lo mejor para ti. —Se inclinó hacia adelante sobre el escritorio con las manos entrelazadas, y la miró con los mismos ojos amorosos que había le visto toda la vida—. Si eso es lo que tu corazón realmente quiere, acepta la invitación del duque y comprueba por ti misma lo que piensas de vuestras diferencias cuando estés en su propio entorno. Mamá y yo siempre apoyaremos lo que tú decidas.

El corazón de Eve latía tan fuerte mientras escuchaba sus palabras que casi se ahoga.

—Pero papá, si mamá y tú no podéis asistir, yo no puedo ir sola.

El padre negó con la cabeza.

—Tu madre puede conseguirte a una acompañante. Estoy segura de que hay muchas mujeres prudentes en el pueblo a las que les encantaría asistir a un elegante baile navideño.

—¿Puedo hacer algo así? ¿Ir con alguien que no ha sido invitado?

El padre le sonrió cálidamente.

—Querida, estoy bastante seguro de que el duque estará más que contento de invitar a tu acompañante si eso significa que tú también vas a ir.

Eve se sonrojó ante las palabras de su padre y la sonrisa de su madre.

Finalmente, el carruaje que Adam había enviado para buscarla estaba frente a su puerta, y la señora Carter, una amiga íntima de su madre, y una viuda formidable con siete hijos mayores, la esperaba.

Cuando salió de la habitación y bajó las escaleras fue sintiendo cada vez más mariposas en el estómago. La señora Carter llevaba un sombrero de aspecto muy extraño, que debió suponer que estaría muy de moda en Manchester Park. Eve necesitó un gran autocontrol para no reírse.

—Buenos días, señora Carter. Muchas gracias por acompañarme en este viaje.

—Me siento halagada de que tu mamá confiara en mí para cuidarte mientras te codeas con gente de alcurnia.

Oh, Dios. Con suerte, la señora Carter no diría nada que la avergonzara. Sonrió a la mujer, y dio un beso en la mejilla a su madre y a su padre antes de subir al cómodo y bien amortiguado carruaje.

Una vez que cargaron su baúl, enseguida ya estaba despidiéndose con la mano de sus padres mientras el vehículo avanzaba hacia la casa de Adam, y a una vida con la que nunca había soñado.

El viaje duraría unas ocho horas y tendrían que detenerse un par de veces, una para almorzar y otra para cenar. Adam le había explicado en su última correspondencia que también cambiarían de caballos en esas paradas. Les había enviado un resumen completo de la zona por la que viajaría el carruaje y los caminos que tomarían. Por otra parte, había escrito a su padre para asegurarle que Eve iría muy segura durante el viaje pues enviaría a un lacayo y a un escolta bien armado, además del conductor, para garantizar su bienestar.

También había organizado las posadas donde se detendrían para comer. El señor Allen le había dado algunas monedas, pero tenía la sensación de que Adam ya había pagado todo lo necesario en las posadas.

—Tu joven debe tener muy buena opinión de ti para tomarse todas estas molestias.

La señora Carter miró alrededor del carruaje, pasando la palma de la mano por los suaves asientos de terciopelo azul intenso y por las cortinas con brocados que cubrían las ventanas.

Eve estaba demasiado nerviosa como para entablar una conversación, por lo que simplemente sonrió y se guardó sus pensamientos para sí misma. Pensamientos como que “su joven” había hecho que se construyera ese carruaje solo para transportarla desde Worcestershire a Manchester Park. Pero sofocó la risa que le provocaba ese pensamiento e hizo todo lo posible por calmarse.

El viaje de ocho horas pasó demasiado rápido en algunos aspectos y dolorosamente lento en otros. Las paradas en las posadas fueron de agradecer, ya que estar sentada durante tantas horas hacía que el cuerpo se le quedara rígido. Sin embargo, la comodidad del carruaje permitía que el largo viaje no solo fuera soportable, sino lo más agradable posible.

Después de la cena se adormeció por el balanceo del carruaje mientras digería los alimentos, y le pareció que no habían pasado más que unos pocos segundos cuando la señora Carter le dio unos golpecitos en la rodilla.

—Eve. Parece que hemos llegado.

Inmediatamente su corazón volvió a latir con fuerza. Abrió la cortina y vio que Adam se acercaba por el sendero con una gran sonrisa en el rostro.

ADAM SE HABÍA PASADO la mayor parte del día dando paseos por su estudio y comparando su la hora de su reloj de bolsillo con la del gran reloj de esquina. Aunque había recibido una respuesta muy amable de parte del pastor Allen a la invitación de su madre, todavía tenía dudas de que Eve apareciera. El párroco se había disculpado por escrito de que él y la señora Allen no podrían asistir a las celebraciones debido a los deberes navideños que tenía con su iglesia, pero que la señorita Eve Allen estaría encantada de aceptar su invitación.

Adam había enviado el carruaje el día anterior con tiempo suficiente para que llegara de vuelta esa mañana con Eve y quienquiera que viniera con ella como acompañante. Volvió a sacarse el reloj del chaleco, se detuvo e inclinó la cabeza para oír a lo lejos. En cuanto sintió el ruido de las ruedas del carruaje se dirigió directamente a la puerta principal.

Su madre había insistido en que Eve debía llegar varios días antes del baile para poder tomarla bajo su protección y prepararla para los distintos eventos. Aunque Adam se había mostrado reacio a entregarla a los cuidados de su madre, no tenía ninguna duda alguna de que si alguien podía asegurarse de que Eve cometiera muy pocos errores, esa era la duquesa de Manchester.

Contuvo la respiración cuando el lacayo bajó por la parte trasera del carruaje, abrió la puerta y extendió una mano para que bajara una mujer mayor. Incapaz de tolerar más la espera, Adam avanzó hacia el carruaje y saludó brevemente con la cabeza a la mujer. Después asomó la cabeza dentro del carruaje y allí estaba sentada Eve. Soltó un profundo suspiro contenido y sonrió.

—Buenas noches.

Parecía muerta de miedo. Si no hacía algo inmediatamente para calmarla, lo más probable era que huyera al bajar del carruaje. En lugar de ofrecerle la mano, subió a la cabina y se sentó frente a ella.

—¿Has tenido un viaje agradable?

Un rápido asentimiento con la cabeza fue su única respuesta.

—¿Fueron acogedoras las posadas que preparé para que comierais?

Imaginaba lo difícil que era para ella hacer ese viaje sin sus padres.

—Sí.

Ah, finalmente habló. Estaba progresando.

—¿Quieres salir y presentarme a tu acompañante?

Eve negó con la cabeza.

—Oh, lo siento mucho. Qué maleducada soy. Tu madre se pondrá furiosa.

—No te preocupes por mi madre. Ella está feliz de que hayas venido y espera poder ayudarte.

La pobre muchacha se encogió en su asiento. En ese momento la madre se unió a ellos en el carruaje.

—Buenas noches, señorita Allen. ¿Viene adentro con nosotros? Tenemos una comida ligera.

Eve se sobresaltó, y se dispuso a salir el carruaje. Adam bajó primero, se volvió y le tomó la mano. Todo su mundo cobró sentido. El aroma a vainilla y lavanda lo llenó de recuerdos y de la sensación de calidez. No era el tipo de calor que sentía ante la idea de irse con Eve a la cama, sino un sentimiento de satisfacción que le faltaba desde su regreso de Worcestershire.

—Les presento a mi acompañante, la señora Carter —Eve ofreció una suave sonrisa a la duquesa—. Señora Carter, le presento al duque de Manchester y a la duquesa de Manchester.

La señora Carter sonrió y lo miró encantada.

—Lo recuerdo, joven. Usted era lord Manchester y ayudó a nuestra Eve a repartir comida y ropa. —Miró a su madre y le guiñó un ojo—. Su Excelencia también es un buen bailarín.

Parecía como si la madre se hubiera tragado la lengua, y que sus cejas se habían elevado tanto que casi habían desaparecido en la línea del cabello. Adam se recuperó más rápido y dijo:

—Vámonos todos a casa donde tenemos un fuego muy agradable esperando.

Tomó a Eve del brazo y la condujo al interior de la casa, después de la señora Carter y su madre. Finalmente se reunieron en el salón del primer piso. En una mesa pegada a la pared había pequeños sándwiches, tartas, galletas, queso y fruta, además de té y chocolate caliente.

Todos llenaron sus platos y ocuparon los cómodos asientos que se repartían por la habitación. Adam y Eve se sentaron uno al lado del otro en un sofá. Aunque Adam intentó comer, estaba demasiado absorto contemplando a Eve.

—Tengo una habitación preparada para usted, señorita Allen, en nuestra ala familiar. Me gustaría que hablemos sobre tu guardarropa por la mañana, ya que sé que ahora debe de estar fatigada por el viaje. A mí siempre me pasa.

La duquesa colocó su taza de té en el platillo y miró a la señora Carter, quien la observaba asombrada. Siempre parecía provocar ese efecto en la gente.

—Señora Carter, estoy segura de que encontrará cómoda en su habitación. Haré que una de las sirvientas suba con usted cuando terminemos.

La mujer asintió y miró a Eve. Adam necesitaba tener al menos unos minutos a solas con ella antes de que se retirara a pasar la noche.

—Señora Carter, me gustaría tener su permiso para acompañar a la señorita Allen a dar un pequeño paseo por nuestra galería. Creo que le encantaría disfrutar de los cuadros antes de retirarse a dormir.

—Sí, sí, por supuesto.

La señora Carter parecía estar abrumada de que le hubiera pedido permiso, pero Adam quería estar seguro de que no se produjera ni el menor indicio de actitudes impropias durante la visita de Eve. Le resultaba difícil no poder tocarla, sin duda, pero al menos la visita comenzaría con todo en orden.

—Creo que me retiraré a mi cuarto —dijo la señora Carter después de limpiarse la boca con la servilleta.

—Llamaré a una doncella para que la acompañe.

La madre atravesó la habitación y tiró del cordón de brocado. Antes de que la doncella respondiera a su llamada, Adam se puso de pie.

—¿Señorita Allen?

Eve lo miró y una leve sonrisa iluminó su rostro. Adam se sentía como si acabara de salir el sol.

CUANDO ADAM y Eve salieron de la habitación, ella comenzó a sentirse menos nerviosa, aunque tenía que admitir que la duquesa era mucho más agradable de lo que se esperaba. Sin embargo, cuando sus nervios recién habían comenzado a calmarse, en el momento en que se sentaron a tomar el té, la mención de la duquesa acerca de revisar su guardarropa hizo que le regresaran las

mariposas al estómago.

Eve no tenía guardarropa del que hablar. Llevaba su mejor vestido de viaje y su pelliza, y traía consigo el vestido para el baile, el mismo que había llevado a la fiesta comunal, además de su vestido bueno para ir a la iglesia. Por último había traído un camisón de algodón, zapatillas para bailar y el collar de perlas de su madre. Eso era todo. En el pueblo no había necesidad de tener un gran guardarropa, especialmente cuando se vivía del sueldo del párroco.

Había olvidado cuánto disfrutaba de la compañía de Adam. El solo hecho de estar a su lado le proporcionaba una gran alegría. Ya era hora de que admitiera que tenía sentimientos muy fuertes hacia él. No se atrevía a llamarlo amor, pero no había una palabra mejor que pareciera encajar con lo que sentía.

Caminaron en silencio durante unos minutos hasta llegar a la galería, donde varias filas de retratos colgaban de las cuatro paredes. Parecía haber hombres y mujeres por igual. Varios retratos eran de familias completas compuestas por maridos serios, esposas suaves y niños incondicionales que miraban fijamente al espectador, lo que le hacía preguntarse qué estarían pensando mientras el artista los pintaba. Sin duda, habrían tenido que permanecer sentados durante largos periodos de tiempo. Como estaba algo familiarizada con los niños pequeños por su trabajo en la iglesia, se preguntó sobre el incentivo que les habrían ofrecido para que se quedaran quietos.

De pronto se detuvieron frente a otro retrato de una mujer de varias generaciones atrás. Parecía infeliz y bastante joven. Antes de que pudiera pensar en eso, la voz profunda de Adam rompió sus divagaciones.

—Por mucho que aprecie a mis antepasados, no te traje a la galería por eso. Ahora que te tengo a solas, lo único que quiero es besarte. —Le tomó una mano y la besó en el dorso, mirándola por encima de sus manos unidas—. ¿Te puedo robar un beso?

Eve se rio.

—Si pides permiso no es robar.

—Bien.

La tomó entre sus brazos y en principio acarició sus labios con un suave beso, que pronto se convirtió en algo mucho más maravilloso y fuerte. Las manos de Adam tomaron su rostro para que inclinara la cabeza de manera que el beso pudiese ser más profundo. El deseo que Eve llevaba semanas sintiendo estalló, y se pegó a él todo lo que pudo.

Animado por su respuesta, Adam le tocó los labios con la lengua y enseguida accedió hasta el fondo enredándose con su propia lengua. Ella entonces tuvo unas sensaciones deliciosas en zonas en las que nunca había pensado mucho. Adam se echó hacia atrás y le besó la frente, los párpados, la nariz, las mejillas, en todos los lugares de su rostro al que llegaran los labios.

Luego se acercó a su cuello y acarició la piel sensible de detrás de la oreja.

—Te he extrañado mucho. No tienes idea de cuántas noches estuve en la cama deseando que estuvieras a mi lado. —Se apartó y la miró a los ojos, estudiándola, buscando lo que parecía necesitar—. Te quiero en mi cama. Esta noche, mañana y, por el resto de mi vida.

Eve se enderezó sin romper su abrazo.

—Eso es un escándalo.

Adam entonces apoyó su frente contra la de ella.

—No. No lo es. Quiero casarme contigo, Eve. Te lo dije antes de irme de Worcestershire y todavía tengo la intención de hablar con tu padre. Como tus padres no han podido venir, viajaré a Worcestershire contigo cuando te vayas.

Hablaba en serio. Y Eve tuvo que luchar contra la voz del sentido común que le decía que un

duque no se casaba con una plebeya, especialmente con la hija de un párroco. Ella no era una dama, no había sido educada para serlo. No tenía la elegancia ni la formación digna de una duquesa. Nunca le habían enseñado cómo administrar una casa, y ni siquiera estaba segura de saber cuáles eran los cubiertos correctos que debía usar en la mesa.

De pronto la invadió una abrumadora sensación de pánico. ¿Qué estaba haciendo ella allí? Se estaba comportando como una mentirosa siendo que no sabía fingir. Nunca podría pretender ser como una de esas personas en un evento tan trascendental como un baile de Nochebuena.

Eve retrocedió y se lamió los labios.

—Creo que no es una buena idea insistir en eso, Adam. Venimos de mundos muy diferentes. De hecho, no creo que pueda siquiera asistir a ese baile, yo...

Adam la atrajo hacia su cuerpo y le tomó la cara.

—Para. Eres una mujer inteligente. Puedes hacer cualquier cosa que te propongas. Mi madre aceptó tomarte bajo su protección y a ayudarte para que te prepararas para el baile. Ella se asegurará de que no des pasos en falso.

El pánico de Eve creció y retrocedió aún más retorciéndose los dedos.

—Pero el baile será en unos pocos días. Se cansará de mi ignorancia. No puedo asimilar en tan poco tiempo lo que las damas de la *alta sociedad* tardan toda una vida en aprender. —Eve respiró hondo—. Debo irme, debo…

Esta vez Adam la silenció con un beso. Todas las preocupaciones de Eve se desvanecieron cuando Adam la rodeó con sus brazos y llevó sus labios hasta los de ella. Si pudiera conservar eso mismo para el resto de su vida, tal vez valdría la pena pasar por las pruebas que le esperaban.

Adam se apartó y sonrió.

—¿Te he dicho lo feliz que estoy de que hayas venido? Reconozco lo difícil que es esto para ti. Pero no te preocupes, déjame que sea yo quien me ocupe de todo. Impresionarás a todos los que se tomen el tiempo suficiente para conocerte. Mi madre puede parecer una jefa muy dura, pero me ha asegurado que si eres tú a quien quiero, se encargará de que te presentes de la manera más adecuada.

Ella no estaba del todo segura de que la duquesa alguna vez hubiera estado dispuesta a renunciar a su deseo de que Adam se casara con una mujer de su misma clase social. Por el bien de Adam, y por el amor que sentía hacia él, tenía que hacer un enorme esfuerzo para intentar aceptarlo.

Y, sobre todo, esperaba conseguir no caerse de bruces en su primera clase con la duquesa.

Capítulo diez

—No, querida, debes sentarte en el borde del asiento, con la espalda recta. —La duquesa apoyó con gracia su trasero en el sofá—. Así.

Eve se mordió un labio e intentó imitar a la mujer, pero tras años de hacerlo todo de la manera más correcta, la madre de Adam estaba modelada a la *perfección*. Eve, además, no podía mantener una postura tan rígida sin forzar todos los músculos de la espalda. Cuando lo intentaba se sentía como un soldado esperando la inspección de su oficial al mando.

—Y no te muerdas el labio.

Eve tenía que luchar contra las lágrimas que amenazaban con estallar y la deshonrarían ante la duquesa. Habían estado practicando cómo caminar, cómo hacer una reverencia (quién sabía que había varias maneras de inclinarse dependiendo de la posición de la persona a la que le hacía la reverencia), así como la forma correcta de servir el té. Eve dudaba mucho que le tocara servir el té puesto que solo se iba a quedar por Navidad, y probablemente no tendría que atender a nadie ella sola, por lo que le parecía una pérdida de tiempo.

La duquesa no pensaba así cuando Eve se lo explicó.

—Si piensas frecuentar a la *alta sociedad*, debes conocer todos los matices que caracterizan a una joven de éxito. Si te hubieran educado según los estándares de la *alta sociedad*, ya habrías aprendido todo esto nada más salir de la guardería.

Eve intentó con todas sus fuerzas no suspirar. Era una persona torpe, inepta y de clase baja que tenía demasiadas cosas que hacer a diario como para preocuparse por lo erguida que se sentaba en una silla. Nunca llegaría a aprender todo eso y se lo comunicó a Adam más tarde ese mismo día.

Adam le dio unas palmaditas en la mano mientras desayunaban, asegurándole que todo le iría bien y que no le preocupaba en absoluto que no se comportara a la perfección cuando llegara el momento. Después la escuchó atentamente cuando le contó cómo había pasado el día anterior con su madre.

Había pasado varias horas con la duquesa y su *modista* intentando organizar un vestuario aceptable para su visita. Cuando terminaron, Eve había sido pinchada, inmovilizada, colocada en posturas incómodas, y examinada desde todos los ángulos posibles. Estaba bastante cansada cuando se reunió con Adam en el salón antes de cenar.

—Está intentando ayudar. Simplemente no dejes que te intimide. Puede ser bastante contundente, pero tiene buenas intenciones.

Recordando esa conversación, Eve intentó una vez más cruzar la habitación y sentarse con tanta gracia como había hecho la duquesa. Para su inmensa sorpresa, la duquesa aplaudió y sonrió.

—Eso fue perfecto, Eve.

No pudo evitar sonreír ante su éxito. Después se preguntó por lo vacía que debía de ser la vida de esas personas que recibían elogios por colocar correctamente su trasero en una silla.

—Quería que supieras que esta noche tendremos invitados a cenar. — La duquesa agitó una mano cuando vio cómo los ojos de Eve se agrandaban—. No te preocupes. Te sentaré directamente frente a mí para que puedas seguirme como ejemplo.

La duquesa continuó ignorando el sudor que brotaba de la frente de Eve.

—Llevarás el vestido de seda color melocotón que *mademoiselle* LaRue transformó hoy para ti. Me aseguraré de que Robbins te arregle el cabello con un estilo que te quede bien. —Se acercó a ella y le dio unas palmaditas en la rodilla—. Te sugiero que te recuestes un poco para calmarte antes de que Robbins te prepare el baño.

Feliz de que la dejara marchar, Eve se levantó y salió corriendo del salón de la duquesa donde habían estado practicando cómo caminar y sentarse. Se frotó las sienes intentando evitar el dolor de cabeza que le rondaba.

EVE NO PODÍA DEJAR de mirarse en el espejo. Aunque nunca había sido una persona vanidosa, reconocía que la joven que la miraba era hermosa. Le habían retirado el pelo de la cara y le habían hecho una especie de moño en la nuca. También le habían dejado un rizo colgando cerca de la oreja que se apoyaba sobre uno de sus hombros desnudos.

Además la duquesa le había prestado un sencillo collar de oro con unos pendientes a juego.

Pero la *pieza de resistencia* era el precioso vestido de color melocotón que la modista le había modificado. Nunca en su vida había tenido algo tan exquisito. Se sentía como una reina, y no como la señorita Evelyn Allen, la hija menor del reverendo Joshua Allen.

A decir verdad, le preocupaba que el escote enseñara demasiado. La parte superior de sus pechos estaba claramente a la vista, y esperaba que no se le salieran del vestido cuando hiciera una reverencia. Entonces se recordó a sí misma que para hacer una reverencia adecuadamente no había que inclinarse hacia adelante, sino mantener la espalda recta. Con los vestidos tan escotados que llevaban esas mujeres, no era de extrañar que cuando se inclinaban para hacer una reverencia no doblaran el cuerpo.

Tenía tantas cosas que recordar, todas revueltas en su mente, y siempre oyendo el sonido de la voz de la duquesa reprendiéndola. Con suerte, esa noche en la cena no se avergonzaría de sí misma, y tampoco lo haría la duquesa.

Observa a la duquesa y todo irá bien.

Robbins entró en la habitación con un abanico en la mano y un chal sobre el brazo.

—Dios mío, señorita Allen, está verdaderamente hermosa. Estoy segura de que el duque no podrá quitarle los ojos de encima.

Eve sintió una oleada de calor que comenzaba en la cintura y se extendía hasta su cara. No estaba acostumbrada a los elogios. Buscó a tientas la prenda que le trajo la doncella. Dio un suspiro de alivio al comprobar que el chal le cubría el pecho. Respiró profundamente, se apartó del espejo y salió de la habitación.

Finalmente, ya familiarizada con la casa como para no ir en dirección equivocada, o no abrir las puertas de habitaciones extrañas, bajó las escaleras hasta el salón donde la duquesa había pedido que se reunieran todos para cenar.

Las puertas correderas se habían dejado abiertas, y unas treinta personas se encontraban en

pequeños grupos conversando mientras sostenían unas copas muy delicadas. Eve tenía la boca seca y no podía mover los pies hacia adelante. Es lo que era. Aparecería ante los miembros de la *alta sociedad* como si formara parte de ellos. Y como si no arrancara las malas hierbas de su jardín, no ayudara a lavar la ropa y no condujera una carreta vieja y desvencijada para llevar comida y ropa a los pobres.

Justo cuando se iba a dar la vuelta para huir de regreso a la seguridad del dormitorio que le habían asignado, una mano cálida la agarró del brazo.

—¿Eve?

Ella cerró los ojos. ¿Por qué no la dejaba irse simplemente? Que regresara a su vida y no tener fingir que alguna vez podría formar parte de la de él.

—Sí.

No se volvió, pero intentó parpadear para contener las lágrimas que amenazaban con caerle sobre el precioso chal.

Adam entrelazó su brazo con el de ella.

—Ven conmigo, hay varias personas que me gustaría que conocieras.

Ella lo miró con ojos suplicantes.

—No creo que pueda hacerlo.

Él la miró a los ojos y su actitud le indicó que no tenía otra opción.

—Eres la mujer más valiente que conozco. Puedes hacerlo. —Dijo tirando de ella—. Ven

Eve endureció la espalda, y le permitió que la guiara. La duquesa le hizo un gesto con la cabeza al pasar, y Adam se detuvo ante un grupo de cinco personas.

—¿Les quiero presentar a la señorita Evelyn Allen? Es nuestra invitada para la temporada navideña.

Una mujer mayor con una pluma muy grande en el pelo levantó unos impertinentes y la miró fijamente.

—¿Señorita Allen? ¿Conozco a su familia?

Si no sé quién eres, ¿cómo puedo saber si conoces a mi familia?

En lugar de decir eso, Eve sonrió y le hizo lo que pensó que era una excelente reverencia.

—No estoy segura, señora.

La mujer carraspeó y dejó caer los impertinentes, dejándolos colgando del alfiler enjoyado sujeto a su gran pecho.

—Bueno, solo conozco una familia Allen, y son una vergüenza.

Eve sintió que le corría sudor por la espalda. Era la primera persona que conocía y ya estaba haciendo un escándalo.

Adam entonces dedicó a la mujer su sonrisa más encantadora.

—Ah, lady Penzer, dudo que conozca a la familia de la señorita Allen. Residen en un encantador pueblo de Worcestershire.

—¿Ah, sí?

Las cejas de la mujer se elevaron como si nadie debiera estar delante de ella si no conocía a su familia.

—Señorita Allen, le presento a lord y lady Duncan, lord Melrose y sus hijas, la señorita Clark y la señorita Amy Clark.

Eve hizo más reverencias, asumiendo que los señores y la dama debían recibir una más baja que las dos jóvenes. Todos le sonrieron, excepto la señorita Clark, que le dirigió una mirada furiosa. Oh, Dios. Parecía que ya había molestado a lady Penzer por no proceder de una familia que ella conociera, y a la señorita Clark por una razón completamente desconocida para ella.

ADAM TUVO que contener su enfado cuando vio la mirada que la señorita Clark lanzó a Eve. Ya había sido bastante desagradable que lady Penzer se lo hubiera puesto difícil por su familia, pero sabía que la señorita Clark tenía aspiraciones respecto a él, desafortunadamente iniciadas por su madre. Nunca había considerado seriamente a esa muchacha como esposa, pero ahora que había llegado Eve a su vida, no había nadie más que lo pudiera satisfacer.

Charló durante unos minutos con el grupo y luego hizo que Eve se uniera a otra reunión. Los lores Stewart y Davis fueron mucho más agradables con ella, lo que le agradaba en un sentido, porque ella se relajaba visiblemente pero le molestaba en otro. Ambos jóvenes eran solteros, guapos y encantadores. Y obviamente se habían quedado cautivados por Eve. No estuvieron mucho tiempo con ellos antes de trasladarse a otro grupo.

Ya habían recorrido la habitación cuando el mayordomo anunció la cena. Obedeciendo al protocolo, tenía que acompañar a lady Penzer durante la cena. Sin embargo, una vez que estuvieron sentados, suspiró aliviado al ver que su madre había colocado a Eve no muy lejos de él y justo frente a ella, y así podía ver todo lo que hacía la duquesa.

—Su Excelencia, tengo muchas ganas de que llegue el baile de Nochebuena. —Dijo la señorita Clark sonriéndole mientras tomaba su copa de vino.

—Yo también. La Navidad es mi época favorita del año. —Se volvió hacia Eva—. ¿Y a usted, señorita Allen? ¿Cuál es su día festividad favorita?

—También creo que es la Navidad. Me encanta el aroma de la vegetación con la que decoramos la casa, y todas las comidas especiales que prepara mi madre.

—¿Su madre cocina? — La señorita Clark miró a Eve como si acabara de regresar del mercado de pescado con una trucha destripada goteando.

—Sí, es verdad. La madre de la señorita Allen es una excelente cocinera.

Adam no tenía intención de ocultar los antecedentes de Eve, y sobre todo no quería que se sintiera avergonzada por ello. Eve era una mujer maravillosa y de buen corazón que sería una excelente duquesa para él y una buena madre para sus hijos. Si tenía que cometer algunos errores al principio, no tenía la menor importancia.

La señorita Clark soltó una risita.

—Dudo que mi madre sepa siquiera cómo encontrar la cocina.

—Dígame, señorita Clark, ¿cómo le va a su madre? Entiendo que no pudo asistir debido a una fiebre que la mantuvo postrada en cama. —Intervino la duquesa para avanzar la conversación.

El resto de la cena transcurrió amistosamente. Adam se dio cuenta de que la señorita Clark estudiaba a Eve de vez en cuando como si estuviera intentara descubrir cuál era su lugar. En algún momento su madre le había presentado a la señorita Clark como una posible novia. La había acompañado al teatro y a dar un paseo por Hyde Park. Pero cuando la llevó a la puerta de su casa, Adam suspiró aliviado por poder dejarla.

La joven no había dejado de hablar, ni siquiera durante la representación. La mayor parte de su conversación se centraba en ella, y en lo que quería de un matrimonio. Así como en lo afortunado que iba a ser el hombre que la tomara como esposa. A Adam sin duda le encantaría verla disfrutando de la felicidad conyugal.

Con cualquier otro hombre, que no fuera él.

Después de que los hombres consumieron su oporto y se unieron a las damas para tomar el té, Adam se acercó a Eve, donde estaba con su madre y otras tres damas.

—¿Le gustaría jugar una partida de ajedrez, señorita Allen?

Eve se volvió hacia él con una sonrisa brillante.

—Sí, Excelencia, me encantaría encontrar un contrincante.

—Quizás sería mejor, querido —dijo la duquesa a Adam—, que organicemos un juego que nuestros invitados puedan disfrutar en grupo.

—Oh, juguemos a las charadas. Me encantan las charadas y se me dan bastante bien. —La señorita Clark aplaudió ante el anuncio de su madre.

Quería tiempo para hablar con Eve a solas y, como no estaba dispuesto a perder la oportunidad de hacerlo, dijo:

—Señorita Clark, qué idea tan excelente. ¿Por qué no forman dos grupos para competir entre sí mientras la señorita Allen y yo jugamos al ajedrez? O quizás algunos prefieran jugar a las cartas.

Esperaba que ese último comentario calmara el malestar de su madre por alejarse de los juegos grupales, que siempre había aborrecido, algo de lo que ella era completamente consciente.

La señorita Clark, claramente enfadada, comenzó a organizar la partida, mientras la duquesa hacía que los lacayos instalaran mesas de juego para los invitados que prefirieran una actividad no tan entusiasta como las charadas. Adam estaba feliz de poder instalarse con Eve en un rincón tranquilo.

—¿Estás pasándolo bien?

Ordenó las piezas, y un sentimiento de satisfacción lo invadió. El familiar aroma de Eve flotó hasta él mientras sus delgados dedos colocaban sus piezas en el tablero.

—Sí, mucho. —Y mientras movía las piezas, dijo—: El señor Dunsten, el que tenía a un lado mío durante la cena, estuvo bastante entretenido.

Adam la miró con las cejas arqueadas.

—Ya lleva tres en su cuenta.

—¿Oh?

Adam continuó moviendo sus piezas hasta colocarlas en sus posiciones correctas. Al final se encogió de hombros.

—Bueno, te lo menciono porque ese viejo toro está buscando otra esposa, después de haber enterrado a tres. Todavía está intentando conseguir un heredero.

—¿A tres esposas?

—Sí. Tres. Dos durante el parto y otra por fiebre.

—Ay, pobre.

Al recordar cómo se veía la última señora Dunsten mientras estaba casada con ese hombre, Adam dudó de que necesitara de su comprensión.

Capítulo once

Eve descubrió que la Navidad no era muy diferente entre los ricos y aristócratas que en su pequeño pueblo. La atmósfera estaba cargada de emoción, y prepararon galletas, pasteles y bebidas especiales. Compraron, o fabricaron, regalos y decoraron la casa con adornos hechos con ramas de abeto cuyo aroma siempre le traía recuerdos navideños.

La diferencia era que en Manchester Park todo se hacía a mucha mayor escala. Pero en lugar de que fuera la duquesa quien preparara los pasteles y las tartas, había una cocinera que supervisaba a varias jóvenes traídas para las vacaciones, y se ocupaba de cocinar el festín.

Y en lugar de ir la familia a recoger los abetos iban los lacayos. Sin embargo, Eve insistió en que Adam y ella los acompañaran a una zona alejada la finca para encontrar las piezas perfectas.

—¿Sabes que estoy escandalizando a mis invitados por acompañar a los lacayos a ir a buscar los abetos? —dijo Adam con una cálida sonrisa.

Eve, que ya estaba mucho más relajada después de que la cena de la noche anterior terminara con gran éxito, y con ella y Adam uno frente al otro delante del tablero de ajedrez, simplemente le sonrió.

—Piensa en todos los momentos divertidos que se van a perder tus invitados.

—Sí, es verdad. Realmente no están obligados a quedarse en una casa calentita, bebiendo bebidas navideñas frente a un fuego crepitante en lugar de pasear por el campo cortando ramas. Estoy de acuerdo contigo, se van a perder lo más divertido.

Adam le dio unos golpecitos en la nariz mientras ella se envolvía el cuello con una cálida bufanda.

Ella le apartó la mano.

—Espera. Ya verás. —Bajaron las escaleras para ir hasta el carruaje que usaban para cazar, con la señora Carter justo detrás de ellos—. Sabes, Adam, hay muchas partes de mi vida que disfrutarías. Aunque los olores que salen de tu cocina son maravillosos, es muy entretenido preparar tú mismo una tarta de manzana, o galletas de jengibre perfectas.

Una vez que se acomodaron en el carruaje y Adam los envolvió con una manta muy mullida, respondió:

—Creo que tienes razón. La mayoría de mi gente está acostumbrada a tenerlo todo hecho. Es reconfortante pensar en aquellos que no tienen ese privilegio.

—Ah, pero ¿es un privilegio vivir así? —El carruaje se puso en marcha—. La verdad es que yo disfruto tejiendo calcetines de lana para hacer mis regalos de Navidad, y ayudando a seleccionar los abetos que decorarán la casa. Además, mi madre y yo preparamos la mejor comida para mi familia, así como para los vecinos que invitamos a la cena de Navidad. Te hace sentir muy bien.

Adam le dio unas palmaditas en la mano.

—Estoy de acuerdo, señorita Allen. Si podemos evitar que la duquesa se desmaye, te presentaré a la cocinera y le diré que quieres hacer galletas de jengibre.

—¿Se está riendo de mí, Su Excelencia? —Respondió ella frunciendo el ceño.

—Quizás un poco. Te puedo garantizar que la duquesa se desmayaría si te sorprendiera en la cocina. Dado que esta es tu primera visita, conformémonos con ayudar a seleccionar los abetos como una primera rebelión inicial contra la vida de la clase alta.

—Personalmente, disfrutaría mucho de que me lo hicieran todo —dijo la señora Carter.

—Tampoco me opongo a que hagan cosas por mí, pero también me gusta hacerlas por mí misma.

—¿Te gusta tejer calcetines de lana para hacer regalos de Navidad? —Dijo Adam, con los ojos llenos de alegría.

Eve levantó la barbilla.

—En efecto. Quizás ya le haya tejido un par de guantes.

—¿Y calcetines no?

—No es lo apropiado —dijeron tanto Eve como la señora Carter a la vez.

Disfrutaron el resto del viaje en silencio. Eve observó a Adam mientras éste miraba por la ventana cuando llegaron a una zona perfecta para recolectar abetos.

¿Podría casarse con este hombre? Hasta el momento, parecía serio en su deseo de convertirla en su esposa. Quizás tenían mucho más en común que tantas diferencias. Pero negó con la cabeza. No. Era demasiado absurdo tan solo imaginarlo. Pero por ahora disfrutaría de su compañía, y se divertiría ayudando a elegir los abetos perfectos para decorar su casa.

SIN QUE ELLA se diera cuenta, Adam había estado estudiando a Eve durante todo el trayecto. Era una mujer tan honesta que cada uno de sus pensamientos quedaba reflejado en su rostro. Estaba seguro de que estaba haciendo un gran esfuerzo. Trató de imaginar cómo sería estar en su lugar en el mundo, tan lejos de toda lo que había dado por sentado durante su vida, y que además le pidieran que se quedara.

La amaba.

Eso parecía decirlo todo para él. Si bien ella nunca había pronunciado esas palabras, estaba casi seguro de que sentía lo mismo. No creía que su madre hubiera aceptado todavía la idea de que Eve fuera a ser su nuera, pero al menos había sido amable con ella y la estaba ayudando. Estaba seguro de que eso cambiaría después de pasar unos días con ella.

Bajaron del carruaje y Eve abrió el camino. Había hecho eso muchas veces antes. Estudió cada árbol y señaló varias ramas que los lacayos cortaron y cargaron en el carruaje. Adam tuvo que admitir que era divertido estar afuera en el frío pasando un buen rato arrastrando ramas para llevar a casa el maravilloso olor navideño.

O tal vez era que estando con Eve todo era mucho más divertido. Sin duda parecía hacer sonreír a los lacayos, así como a la señora Carter, con su entusiasmo por la tarea.

Adam tomó a Eve por el codo.

—Vamos, creo que ya tenemos suficientes ramas como para decorar varias mansiones. Es hora de tomar algo caliente y almorzar.

Eve asintió temblando un poco.

—Estoy de acuerdo.

La señora Carter se había retirado al carruaje unos veinte minutos antes. Estaba sentada envuelta en la manta de lana, con la nariz completamente roja.

—¿Hemos terminado? —Preguntó.

—Sí. Creo que ya tenemos suficientes ramas.

Eve se sentó junto a su acompañante y la envolvió con otra manta.

Cuando regresaron, la duquesa y sus invitados estaban en el salón esperando el almuerzo.

—Dios mío, miradlos a los dos. Debéis estar congelados.

Adam colocó una mano sobre la espalda de Eve e hizo que avanzara hacia la chimenea.

—No estamos congelados, pero nos viene bien el calor del fuego.

—Su Excelencia, hay sidra de manzana caliente que sin duda le calentará —dijo la señorita Clark mientras se acercaba a ellos—. Personalmente no entiendo por qué tuvo la necesidad de acompañar a los lacayos. No es que no sepan cortar ramas.

Adam tomó una taza de sidra de manzana caliente que le ofreció un lacayo y asintió.

—Ah, pero es muy satisfactorio hacerlo uno mismo. —Miró a Eve que también estaba bebiendo sidra—. Algo que no había descubierto hasta hoy.

La señorita Clark resopló.

—Nunca me encontrarías en el bosque buscando ramas. —Dijo negando con la cabeza.

Adam miró a Eve y ambos sonrieron por encima del borde de sus tazas.

EVE ESTABA ACURRUCADA LEYENDO un libro en el sofá frente a la ventana de la habitación que le habían asignado, sintiéndose bastante a su aire ya que hasta ese momento no había tenido tiempo para sentarse y leer durante el día, por todas las actividades que había que hacer. Quizás había una o dos cosas de esa vida que encontraba bastante satisfactorias.

Adam tenía que abordar ciertos asuntos esa tarde y en lugar de unirse a las otras mujeres en la sala de estar de la duquesa, Eve había preferido disfrutar de un tiempo para ella misma.

Miró por la ventana y vio cómo caía la nieve. Acababa de comenzar a nevar unos veinte minutos antes, y el suelo ya estaba cubierto con una fina capa de color blanco brillante.

Un suave golpe en la puerta llamó su atención.

—¿Sí?

—¿Puedo pasar, señorita Allen?

La melodiosa voz de la duquesa hizo que le latiera el corazón con fuerza. ¿Venía a castigarla? ¿A decirle que había un carruaje esperando para que regresara a su casa ya que nunca encajaría en ese mundo? Tal vez no debería haber animado a Adam a ir con ella a buscar las ramas.

—Sí, por supuesto, Su Excelencia.

Eve se puso de pie y se dirigió al centro de la habitación cuando entró la duquesa. Le hizo una ligera reverencia.

La duquesa la saludó con la mano.

—No hay necesidad de eso, querida. Si haces una reverencia cada vez que me veas, pasarás todo el tiempo agachándote. —Avanzó hacia el sofá donde estaba el libro de Eve—. ¿Podemos hablar?

Oh Dios. Eso no parecía nada prometedor.

—Por supuesto, Su Excelencia.

Los dos se sentaron y Eve se alisó la falda con las manos húmedas, recordando que debía

sentarse en esa incómoda posición con la espalda recta. La duquesa lo hizo muy fácilmente y no parecía sentir ninguna molestia. Años de práctica, supuso.

—Deseo hacerle una pregunta sencilla, señorita Allen.

Eve asintió. Sus latidos que retumbaban en su pecho aumentaron hasta tal punto que sintió como si el corazón se le fuera a salir del cuerpo.

—¿Ama a mi hijo?

—Sí. —No lo dudó a pesar de que aún no se lo había admitido completamente ante sí misma —. Sí, lo amo, Su Excelencia. —Dijo con más firmeza—. Comprendo las diferencias que hay entre nosotros, y que no estará contenta del apego que tiene hacia mí, pero si tengo que ser honesta con usted y conmigo misma, entonces reconozco que lo amo.

La duquesa asintió.

—¿Está segura de que puede encajar en esta vida? —Agitó una mano—. La gente de la *alta sociedad* puede ser brutal contra los que no pertenecen a ella. Como duque, mi hijo puede hacer lo que quiera, pero tendrá que enfrentarte a la gente por su cuenta, sin él a tu lado. Habrá risas, comentarios y otras formas sutiles con que las mujeres le harán saber que no pertenece a su grupo, que no encaja con ellas. ¿Podrá soportar eso?

Eve levantó la barbilla.

—Creo que podré.

—He observado que ha preferido pasar la tarde en su habitación en lugar de unirse a las damas en mi salón. Se da cuenta de que, como duquesa, no podría hacer eso. Debe ser siempre amable, considerada y atenta con sus invitados. No está permitido esconderse.

Eve se sintió como si estuviera atrapada en un torbellino. ¿Estaba preparada para cumplir con todas las sutilezas sociales que se le exigirían?

La duquesa la estudió durante un minuto.

—Hay mucho más en usted de lo que esperaba. Es verdad que no tiene el refinamiento y la gracia que uno imaginaría que debe tener una duquesa, pero creo que si realmente ama a mi hijo, podrá superarlo. —Se puso de pie y se sacudió la falda—. La modista vendrá por la mañana para hacer la prueba final del vestido de fiesta de mañana por la noche.

Se dirigió hacia la puerta y se volvió hacia ella.

—Nos reuniremos en el salón en media hora para cenar.

Eve se desplomó en el sofá. La duquesa sacó a relucir todos los miedos con los que había estado luchando desde que había llegado a su casa la invitación al baile de Nochebuena. ¿Nunca encajaría? ¿Adam terminaría disgustado con ella deseando no haber dejado a las mujeres de su clase para casarse con ella?

Deseó intensamente que su madre estuviera allí para guiarla. Tenía la sensación de que Adam tenía intención de proponerle matrimonio durante las fiestas, y no tenía una respuesta segura para él. Estaba aterrorizada de decir que sí, e igualmente aterrorizada de decir que no.

Un “sí” le significaría sumergirse en un mundo completamente desconocido (y hostil) del que nunca en toda su vida había esperado ser parte. Un “sí” también significaría casarse con el hombre que amaba y que la amaba. ¿No era eso lo que había deseado toda la vida?

Decir “no” la devolvería a la vida que había conocido desde siempre. Era la vida en la que se sentía cómoda y nunca había pensado en dejar. Pero decir “no” también significaba despedirse del único hombre que había atrapado su corazón.

Tuvo que relegar todas esas preguntas y dudas al fondo de su mente. La esperaban en el salón en media hora y preocuparse lo único que le provocaba era dolor de cabeza.

EVE SOSTENÍA una copa de jerez en la mano esforzándose por no poner los ojos en blanco a la señorita Clark que no paraba de hablar de su última modista, y de cómo no estaba a la altura de sus requerimientos.

Exhaló un suspiro de alivio cuando escuchó una voz familiar decir:

—Buenas noches, señoras.

Adam le tocó ligeramente un codo, movimiento que no pasó desapercibido para la señorita Clark, que frunció el ceño en dirección a Eve.

—Buenas noches, Su Excelencia. Le extrañamos esta tarde. Pensamos que tal vez podría estar otra vez en el bosque buscando la cena de mañana.

Las otras mujeres del grupo se rieron entre dientes, pero Eve deseó que el suelo se abriera debajo de ella.

—Qué divertido, señorita Clark. De vez en cuando disfruto de la caza. Pero creo que dejaré la búsqueda de comida a los verdaderos cazadores. —Se volvió hacia Eve y le preguntó—: ¿Puedo tener el placer de que me acompañe antes de que nos llamen para cenar?

Pero sin que ella pudiera siquiera responder, la tomó del brazo y la acercó al suyo.

—Sigue sonriendo, querida.

Ella luchó para contener unas lágrimas que amenazaban en sus ojos y sonrió.

—Así es. Ahora charlemos animadamente.

—Adam... —No podía seguir por culpa del nudo que tenía en sula garganta—. Sabes que dijo eso por mí.

—La señorita Clark es una joven egoísta, amargada e infeliz. Encuentra defectos en todo el mundo y en todo. No le hagas caso.

—¿Pero no lo ves? No es más que el comienzo. La gente de tu mundo no me aceptará. Te cansarás de mí y quedarás resentido conmigo.

Adam entonces la llevó a un rincón donde podían tener un poco de privacidad.

—Quiero casarme contigo. Te amo. No me importa quién te acepta o no. Soy duque. Tú serás duquesa. No se atreverán a menospreciarte una vez que estemos casados.

Continuó paseando con ella.

—Iré a tu habitación esta noche cuando estén todos dormidos. Debemos hablar de esto. No permitiré que dudes de ti misma.

Capítulo doce

Eve estaba dando vueltas por su habitación esperando la llegada de Adam. No debería permitirle pasar por la puerta. Era inapropiado e iba en contra de todo lo que le habían enseñado a creer. Ya era bastante malo que se hubieran dado unos cuantos besos entusiastas, pero algo así arruinaría su reputación por completo si los descubrieran.

Se sobresaltó en cuanto oyó un golpe suave. Enseguida se secó sus manos sudorosas en el vestido y abrió la puerta. Adam entró y la abrazó con fuerza.

—Debemos hablar, cariño. No puedo dejar que te preocupes por lo que la gente diga sobre nosotros. Soy duque, puedo casarme con quien yo quiera.

Eve se apartó de él.

—Eres duque, sí. Fuiste educado para ser duque. Tu madre también fue instruida para ser duquesa, y lo hace notablemente bien. A mí me criaron para casarme con un hombre del pueblo y vivir ese tipo de vida.

—Para. —Extendió una mano y la atrajo hacia él nuevamente—. Mi madre está más que dispuesta a ayudarte. Ella te tomará bajo su protección y te guiará. Aunque no aprobara nuestra relación al principio, ha llegado a admirarte y no permitirá que fracases.

Recordó la visita de la duquesa ese mismo día cuando le preguntó sobre sus sentimientos por Adam. La duquesa le dio mucho en qué pensar y hubo momentos en que creyó que podría conseguirlo, pero después, había habido momentos, como cuando la señorita Clark hizo el comentario irónico sobre Adam cazando su comida, en los que se sintió muy alejada de la vida que él ofrecía.

—Deja de pensar tanto, cariño.

Colocó un nudillo bajo su barbilla, inclinó la cabeza y posó sus suaves y cálidos labios sobre los de ella. Si había algo que hiciera que Eve dejara de pensar, sin duda eran los besos de Adam.

—Quiero anunciar nuestro compromiso en el baile de mañana por la noche. Sé que la forma correcta de hacerlo sería visitar a tu padre primero, pero como has venido con su permiso, creo que me dará su bendición cuando lo vea.

¿Estaba ella lista para asumir ese compromiso?

—Realmente me encantaría quedarme aquí contigo esta noche, pero también quiero demostrarte que te respeto y que nunca haría nada que te deshonre. —Le echó hacia atrás el pelo de la frente—. Así que de muy mala gana te daré las buenas noches. Mañana es Nochebuena y espero compartir ese día contigo, así como el día de Navidad. Y voy a hacerles saber a todos que eres la mujer que he elegido y que siempre estaré a tu lado.

Con esas palabras le dio un beso en la frente y salió de la habitación.

A LA MAÑANA siguiente Eve se unió al resto del animado grupo de gente para desayunar. El plan para el día era que todos se iban a reunir después del desayuno para cantar e intercambiar pequeños obsequios. Por la tarde visitarían el pueblo para que los invitados se entretuvieran admirando todas las decoraciones antes de la cena de Nochebuena, y el baile posterior.

Por mucho que Eve disfrutara de estar con Adam y de compartir con él todos los eventos del día, también extrañaba a sus padres. Tenían una rutina especial para ese día. Después del servicio religioso, todos disfrutaban del banquete que ella y su madre habían preparado. Su tradición consistía en compartir la comida con unos cuantos vecinos que no tenían familia.

Algunos años venían su hermana o sus hermanos con sus familias, pero este año solo iban a estar su madre y su padre. Después de un intercambio de regalos, se unirían algunos de los miembros de la iglesia para cantar villancicos por el pueblo como anticipo de la Navidad del día siguiente.

—¿Por qué esa cara triste, mi amor? —Le preguntó Adam mientras se sentaba junto a ella en el sofá a esperar que comenzara la entrega de regalos y la música.

—Simplemente es que echo de menos a mis padres. —Dijo suspirando—. Sé que nuestra celebración tal vez te parezca demasiado pastoral, después de ver todo esto. —Movió una mano señalando a su alrededor—. Pero es una ocasión que siempre hemos celebrado juntos.

—Ay, cariño, te prometo que a partir de ahora celebraremos la Navidad con tu familia.

Ella se rio.

—Es un lindo gesto, Su Excelencia, pero no creo que unas vacaciones rústicas y tranquilas estén a la altura de lo que usted está acostumbrado.

Adam cerró los ojos.

—Eve, basta. Viví en tu casa durante dos semanas, ¿no? Lo que tú y tu familia tienen para ofrecer es maravilloso. El amor y la alegría que encontré en tu hogar sin duda fue algo especial.

—Su Excelencia. —Dijo el mayordomo de Adam entrando en el salón y se acercó a él.

—Sí, Peter.

Le entregó un pergamino doblado.

—Acaba de llegar esta nota para la señorita Allen.

Eve se inclinó hacia adelante, agobiada por la sensación de que se produciría un desastre inminente. Adam le pasó la nota y ella la abrió con las manos temblorosas. Sus ojos recorrieron el papel y enseguida se le cortó la respiración.

—Oh, no. Debo regresar a casa inmediatamente. —Dijo de pronto.

—¿Qué ha pasado? —Preguntó Adam poniéndose de pie y agarrándola por un codo.

—Mis padres. Ambos están enfermos. No hay nadie con ellos para cuidarlos. Debo marcharme.

—Espera un minuto. ¿La nota dice cuál es la enfermedad?

Ella cerró los ojos y asintió.

—Influenza.

—Vaya. Lo siento Eve, pero no puedo permitir que vuelvas a casa si tienen esa gripe. Es demasiado peligroso.

Eve respiró hondo con los ojos muy abiertos.

—No puede detenerme, Su Excelencia. Mis padres me necesitan y acudiré a estar con ellos. Por favor, pida que le traigan un carruaje mientras hago las maletas.

Adam le agarró una mano cuando ella se dio la vuelta para irse.

—No, Eve. Debe haber otra manera de resolver esto.

—No hay otra manera. Son mis padres. Están enfermos. Debo atenderlos. No hay nada más que decir.

Eve apartó su mano y salió corriendo de la habitación.

—¿QUÉ pasa querido? —dijo la duquesa avanzando hacia él al ver que Eve se iba.

Adam se pasó los dedos por el pelo.

—El señor y la señora Allen. La nota decía que tienen influenza y Eve cree que debe regresar para cuidarlos. Pero esa gripe es demasiado peligrosa. No puedo permitir que se vaya.

Su madre apretó los labios.

—Entiendo tu preocupación, Adam, pero si la muchacha quiere regresar a su casa, no puedes detenerla.

—Estamos a punto de comprometernos. Debería poder tener algo que decir en esto.

La duquesa negó con la cabeza.

—Pero ella aún no te ha aceptado. Es mejor que trates de hablar con ella en lugar de intentar darle órdenes.

Adam salió de la habitación y subió las escaleras. Llamó a la puerta de Eve.

—Eve, necesito hablar contigo.

Ella abrió la puerta sosteniendo un vestido que estaba doblando.

—No vas a convencerme de que no lo haga. —Se dio la vuelta y continuó colocando ropa en su bolso—. ¿Has pedido un carruaje?

Adam se dirigió hacia ella y puso sus manos sobre sus hombros para hacer que se diera la vuelta.

—Solo quiero que te detengas un momento y pienses. ¿No hay nadie más en la zona que pueda ayudarlos? ¿Hay algún médico cerca?

Eve dio un paso atrás.

—No lo entiendes, ¿verdad? Esa es la diferencia que hay entre nosotros que he estado tratando de explicarle. En vuestro mundo traéis a un médico para que os ayude. Contratáis a alguien para que os cuide. Mantenéis vuestras manos limpias para no contraer una enfermedad. —Eve negó con la cabeza, con lágrimas en los ojos—. ¡Son mis padres!

Adam dejó caer las manos y se quedó mirándola sin saber qué decir. Sí, en su mundo buscarían a un médico, a un cuidador, o a cualquier persona capacitada para ayudarlos en asuntos de salud. ¿Eso los hacía arrogantes? Para él tenía sentido.

Eve cerró su bolso y se giró.

—¿Pedirás un carruaje o tendré que buscar un coche de alquiler?

Adam se puso rígido.

—Por supuesto.

Dio media vuelta, salió de la habitación y pidió a Peter que trajera un carruaje para llevar a la señorita Allen a su casa en Worcestershire. Como no deseaba volver a unirse a las fiestas, se retiró a su biblioteca y se sirvió un brandy.

Quizás Eve había tenido razón todo el tiempo y sus mundos estaban demasiado separados como para que pudieran tener un matrimonio de éxito.

Pasaron las horas y el sol cambió de una ventana de la biblioteca a la del otro lado y finalmente se puso. Su madre intentó que se uniera al baile de Navidad, pero después de sus

duras palabras, lo dejó tomando sorbos de brandy mirando la chimenea, pensando en el desastre que había resultado ser la Navidad.

TRES DÍAS DESPUÉS, Adam seguía sentado en su despacho mirando la chimenea. Todos los invitados a Navidad se habían ido. No se había portado correctamente como anfitrión y los había ignorado en general. Había dejado a la duquesa cumpliendo con todas las celebraciones y, teniendo en cuenta su actitud cuando la había visto esa mañana, no estaba en absoluto contenta.

—¿Vas a seguir compadeciéndote de ti mismo como si fueras un niño mimado? Tienes deberes que cumplir y estás ahí sentado sin hacer nada. ¿Cuándo fue la última vez que te bañaste y te cambiaste de ropa?

—Déjame en paz, madre.

Justo iba a responderle cuando el mayordomo entró a la biblioteca.

—Su Excelencia, esto le ha llegado mediante en un correo especial.

Con la esperanza de que fuera una carta de Eve, tomó el documento de la mano del mayordomo. Lo abrió con las manos temblorosas.

Por favor, Dios, que no se haya contagiado de influenza.

Sus ojos recorrieron la página. Lo arrojó sobre su escritorio y apoyó la cabeza contra el respaldo de la silla.

—Perfecto. Simplemente perfecto.

—¿Qué pasa? —dijo la duquesa. Como él no le respondió, tomó ella misma el documento legal y lo leyó—. ¿Lord Fenster te va a demandar por incumplimiento de contrato? ¿Pensaba que habías dicho que no habías firmado los contratos?

Adam cerró los ojos y dijo:

—No firmamos contratos. Intenta deshonrarme, y posiblemente acabar conmigo etiquetándome como indigno para que todo el mundo lo vea.

—Esto es absurdo. No puede demandarte por incumplimiento de contrato si no lo hubo.

Adam abrió un ojo y miró a su madre.

—Aparentemente él no cree que sea así.

—¿Qué vas a hacer?

Adam empujó su silla hacia atrás y se puso de pie.

—Ahora mismo vuelvo a mi dormitorio. Hace días que no duermo y como bien has dicho, no me he bañado ni me he cambiado de ropa desde hace un montón de tiempo. Te veré esta noche.

EVE PASÓ un paño frío sobre la cabeza de su madre con la esperanza de bajarle la fiebre. El médico del pueblo los había visitado y le había dado una lista de remedios para sus padres, así como una tisana para que la tomara ella misma, y así evitar que contrajera la enfermedad mientras los cuidaba.

Lo más aterrador que le había dicho el médico era que el caso de su padre era mucho peor que el de su madre, y que había muchas posibilidades de que ni siquiera consiguiera recuperarse.

Cuando no estaba de rodillas rezando para que se mejoraran, o lavando la ropa, cocinando y otras cosas que debía hacer, además de cuidar a sus padres, pensaba en Adam. ¿Había sido

demasiado dura con él? Cuando llegó la carta había entrado en estado de pánico, y ahora que estaba de regreso y cuidándolos, había tenido tiempo para considerar su última conversación.

¿Había sido tan absurdo que Adam le sugiriera que contratara a alguien para que los cuidara? Ella lo acusó de “no ensuciarse las manos” en lugar de ir directamente a prestar ayuda, y sin embargo, lo primero que había hecho ella al llegar a su casa había sido llamar al médico. ¿Qué tan diferente era eso de lo que Adam le había sugerido?

La fatiga por llevar a cabo todo lo que tenía que hacer, con tantas preocupaciones y trabajo, había comenzado a confundir su mente. A pesar de las diferencias de sus vidas, o del hecho de que Adam intentara persuadirla para que se protegiera de una manera que ella consideraba egoísta, no cambiaba el hecho de que lo amaba.

Y él le había asegurado que la amaba. Cuando su cerebro estaba despejado, generalmente a primera hora de la mañana después de un poco de descanso, tuvo que reconocerse que era verdad que la amaba. Se reflejaba en todas las cosas que había hecho y dicho. En cómo la había tratado y cómo la había defendido.

¿Eso hacía que fuera más fácil aceptar un matrimonio entre ellos?

Suspiró y continuó limpiando el cuerpo de su madre. No importaba lo que pensara ahora. Adam había dejado que se marchara y después de más de una semana, no había venido a buscarla. Quizás sus propias palabras finalmente lo habían convencido de que no estaban destinados a estar juntos.

¿Por qué dolía tanto tener razón?

Capítulo trece

Habían pasado dos semanas desde Navidad, y Adam pasaba el tiempo manteniéndose ocupado, apartando de su mente cualquier pensamiento que tuviera sobre Eve. Contrató a un abogado para resolver el asunto legal con lord Fenster, e incluso hubo un día en el que consideró casarse con lady Ann y terminar con todo de una vez.

Pero entonces pensó en Eve, en su talante afectuoso y cariñoso, en su inteligencia y en su encanto. ¿Por qué no pensar que podría convertirse en una duquesa perfecta? Había hecho todo lo posible para convencerla, pero al final ella había decidido darle la espalda.

Eve no te dio la espalda, imbécil, se fue a cuidar de sus padres. ¿No era su naturaleza afectuosa una de las razones por las que la amas?

¿Era de verdad tan estúpido? ¿Realmente pensaba que su regreso a Worcestershire para cuidar a sus seres queridos era un rechazo hacia él?

Miró la copa de brandy que tenía en la mano y la arrojó a la chimenea, con vaso y todo. El alcohol de la bebida provocó una explosión con llamas.

Soy un idiota. Me encanta la naturaleza afectuosa de Eve, pero ¿qué tan cariñoso he sido yo con ella y sus padres cuando estaba afligida?

Como eres un duque y crees que todos deberían ceder ante tus deseos, nunca consideraste acompañarla para asegurarte de que no se ponía en peligro. ¿Qué le indicó eso a ella?

Que no la amaba lo suficiente como para estar a su lado. ¿Cómo podría pensar que después la apoyaría cuando la criticaran entre la alta sociedad si no le presté mi apoyo en este importante asunto?

¡Maldición! Esperaba que no fuera demasiado tarde. Salió de su escritorio y se apresuró a llegar a su dormitorio donde se encontró con su ayuda de cámara en el vestidor contiguo a su habitación.

—Malcolm, hazme las maletas para salir de viaje. Puedes calcular que estaré fuera una semana aproximadamente.

Una vez que tomó la decisión, estaba ansioso por seguir adelante. ¿Qué pasaría si cuando llegara Eve hubiera contraído la enfermedad y estuviera enferma? ¿O muerta? Un sudor frío le recorrió el cuerpo. Sería por culpa suya. Debería haberse ido con ella, e insistir en contratar cuidadores para atender a sus padres. Eve podría haberlos supervisado. No era necesario que lo hiciera todo ella misma.

—Malcolm, ¿ya has empacado todo?

Su viejo ayuda de cámara suspiró.

—Su Excelencia, tardaré más de cinco minutos en prepararla. ¿Asumo que necesitará el carruaje? Quizás pueda hacer que se lo traigan mientras me espera.

—¡Excelente idea! Yo iré en mi caballo y tú podrás seguirme en el carruaje. Llegaré mucho antes.

—Su Excelencia… —comenzó a decir Malcolm, pero Adam ya se dirigía por el pasillo hacia la sala de estar de su madre.

Irrumpió en la habitación con tanta energía que asustó a su pobre madre.

—¡Adam! Por amor de Dios, ¿cuál es el problema? ¿Has recibido noticias de la señorita Allen?

Sacudió la cabeza.

—No. Pero me voy a su casa por un tiempo.

La duquesa apoyó las manos en su regazo donde sostenía un bordado.

—Ya era hora, hijo.

Adam sonrió.

—¿Pensaba que no aprobabas a la señorita Allen?

—No es importante que yo la apruebe. Aparentemente amas a esa mujer, y por lo que me dijo, ella también te ama a ti. Si es la mujer que has elegido haré lo que sea necesario para que cumpla perfectamente con su papel de duquesa. Pero antes de pensar en eso, te sugiero que vayas lo más rápido posible. Tal vez algún otro caballero podría haber intentado conquistarla mientras tú te hundías en la autocompasión.

Adam sonrió.

—Eso nunca sucederá. —Se inclinó hacia ella y le dio un beso en la mejilla—. Me voy. Voy a ir cabalgando con Apolo, y Malcolm me seguirá con el carruaje.

—Buen viaje, hijo.

Con un ligero gesto de despedida, dejó a su madre y se dirigió a las caballerizas para indicar a su empleado que preparara el carruaje. Como estaba demasiado ansioso como para esperarlo y montar a Apolo, hizo el trabajo él mismo.

EVE COLOCÓ su sombrero en el gancho que había junto la puerta principal y se dirigió a la cocina. Se sentó a la vieja mesa de madera, apoyó los codos y miró fijamente la pared en blanco.

Acaba de enterrar a su padre.

Aunque le estaba tomando la mano en el momento de fallecer, y se había encargado de todos los arreglos del funeral, no le parecía estar viviendo algo real. Su madre todavía estaba enferma pero aún así había insistido en asistir al funeral. Finalmente a mitad del servicio tuvieron que llevarla de regreso a su casa.

Eve no tenía idea de qué harían a partir de ese momento. Una vez que el obispo fuera notificado de la muerte de su padre, se asignaría un nuevo pastor para la iglesia, y ella y su madre se quedarían sin hogar.

No había otra opción. Aunque su corazón todavía pertenecía a Adam, tendría que ser práctica y aceptar a alguno de los jóvenes que la habían estado visitando desde que había regresado de Manchester para preguntarle por su bienestar y solicitarle la posibilidad de salir con ella.

Era solo cuestión de tiempo que alguno de ellos le propusiera matrimonio, y como tenía a su madre a cargo, tendría que aceptar. En un minuto tendría que levantarse y atender a su madre. Pero por ahora simplemente esperaría y reflexionaría.

Sobre su vida.

Sobre su futuro.

El sonido de los cascos de un caballo atrajo su atención hacia la ventana del salón delantero. Eve se quedó de pie, con la boca abierta, segura de que estaba teniendo visiones.

Su Excelencia, el duque de Manchester, se detuvo de golpe, saltó de su caballo, caminó los pocos pasos que había hasta la puerta principal y llamó.

—¡Eve!

Saliendo de su trance, Eve corrió a abrir la puerta.

—Adam. ¿Qué estás haciendo aquí?

Él cruzó el portal y la tomó en sus brazos.

—He venido a pedirte perdón por ser tan idiota y a preguntártelo una vez más. ¿Quieres casarte conmigo?

Demasiado sorprendida como para siquiera pensar qué responderle, dio un paso atrás.

—Adelante.

Adam se quitó el sombrero.

—¿Cómo están tus padres?

Caminó hasta el salón y tomó asiento en el desgastado sofá.

—Papá falleció hace dos días. Esta mañana ha sido su funeral.

Adam se sentó a su lado y tomó sus manos entre las suyas.

—Lo siento mucho. ¿Lo vio el médico?

Ella asintió.

—Sí. Desde el principio me dijo que su caso era malo, y que no tenía mucha fe en que se recuperara.

Adam le apretó la mano.

—¿Y cómo está tu madre?

—Se ha recuperado pero sigue débil.

—Cásate conmigo, Eve.

Ella liberó sus manos y suspiró.

—No ha cambiado nada. Sigo sin pertenecer a tu mundo.

—Entonces hagamos un mundo nuevo. Uno que incluya el tuyo y el mío. — Levantó la mano cuando ella abrió la boca—. No. Escúchame. Estoy de acuerdo en que ser duquesa es un desafío. Sin embargo, mi madre ha prometido tomarte bajo su protección y que se asegurará de que no falles.

—Adam. . .

—Y... pasaremos el resto del invierno en Manchester Park, donde mi madre podrá darte clases particulares. Para la primavera, cuando comience la próxima temporada, estarás lista para ocupar tu lugar en la sociedad.

—¿Por qué?

—Porque te quiero. Sé que tú también me amas y no puedo imaginar el resto de mi vida si no estás en ella. —Entonces se agachó apoyándose en una rodilla—. Señorita Evelyn Allen, ¿me haría el gran honor de ser mi esposa? ¿Mi duquesa? ¿La madre de mis hijos?

—Di que sí, Eve.

La débil voz de la madre llegó desde la puerta donde estaba apoyada contra el marco.

—¡Madre! ¿Qué haces fuera de la cama? Eve corrió a su lado para tomarla del brazo y llevarla a la silla más cercana.

—Estoy tratando de evitar que mi obstinada hija cometa el mayor error de su vida. —Le acarició una mejilla—. Eve, el amor en el matrimonio puede superar muchas pruebas. Es obvio que a pesar de vuestras diferencias estáis muy unidos. Nunca pensé que diría eso. Yo también

sentí que había demasiados obstáculos que superar. Pero perder a tu padre me hizo darme cuenta de que la intensidad del amor que compartimos me sostendrá el resto de mi vida en esta tierra. —Miró entonces a Adam—. No deje que se le escape.

—No lo haré. Créame, tengo la intención de quedarme acampado en la puerta de su casa hasta que me diga que sí.

Eve lanzó una mirada entre su madre y el hombre que amaba.

—¿Cuándo perdí el control de tomar mis propias decisiones?

—No lo has hecho nunca, querida —dijo su madre—. Fue una decisión tuya arrastrar a casa a un hombre herido que necesitaba ayuda desesperadamente. Un hombre del que no tenías idea era duque. Era tan solo un hombre necesitado. Y por su aspecto actual, diría que sigue siendo un hombre necesitado. Te necesita a ti, hija.

Eve levantó la barbilla y se volvió hacia Adam.

—Acepto su propuesta, Su Excelencia.

Con esas palabras cruzó la habitación y Adam la abrazó y la besó con el mismo anhelo que ella también sentía.

La madre regresó silenciosamente a su cama, con una sonrisa en el rostro.

Epílogo

Navidad
Tres años después

Eve levantó de la alfombra a Marjorie, de veinte meses, y le quitó un caramelo de su pequeño puño.

—No, querida, no puedes comer dulces antes de que venga a darte la cena la niñera.

Los lamentos de la niña hicieron que Adam, la duquesa viuda y su madre entraran corriendo a la habitación.

—¿Qué le pasa a Marjorie?

Adam cogió a su hija y le dio unas palmaditas en la espalda, haciendo los típicos sonidos de "bebé".

Eve resopló.

—La niña está muy malcriada. Simplemente le pedí que me diera un caramelo que debió haberse encontrado en el suelo, que se había caído del cuenco que hay sobre la mesa, y se lo estaba comiendo. La niñera llegará en cualquier momento para llevarla arriba para que cene y se bañe.

La duquesa viuda extendió las manos.

—Oh, pequeña. Ven con la abuela.

Eve sacudió la cabeza y caminó pesadamente hacia el sofá donde dejó caer su cuerpo de embarazada de siete meses. Se frotó la barriga.

—Este debe ser un niño porque estoy mucho más grande de lo que estaba con Marjorie en esta etapa.

Su madre se sentó a su lado.

—Probablemente estés haciendo demasiadas cosas para Navidad.

Adam se sentó al otro lado.

—Le digo eso todos los días. Para eso tenemos la servidumbre.

La duquesa tomó asiento frente a ellos, sosteniendo a Marjorie, que ya estaba tranquila, en su regazo.

—Eve querida, ¿por qué no haces solo las cosas que te hacen feliz y dejas el resto a los demás?

A veces le resultaba difícil tener a su madre y a su suegra viviendo con ellos. Otras veces no podía imaginar la vida sin ellas. A su madre sobre todo le encantaba hacerse cargo de la enorme cocina de vez en cuando, y preparar una comida para todos. Cocinar siempre había sido una de sus actividades favoritas.

Y la duquesa seguía dándole consejos útiles para que evitara equivocarse al enfrentarse a los deberes sociales requeridos a una duquesa. Pero nada le agradaba más que ver a las dos mujeres mayores preocuparse por su hija.

Dado que Diana y su conde estaban viajando por el extranjero, la duquesa se sintió enormemente complacida cuando supo que tenía una nieta a quien adorar.

Su madre se unió a la duquesa viuda para jugar con Marjorie, y Adam ocupó su lugar junto a Eve. Se entretuvo dándole vueltas al mechón de pelo que se le había caído del moño.

—La Navidad siempre es mi fiesta favorita.

Eve observaba a las abuelas con Marjorie.

—La mía también.

—Estoy pensando que, dado que las abuelas están ocupadas con el bebé, tal vez debería ayudarte a subir para que puedas hacer una pequeña siesta.

Ella se giró para mirarle.

—No estoy cansada.

—Yo tampoco, pero también siento la necesidad de hacer una siesta. —Adam se levantó y tomó su mano—. Vente. Veamos qué más se nos ocurre hacer en el dormitorio si no nos dan ganas de dormir.